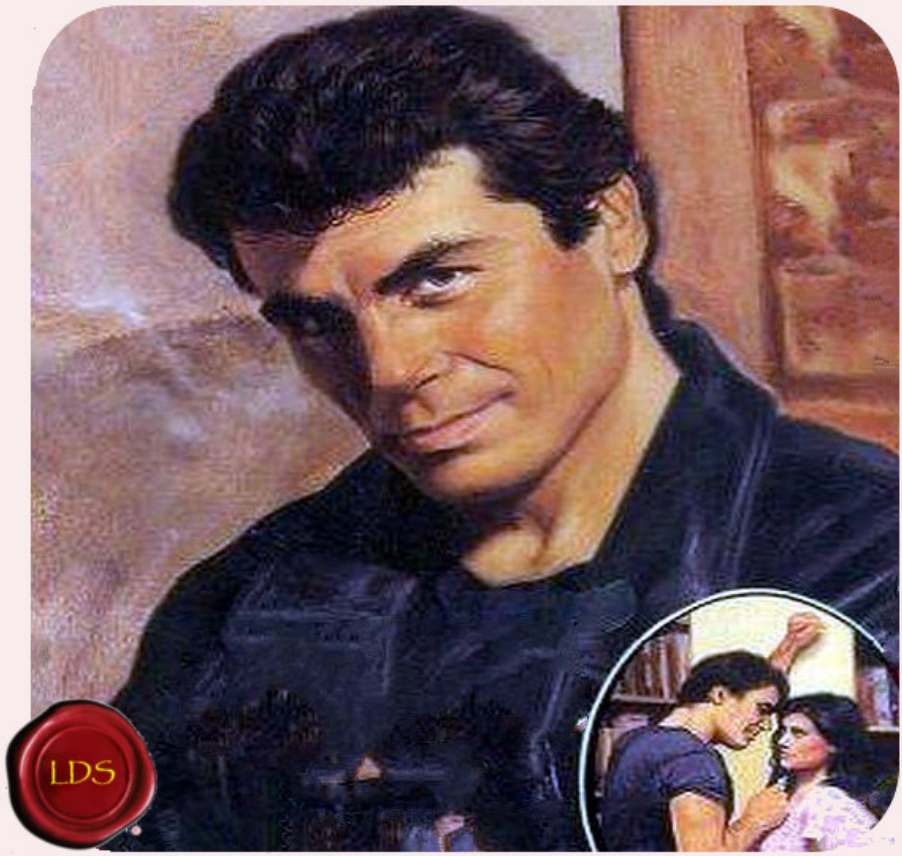
Contra toda norma

Barbara Boswell



La brillante y sensual Jamie Saraceni sabía con precisión como derrotar a Rand en su propio terreno, y a él le gustaba esa sensación, pero también le empezaba a gustar ella demasiado.

Rand sabía que estaba teniendo éxito con Jamie y que sólo sería cuestión de tiempo el que claudicara, pero ¿en realidad quería seguir siendo toda su vida un donjuán sin sentimientos?

Barbara Boswell

Contra toda norma

Colección: Tentación - 399

Serie: Saraceni-Carey - 1

ePub r1.0
jala 05.07.16

Título original: *Rule Breaker*
Barbara Boswell, 1990
Traducción: Manuel Ortíz Staines
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 558, en: Silhouette Desire (SD) - 558

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

—Ella dijo que no.

Rand Marshall advirtió el tono de abierta incredulidad en la voz de su amigo y reprimió una sonrisa. El apuesto y adinerado soltero, Daniel Wilcox, no estaba acostumbrado a que nadie le dijera que no… y menos una mujer.

—¿Quién te dijo que no? —preguntó Rand. Estaban en un restaurante de moda esperando a que les sirvieran la cena. A las siete de la noche y en jueves, el lugar estaba casi desierto y se podía conversar tranquilamente.

—Ella. Ya sabes quien: Jamie Saraceni. La chica de la que he estado hablándote durante las últimas tres semanas.

—Ah, sí, la incomparable Jamie —en esa ocasión Rand no intentó ocultar una sonrisa divertida—. Durante las últimas tres semanas me has estado hablando de tu campaña para atraer a la escurridiza Jamie a tu cama. ¿Después de tanto esfuerzo de tu parte te ha mandado a paseo?

—¿A la cama? No he logrado que acepte salir conmigo —manifestó Daniel decepcionado—. Ni siquiera una sola vez. Le he enviado rosas, bombones, globos, tarjetas graciosas, muñecos de trapo… La he llamado por teléfono al menos una vez al día. Conseguí entradas para un espectáculo de Broadway en Nueva York. Le propuse invitarla y que pasáramos la noche en el Plaza. ¡En el Plaza! ¿Conoces a alguna mujer que se resistiera a eso?

—Pero ella lo hizo.

—¿Crees realmente que ella era sincera cuando me dijo que no

estaba interesada en salir conmigo?

Sólo un soltero de treinta y cuatro años con más de veinte años de experiencia en salir con chicas atractivas podría hacer esa pregunta cuando había reunido tantas evidencias de su rechazo. Ése era Daniel. Pero pensándolo bien, Rand también.

Con gesto pensativo observó a su amigo, al que conocía de sus tiempos de estudiante en la universidad. Todavía tenía la apariencia juvenil que siempre lo había caracterizado. Era un dentista de éxito cuya apariencia y habilidad le habían permitido hacerse de una enorme clientela. Hasta entonces, jamás se había encontrado con una mujer que lo rechazara.

—Tal vez esté jugando a hacerse la difícil —sugirió Rand.

—También pensé eso al principio —comentó Daniel desolado—, pero cuando rechazó mi invitación de llevarla al Plaza… empecé a comprender que realmente no quiere salir conmigo —lanzó un suspiro profundo—. No estoy acostumbrado al rechazo, Rand. No sabes cuánto me afectó.

—Tal vez esté saliendo con otro —le indicó Rand con tacto. A él también le costaba trabajo comprender la situación.

—No. Estoy seguro de ello. Ángela Kelso, una de mis asistentes, es amiga suya. De hecho, por ella fue por quien nos conocimos. Jamie me llevó a un sobrino a consulta por recomendación de Ángela.

—Y fue amor a primera vista. Al menos de tu parte —concluyó Rand.

—Ángela me ha dicho que ni siquiera está saliendo con alguien en este momento. Pensé que lo lograría con sólo pedírselo y… —En un gesto dramático, Daniel se llevó las manos a la cabeza—. Quizá esté llegando a la edad de la que tanto me advirtieron mis padres… ya sabes, si sigues jugando, llegará un momento en que todas las chicas buenas ya estarán repartidas y terminarás solo. ¿Será ésta la manera que tiene la naturaleza de decirme que si no me caso pronto terminaré como un viejo solterón?

—Lo serás si empiezas a creer en esa tontería —sonrió Rand—. Olvídate de esa chica. Llama a alguien ahora mismo. Te garantizo que en diez minutos tendrás una cita. Olvídate de la imagen de solterón que causa lástima. Yo lo hice hace años.

—¿Tu familia te sometió a las mismas presiones?

—Fue peor aún. No lo acepté entonces y no lo acepto ahora. No son más que tácticas atemorizadoras para obligarnos a aceptar los patrones que ellos han diseñado para nosotros.

Y Daniel ni siquiera conocía la mitad del panorama. Su familia estaba satisfecha con su profesión de dentista, satisfecha con él como persona, como hijo. Sólo su empedernida soltería era lo que los señores Wilcox no aceptaban.

Sin embargo, los padres de Rand, Wilson y Letitia Marshall, desaprobaban todo lo relativo a su hijo. El escribir novelas de suspense llenas de sexo no era lo que ellos consideraban una forma decente de ganarse la vida, por muy bien remunerado que estuviera. Su última producción le había garantizado un anticipo enorme.

No obstante, los Marshall del condado Ablemarle en Virginia no se dejaban impresionar. Ya tenían mucho dinero, una fortuna antigua, y su linaje de sangre azul se remontaba a una de las primeras familias pobladoras de Virginia. Las novelas sensuales de Rand y su poco ortodoxo estilo de vida eran demasiado… explosivas para sus gustos. Hacía años que consideraban que el nacimiento de Rand, su segundo hijo, había sido un lamentable accidente. Su primogénito, Dixon, siempre había sido la culminación de sus ambiciones paternas.

Rand se obligó a volver a concentrarse en el problema de Daniel. Siempre pragmático, prefería hacer frente a situaciones que tuvieran solución. Las diferencias con su familia no entraban en osa categoría.

—Hazte un favor y consíguete una cita para esta noche —comentó a Daniel—. Necesitas recobrar la confianza en ti mismo. Llama a una mujer que sepas que se pondrá contenta al saber de ti.

—Tal vez tengas razón —aceptó Daniel con renuencia.

—Claro que la tengo. —Rand dio una palmada a su amigo en la espalda.

—Podría llamar a Mary Jane Strayer. Ha roto citas en otras ocasiones por salir conmigo.

—¡Maravilloso! Ve a llamarla ahora. Concierta algo para esta misma noche.

—Creo que lo haré. Jamie Saraceni ha perdido su oportunidad. Ya no haré más llamadas a la Biblioteca Merlton.

—¿La Biblioteca Merlton? —repitió Rand, confuso.

—Allí es donde Jamie trabaja. Es la bibliotecaria de la sección infantil. Es el único sitio a donde puedo llamarla. El teléfono de su casa es privado y no ha querido darme el número —agregó avergonzado.

—¿La chica es bibliotecaria? —se rió Rand.

—Claro, ríete —protestó Daniel—. Apuesto a que tú tampoco consigues una cita con Jamie. Después de todo, eres tan resbaladizo, superficial, arrogante, agresivo y satisfecho de ti mismo como yo.

—¿Todos esos calificativos son de ella?

—Los utilizó cada vez que le pregunté por qué no quería salir conmigo —asintió Daniel—. Dice que los tipos como nosotros le revuelven el estómago.

—¿Sabes? Empiezo a pensar que esa chica no está jugando a hacerse la difícil. La señora bibliotecaria realmente habla en serio. Has despertado mi curiosidad —la sonrisa de Rand se asemejaba a la de un cocodrilo que acabase de encontrar su próxima presa—. Tal vez merezca la pena darse una vuelta por la Biblioteca Merlton para conocer a esta diosa de la bibliofilia.

—Adelante —le indicó Daniel con avidez no disimulada—. Me gustaría verte frustrado también.

—Daniel, viejo amigo, la mujer que se me resista aún no ha nacido —sonrió Rand—. Y si eso le parece superficial, arrogante o lo que sea, no importa.

—Ya veremos cuan arrogante, etcétera, etcétera, te sientes después de que Jamie Saraceni acabe con tu ego —la perspectiva parecía complacerlo y Daniel sonrió por vez primera en esa noche —. Creo que iré a llamar a Mary Jane —se puso de pie y se alejó con paso decidido. Rand reprimió la risa. Wilcox ya se estaba reponiendo de su orgullo herido.

Luego entornó los ojos, pensativo. Daniel Wilcox, uno de los solteros más codiciados de la zona se había vuelto loco por una mujer que ni siquiera había querido darle su número de teléfono. Aquella chica había rechazado con éxito todo un plan de seducción que a lo largo de los años había demostrado ser útil con otras damas. ¿Cómo sería esa mujer?

Daniel volvió de hacer su llamada. Mary Jane se alegraría mucho de verlo más tarde esa misma noche. Rand tomó una

decisión: iría a la biblioteca de Merlton al día siguiente para investigar el misterioso enigma llamado Jamie Saraceni.

* * *

En la Biblioteca Merlton reinaba el caos. La encargada de leer cuentos a niños entre dos y tres años estaba atascada en la autopista 295 con un neumático pinchado, dejando plantado al grupo de ocho niños cuyas agradecidas madres ya se habían marchado.

Los «niños encerrados» de la biblioteca, críos en edad escolar que asistían a diario después de salir de la escuela hasta que sus madres trabajadoras pudieran recogerlos, estaban inquietos después de la jornada en las aulas. Los pequeños, cuyas edades fluctuaban entre los cinco y los diez años, se reunían allí ya que en sus casas no había quien se hiciera cargo de ellos. Los limitados presupuestos familiares no les llegaban para pagarse cuidadores profesionales.

Cindy, la nueva voluntaria en ese trabajo, estaba atemorizada ante la perspectiva de tener que archivar miles de libros en los estantes siguiendo el sistema decimal Dewey. Había anunciado que no podía con la tarea y desaparecido en busca de un rincón para leer el número más reciente de Rolling Stone.

Tres lectores de edad madura esperaban en fila para sacar su material de lectura de la biblioteca.

Jamie observó el panorama y se preguntó por qué el programa de estudios de biblioteconomía no incluía un curso en administración de crisis. Para su fortuna, creció en el poco ortodoxo bullicio y la confusión de la familia Saraceni: era como vivir en un circo de tres pistas.

Jamie se hizo cargo de la situación obligando a Cindy a que les leyera a los niños. Envió a Ashley, una chica de diez años, para que la ayudara. Con eficiencia hizo un registro de los libros que salían y llevó al grupo de escolares al salón de investigaciones en busca de su merienda.

Poco tiempo después, la calma renacía en la biblioteca. Jamie la aprovechó para clasificar un pedido de libros recibido esa tarde. De pie detrás del mostrador, inmersa en su trabajo, levantó la vista al darse cuenta de que otro lector se le aproximaba.

—¿Puedo ayudarle? —Sus ojos se encontraron con unos de color castaño claro, de un tono extraño, casi dorados. Estaban alerta y denotaban inteligencia; eran lo más destacado en un rostro masculino de rasgos atractivos.

La mirada de Jamie los analizó todos al instante. La fina y recta nariz, la boca firme y el fuerte mentón partido, el cabello espeso de color castaño oscuro y la camisa y el pantalón ajustado que daban muestras de largos períodos de uso.

Era muy alto, quizá midiese uno noventa; su cuerpo musculoso parecía muy fuerte.

A Jamie se le secó la boca y parpadeó en un gesto involuntario. Aquel nombre poseía un magnetismo viril y una intensidad sensual que provocó una respuesta muy primaria en el fondo de su ser. Se quedó sin aliento, desconcertada. Nunca antes había sentido una reacción física semejante ante un hombre. Un suave calor la sofocaba, ruborizándola.

—Es… estoy buscando un libro —balbuceó Rand y casi gimió por lo estúpido de su respuesta. ¿Qué otra cosa podía buscar en una biblioteca?, se preguntó a sí mismo.

Tenía la mente en blanco. Se le había olvidado el motivo de su presencia allí. Desde el momento en que se enfrentó con aquella mirada de un azul tan intenso, le pareció que el mundo se volvía del revés.

Había oído hablar de mujeres «despampanantes», por supuesto, pero ésa era la primera ocasión que en realidad comprobaba la veracidad de aquella palabra. Le había bastado lanzar una mirada a aquella joven para perder el sentido.

Rasgo por rasgo, aquella mujer no caía en la categoría de una belleza clásica. Pero el conjunto… la boca amplia de labios sensuales, la barbilla elevada y nariz pequeña… hacía que se olvidara el criterio de una belleza clásica. Su sedosa piel blanca contrastaba con su brillante cabello que le llegaba hasta los hombros, tan negro como la noche. Pero fueron sus ojos de color azul oscuro enmarcados por oscuras y espesas pestañas los que más lo impactaron.

Rand contuvo el aliento y bajó la mirada a su blusa amarilla de seda. Bajo ella sus senos firmes parecían caber en sus manos a la perfección. Cuando su mente se atrevió a ponderar su forma y

tamaño, apenas pudo reprimir un gemido de excitación.

La tarjeta de identificación prendida en su blusa indicaba que se llamaba Jamie Saraceni. Era la bibliotecaria, la chica que había transformado a Daniel Wilcox en un ansioso adolescente que jadeaba a la puerta de la biblioteca. Los ojos de Rand brillaron con determinación e intriga. Nunca había rechazado un desafío.

—¿Qué libro es el que busca? —preguntó Jamie. Se obligó a apartar la vista de él. Era el hombre más sensual que hubiera visto y ella, Jamie Saraceni, que se enorgullecía de su habilidad para ver más allá de las apariencias, vibraba ante la corriente de chispeante masculinidad que emanaba de aquel hombre.

La manera en que la miraba, con esa expresión desafiante, despertó campanas de alarma en su mente. Debía de ser un hombre atractivo y agradable que se deleitaba en romper corazones femeninos y seguía su camino sin importarle las miserias que dejase a su alrededor. Conocía a los de su tipo y además se consideraba inmune a ellos. Para ella era una cuestión de orgullo.

—Tal vez no me haya oído —manifestó con frialdad. Por supuesto, la había oído, estaba segura de ello. Sólo estaba empleando trucos de contacto visual en los que tenía una gran experiencia. Apretó la mandíbula—. Le he preguntado qué libro buscaba.

Rand observó el montón de libros sobre el mostrador. Encima de todos se encontraba un ejemplar del último libro lleno de sexo, sangre y acción de Brick Lawson, el escritor de éxito adorado por los lectores en general y desdeñado por todos los críticos literarios serios.

La verdadera identidad de Brick Lawson, un pseudónimo, era un secreto bien guardado que despertaba especulaciones en revistas y periódicos que reseñaban el éxito de cada una de sus novelas. Se rumoreaba que Lawson era un agente secreto y que sus libros estaban inspirados en casos de la vida real. Sólo el editor, su agente, la familia y los más íntimos de sus amigos sabían que el autor de las sangrientas aventuras era Rand Marshall, el rebelde de sangre azul.

Los ojos de Jamie siguieron la mirada de Rand. Con cierta reticencia tomó el ejemplar de la última novela de Brick Lawson, cogiéndolo como si estuviese contagiado de peste.

—¿Busca esto? —Sin éxito trató de ocultar el disgusto en su voz.

—¿No le gusta Brick Lawson? —preguntó Rand, malicioso. Eran tantas las críticas que se lanzaban en contra de Lawson, que había desarrollado una coraza para volverse inmune. Sus novelas no eran obras literarias, bien lo sabía, pero se divertía escribiéndolas. ¡Y vaya que se vendían!

—Es un… escritor muy popular —parecía que se resistía a usar el término—. Ya tengo una lista de espera de más de tres páginas para su última creación.

Rand decidió que era mejor alejarse del tema de Brick Lawson.

—Dado que no estoy en la lista de espera, será mejor que busque otra cosa —volvió a atrapar la mirada de la joven, y de nuevo volvió a sentir algo parecido a una tremenda descarga eléctrica.

Era ridículo, se reprendió. Brick Lawson solía escribir acerca de la química sexual, pero eso era ficción. «Pura y simple ficción», agregaría Jamie Saraceni. Pero allí estaba Rand Marshall en la Biblioteca Merlton, reaccionando a la atracción que estaba surgiendo entre él y la bibliotecaria. Se asustaba y respondía al desafío a la vez.

—¿Qué es lo que a usted le… gusta? —preguntó él. Por su tono de voz, resultaba a todas luces dudoso que se refiriera a material de lectura.

La mujer dejó el libro que estaba clasificando, lo miró y respondió con el más gélido tono profesional de que fue capaz, ignorando su insinuación juguetona, si de eso se trataba.

—¿Por qué no se interesa por éste? Es un libro de suspense de espionaje político, muy bien escrito, con una trama de desarrollo perfecta y…

—¿No le parece que *Assignment: Jailbait* de Lawson está bien escrita y tiene una trama bien desarrollada?

—¡Por favor! —La chica levantó la mirada al cielo.

—¿Tan malo es?

—Admito no haberlo leído, pero he oído que es comparable a la obra maestra de Lawson: *Land of 1000 Vices*, que sí he leído. O traté de leer —sus enormes y expresivos ojos, muy abiertos, hacían innecesario cualquier comentario adicional.

—Déjeme adivinar —le indicó Rand—. No se convirtió en una aficionada a Vice.

—Cometí el error de tratar de leerlo durante la hora de la

comida. Tuve que tirar mi bocadillo después del primer capítulo. Las escenas iniciales, alternadas con la seducción en la fábrica de bombones y la masacre en el estanque de los tiburones me dieron asco. Literalmente.

Tal vez debería sentirse ofendido, pensó Rand. Después de todo, *Land of 1000 Vices* era su obra de mayor éxito. Había vendido más de un millón, además de que lo habían llevado a las pantallas de televisión en una miniserie de éxito y ella le decía que le había dado asco.

—De acuerdo, la escena del tiburón era truculenta, pero ¿qué tiene en contra de la de la fábrica de bombones? —preguntó con fingida inocencia.

—¡Todo! —le espetó Jamie. La estaba provocando y ambos lo sabían. Lo que más la molestaba era su propia respuesta. Era experta en hacer caso omiso de las bromas y provocaciones; se enorgullecía de librarse de los bromistas con su fría calma. Pero no había sido así en esa ocasión. Aquel hombre la afectaba de alguna manera—. ¿Quiere el libro, o no? —preguntó decidida a reparar su error.

—Está bien, me lo llevaré. —Rand hojeó el ejemplar—. El autor es bien recibido por los críticos, pero sus volúmenes de ventas jamás se acercan a los de Brick Lawson. Supongo que es un comentario lamentable por mi parte en cuanto a los gustos del público.

Volvía a provocarla, pero en esa ocasión Jamie decidió que no mordería el anzuelo.

—¿Me permite su tarjeta de usuario de la biblioteca?

—¿Tarjeta de la biblioteca? —no había pensado en eso—. No… no tengo tarjeta de esta biblioteca. ¿Sirve la de Haddonfield?

—¿Haddonfield? ¿Allí vive usted?

Rand asintió, preparándose para lo que sucedería: la clásica pregunta de: «entonces, ¿qué está haciendo en Merlton?», se dijo que debería haber preparado una respuesta. Un residente de Haddonfield no iría a Merlton sin una razón específica. A pesar de que las dos poblaciones en el sur de Nueva Jersey estaban geográficamente a sólo unos kilómetros de distancia, un abismo monumental las separaba en el aspecto cultural, económico y social.

Haddonfield era una comunidad elegante de gente pudiente con

pequeños comercios a la última moda. Los terrenos valían una fortuna. El atestado y venido a menos Merlton era de la clase trabajadora: la clásica población industrial.

—No todos los residentes de Haddonfield son apestosos millonarios —comentó Rand, seguro de que la chica era más que consciente de las diferencias de las dos poblaciones—. Contamos con algunos miembros de buena fe que pertenecen a la tradicional clase media —él no pertenecía a ese grupo, pero el instinto le decía que Jamie Saraceni lo aceptaría en ese caso.

—También algunos de ellos viven en Merlton —el tono de voz de la joven era un tanto defensivo—. No todos en la ciudad son corredores de apuestas o vendedores de lotería.

—Estereotipos —sonrió Rand y encogió los hombros—. Supongo que todos somos culpables de creer en ellos hasta cierto grado. Admito que hasta que la vi a usted, no me imaginaba que una bibliotecaria pudiera…

—No se moleste en decirlo. Al negar los estereotipos, de hecho los está reforzando —manifestó tajante—. Le daré una solicitud de tarjeta de lector. Así podrá llevarse el libro.

Se apartó del mostrador para abrir un cajón, dándole a Rand la oportunidad de verla de cuerpo entero. Su mirada recorrió su diminuta cintura, resaltada por un amplio tinturen azul y amarillo, y se deleitó con las suaves curvas de sus caderas, ceñidas de manera discreta por una estrecha falda azul marino. Mediría un metro sesenta y cinco, era esbelta y de complexión delgada, muy femenina en los sitios adecuados, según pudo observar Rand.

Se sintió excitado y rápidamente apartó la vista. Pero el hacerlo le resultó difícil y sucumbió a la tentación de estudiar sus piernas, enfundadas en unas medias de color.

Jamie se volvió a tiempo para sorprenderlo estudiando sus piernas. La apreciación sexual brillaba en sus ojos y ella se quedó inmóvil. Le parecía fuerte, peligroso y definitivamente fuera de su alcance.

Un estremecimiento de alarma la invadió. Después de todo, ¿qué sabía de él aparte de que suscitaba en ella la más intensa reacción física que jamás hubiera experimentado? ¿Y qué prueba de carácter era ésa? ¿Acaso Barbazul no había ejercido el mismo efecto carismático en las desafortunadas mujeres que se cruzaron en su

vida? Además, ese hombre podría estar casado. Y ni siquiera sabía su nombre.

—Soy Rand Marshall —su voz era profunda y aterciopelada—. Tengo treinta y cuatro años de edad, soy graduado en la Universidad de Virginia y no estoy ni he estado casado.

¡Parecía haberle leído la mente! Jamie tragó saliva con dificultad y apartó la vista, tensa. Aquel hombre era experimentado; conocía y comprendía a las mujeres demasiado bien.

Rand le brindó lo que esperaba fuera su más reconfortante sonrisa mientras rellenaba la solicitud que ella le dejó sobre el mostrador. Advirtió la aprensión en sus ojos cuando sorprendió su mirada. Decidió que era el momento de darle seguridades de que no era el rompecorazones que imaginaba.

—Vivo en Haddonfield, pero he venido a Merlton por negocios —manifestó por hacer conversación, inclinándose un poco hacia adelante, transmitiéndole el mensaje implícito de que era un tipo agradable e inofensivo.

No la quería preocupada y en guardia. Tenía demasiada experiencia para no saber que ejercía sobre ella el mismo impacto físico que ella sobre él. De forma velada estudiaba a Jamie, tratando de evaluar el efecto de su amable sonrisa y tranquilizador lenguaje corporal. Por la expresión del rostro de la chica, comprendió que no había alcanzado su objetivo.

—¿Así que ha venido a Merlton por negocios? —Su tono de burla confirmaba que no confiaba en él ni en sus motivos.

Rand decidió que su credibilidad dependía de sus supuestos negocios en Merlton. Nunca podría mencionar a Daniel Wilcox, ni tampoco manifestaría que él era Brick Lawson. Si se enteraba de que él era el creador de una prosa que consideraba nauseabunda, no tendría ninguna oportunidad con Jamie. Lo rechazaría tal como había hecho con Daniel.

Su vista se detuvo en la portada de Assignment: Jailbait.

—Soy tasador de reclamaciones de seguros —manifestó adjudicándose la ocupación del personaje principal del libro. Todos los héroes de las aventuras épicas de Brick Lawson tenían ordinarias y seguras profesiones, lo cual hacía incongruentes sus andanzas en el mundo del sexo y el peligro—. Hoy es mi día libre, pero un cliente de aquí, de Merlton, me llamó y tuve que venir. Mi

presentación no es la de un hombre de éxito, ¿verdad?

A Jamie eso le parecía plausible, pero había algo extraño en el brillo de sus ojos. ¿Un desafío masculino? ¿Una broma? Jamie no estaba segura, pero su intuición le advertía que debía estar prevenida.

Rand terminó de rellenar la solicitud y se la entregó.

—Gracias, señor Marshall —le indicó ella con tono profesional —. Prepararé su tarjeta en unos minutos.

—Llámame Rand —era una orden, no una petición.

Jamie no podía negarse. No estaba en la Inglaterra victoriana en la que llamar a alguien por su nombre de pila era inapropiado. No obstante, Jamie quería rechazar la solicitud. Por instinto sabía que era un hombre acostumbrado a ser obedecido, que trataría de dominar a cualquier mujer.

Pero no a Jamie Saraceni. No podía capitular ante ese… ¿tasador de seguros?, sensual, fuerte y excitante.

La impaciencia de Rand crecía. Jamie tenía un rostro expresivo y sus maquinaciones mentales eran demasiado manifiestas para él. Pensó en la inútil campaña de conquista de Daniel y se rebeló. Eso no habría de ocurrirle a él. Rand Marshall no estaba dispuesto a rogar o a arrastrarse por conseguir una cita con una mujer.

—Dame tu número de teléfono y te llamaré —le indicó con la autoridad procedente de una inconmovible confianza en sí mismo. La sonrisa condescendiente y el lenguaje corporal habían desaparecido para ser reemplazados por su propio estilo, casi siempre sensualmente peligroso e irresistible.

Tuvo un efecto inmediato en Jamie. La intensa excitación que la invadió fue abrumadora. Pero se dijo que cualquier fuerza capaz de sacudir su firme autocontrol debía ser evitada a cualquier precio.

—Preferiría no hacerlo —le indicó con firmeza.

—¿Qué? —exclamó atónito.

—Prefiero no darte mi número de teléfono. No hay motivo para ello.

Rand permanecía incrédulo y sin comprender. Eso nunca le había ocurrido antes. Cuando él le pedía su número telefónico a una mujer, esta de inmediato lo anotaba en un papel.

—¿Que no hay motivo para llamarte? —repitió incrédulo—. ¿Qué te parece para charlar contigo? ¿No son para eso los

teléfonos?

—Nada tenemos que decirnos.

—¿Nada que decirnos? —La confusión, la frustración y la ira bullían en el interior de Rand—. Escucha, nena, ¡tengo mucho que decirte! —hizo una pausa para reunir sus pensamientos dispersos, la cual Jamie aprovechó.

—¡Pues si tienes algo que decirme, hazlo ahora, porque no tengo intenciones de darte mi número telefónico!

Rand se dijo que eso era algo que él no necesitaba escuchar. Debería salir de la biblioteca en ese momento para nunca volver. Estaba a punto de hacerlo cuando sus miradas se encontraron por accidente. Vio la furia que brillaba en los ojos de la chica, haciéndolos más hermosos e intensos. Contempló su boca. Los labios sensuales estaban apretados en un mohín que lo excitaba. ¿Qué se sentiría al tener aquella deliciosa boca contra sus labios?, se preguntó.

Una ola de calor se extendió desde su vientre por el pecho y fue directamente a su cabeza. Bajó la vista a sus senos y advirtió excitado cómo subían y bajaban bajo la seda de su blusa.

Su ira se transformó al instante en algo muy diferente. Se sentía estimulado y desafiado, como solía ocurrirle cuando trabajaba en la trama de alguno de sus libros.

—Sé lo que estás haciendo —le indicó con tono suave, desafiándola con la mirada—. Crees que haciéndote la difícil incrementarás tu encanto y…

—¡No me hago la difícil! —exclamó Jamie. La sola sugerencia la indignaba—. No quiero que… que me alcances, grandísimo…

—¿Bruto? —apuntó Rand—. ¿Grandísimo bruto? Aunque también podrías llamarme pedante, mula, maldito, o tonto —se trataba de epítetos que las heroínas de Brick Lawson lanzaban a sus galanes, antes de la inevitable rendición a sus encantos—. Puedo aportar más si lo prefieres. Mi mente es un diccionario ambulante.

—Puedo pensar en mis propios insultos. No necesito tu ayuda —le resultaba difícil mantener una actitud airada cuando de lo que realmente tenía ganas era de reír. Nunca había conocido a un rompecorazones que supiera burlarse de sí mismo.

Rand adivinó la risa que ella trataba de reprimir.

—Dame tu número telefónico, Jamie —le pidió con suavidad.

Jamie frunció el ceño. Pensó que él había advertido su momentánea debilidad y la había atacado de inmediato. Era demasiado rápido y perceptivo. Podría ser el tipo más atractivo y sensual que hubiera conocido, pero más le valía no dejarlo entrar en su vida.

—Ni en un millón de años.

—Jamie, sé por qué tratas de contenerte —no se dejaría intimidad—. Tienes miedo de lo que te hago sentir.

—Lo que me haces sentir es desprecio e… incredulidad ante tu altanería.

—¿En ese orden? —se rió Rand. Disfrutaba de aquella situación. No le importaba ese encuentro porque sabía que al final conseguiría lo que quería. ¿Qué mujer no lo había hecho? Extendió una mano y del mostrador tomó una hoja de papel de una libreta de notas y un bolígrafo—. Toma, cariño, escribe aquí tu número telefónico.

Jamie lo contempló atónita, sorprendida por su confianza en sí mismo, por su persistencia y sobre todo, por su enorme resistencia al rechazo. En verdad era un hombre que nunca había recibido una negativa de una mujer. Entornó los ojos. Estaba a punto de recibirla por vez primera.

Capítulo 2

—No —su voz firme y clara no admitía discusión.

Rand ni siquiera lo intentó; ignoró su negativa.

—Está bien, entonces, yo lo escribiré —empuñó el bolígrafo—. Sólo dame los siete primeros números.

—Sólo hay siete números en un número telefónico.

—Chica lista. Creí que así te atraparía.

Jamie estuvo a punto de corresponder a su sonrisa. Su actitud bromista la invitaba a acompañarlo… lo cual hacía que fuera más peligroso que muchos otros, con su falsa sinceridad, cumplidos y promesas. Nunca le había resultado difícil mantener a esos tipos a raya; pero con Rand Marshall…

Tenía que recordarse que ése era el tipo de hombre que, durante toda su vida de mujer adulta, había luchado con éxito para mantener lejos. Así que, en lugar de sonreírle o contestar, se limitó a ignorarlo, ocupándose con su archivador de tarjetas.

—Está bien, tú ganas. —Rand dejó escapar un suspiro exagerado —. Si me das tu número telefónico, te llamaré esta noche a las ocho en punto.

—¿No has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? — Los ojos de Jamie estaban muy abiertos por la incredulidad.

—Todas y cada una de tus palabras, cariño. Por eso es por lo que te he dado fecha y hora precisa para llamarte. Eso es lo que buscabas, ¿no es así?

—¡Lo que busco es que me dejes en paz!

—No voy a hacerlo hasta que me des lo que quiero —su sonrisa

era maliciosa, sus ojos brillaban y Jamie adivinó que no se refería a un número telefónico.

—Olvídalo, Rand. No quiero que me llames. No quiero salir contigo. ¿Hay alguna otra forma de decírtelo? ¡No quiero tener nada que ver contigo!

Rand guardó un momento de silencio. ¿Qué actitud debía manifestar? ¿Contrita? ¿Penitente? ¿Dominante? De pronto un grito estridente invadió la paz del recinto.

—¡Señorita Saraceni, este pequeño acaba de tener un accidente!

Antes de que Jamie o Rand pudieran mover un dedo, una niña de ojos brillantes de unos diez años de edad apareció frente al mostrador, llevando de la mano a un muy húmedo asistente a la hora de los cuentos de la biblioteca.

—¿Así que se trata de ese tipo de accidente? —Fue Rand quien primero habló y parecía divertido.

Jamie envidió su aplomo. Sus propias emociones todavía estaban hechos un caos.

—¿Qué ha sucedido, Ashley?

—Cindy trataba de leer el cuento de los tres ositos cuando Mark se levantó y gritó: «Yo pipí» —la niña señaló al pequeño y rió—. Pero no lo hizo con la suficiente anticipación. ¡Está empapado! Cindy dijo que ella no podía hacerse cargo y me pidió que se lo trajera.

Rand se rió. La interrupción de los niños había significado un alivio para él. Su esfuerzo por conseguir el número telefónico de Jamie había fracasado, dejándolo en la incómoda y desacostumbrada posición de no saber qué hacer. En ese momento podía posponer su respuesta y decidir sobre lo que haría antes de lanzar su siguiente ofensiva. Porque a toda costa conseguiría su número telefónico. Volvió su atención a los pequeños.

—Parece que ese jovencito realmente necesita que lo cambien. ¿Dónde está la madre de Mark?

—Gozando de una hora de paz y tranquilidad —respondió Ashley muy segura—. Oí a algunas de las madres hablando y decían que se alegraban de que la señorita Saraceni hubiera iniciado el programa de los cuentos infantiles, porque al menos les proporcionaba una hora de paz y tranquilidad a la semana.

—¿Quieres decir que hay más duendecillos como este aquí, sin

sus madres? —inquirió Rand.

—Un cuarto lleno —respondió Ashley—. La señora que se encarga de leer los cuentos no se ha presentado y Cindy no es una buena sustituía. Los chicos están impacientes y ya saltan de sus sillas.

—Y todavía faltan treinta y cinco minutos para que sus madres vuelvan a por ellos —manifestó Jamie, consultando su reloj—. Una eternidad teniendo entre manos un montón de chiquillos inquietos. Será mejor que vaya a sustituir a Cindy. Espero que ella pueda hacerse cargo del despacho de libros. Por regla general el movimiento a esta hora es escaso.

El pequeño Mark decidió correr, no sin antes lanzar una sonrisa de: «atrápame si puedes» a Ashley.

—Él no quiere volver a esa cosa tan aburrida, señorita Saraceni —comentó la niña—. ¿Puedo ir con él a jugar al rincón de los juguetes?

—Me parece una idea excelente. Ashley, pero primero tendrás que ayudarlo a que se ponga esto —de un cajón sacó un diminuto pantalón deportivo que guardaba para emergencias como aquélla—. Luego llévalo al rincón de los juguetes. Ashley asintió y se marchó con el pequeño.

—¿Juguetes en una biblioteca? —exclamó Rand, incrédulo.

—Todos son artículos donados —explicó Jamie—. Quería tener un lugar seguro para que los pequeños jueguen mientras sus padres escogen su material de lectura.

—Administras tu biblioteca de una manera muy diferente a la del lugar donde yo crecí. Allí no se permitía un solo ruido y la idea de que niños de esta edad corran en el sagrado recinto, habría provocado un paro cardíaco a la bibliotecaria. Era una…

—Sin estereotipos, por favor. —Jamie salió de detrás del mostrador y de inmediato luchó por ignorar la mirada de Rand que la recorría de pies a cabeza, con un apetito que hizo que le latiera el corazón acelerado.

—Tú haces que cualquiera se olvide de los estereotipos —apuntó Rand, acercándose a ella—. Jamie, yo…

No tuvo la oportunidad de terminar. Un remolino de falda corta y chaqueta apareció de la nada para colocarse entre ellos.

—¡Hola, Jamie! ¿Me prestas tu coche? —preguntó sin aliento

una adolescente de alborotado cabello oscuro—. Tengo que ir al correo.

—Cualquiera diría que es un asunto de vida o muerte, Sarán —comentó Jamie con un tono que esperaba sonara de divertido afecto. Por dentro lanzaba gemidos de lamentación. ¡No podía ser que Sarán llegara en ese momento!

—Lo es —insistió la joven—. La falda de piel negra que tanto deseo tiene un descuento del cuarenta por ciento. Tengo que ir, Jamie. ¡Tengo que comprar esa falda!

—¿De piel negra? —Jamie fruncía el ceño—. Sarán, no creo…

—No trates de hacerme cambiar de idea —la instó la chica, molesta—. Leí en una revista que toda mujer que realmente esté interesada en conquistar a un hombre debe invertir en una falda corta de piel y llevarla con tacones altos.

Rand hizo un esfuerzo inútil por reprimir la risa.

—¿Quién eres tú? —exigió saber Sarán, volviéndose hacia él para estudiarlo de arriba a abajo. A pesar de que sus ojos eran de color castaño, el parecido con Jamie era innegable.

—Se llama Rand Marshall y es un tasador de seguros —explicó Jamie, paciente—. Ésta es Sarán Saraceni, mi prima.

—Oh. —Sarán de inmediato perdió el interés por él—. Pensé que se trataba del dentista chiflado que te persigue. —¿Qué te ha mandado hoy, Jamie?

—¿Un dentista chiflado? —repitió Rand con atención.

—¡Sí! Una peste. —Sarán movió la cabeza—. Ha estado suplicándole a Jamie que saliese con él desde que ella llevó a Timmy a consulta hace casi un mes. No tienes ni idea de los regalos que le envía a diario a la biblioteca. Globos, bombones, flores y muñecos de trapo. Jamie emplea esos objetos como premios en los concursos de los niños.

—¡Sarán, por favor!. ¡Basta ya! —exclamó Jamie.

Rand sonrió. Había algo perversamente gracioso en imaginarse al elegante Daniel como un chiflado cuyas muestras de afecto eran sorteadas entre un grupo de niños.

—Me parece que tienes un ferviente admirador.

—Sólo porque le dije que no y se niega a aceptarlo —comentó Jamie, tensa—. ¿Te suena eso a algo? Además, el doctor Wilcox sólo parece interesado en admirar su persona. Es narcisista,

demasiado pagado de sí mismo. Conozco bien a los de su tipo.

—Y lo peor de todo es que Ángela, la amiga de Jamie, trabaja con él en su consultorio y está perdidamente enamorada del dentista —agregó Sarán.

—Un giro interesante —comentó Rand a la ligera. Se preguntó si Daniel sería consciente de que su asistente estaba enamorada de él. Tal vez no. Como Jamie había apuntado, siempre estaba demasiado centrado en sí mismo.

—La situación ha sido realmente engorrosa. Prefiero no hablar de ello —terminó Jamie.

—Muy bien, hablaremos de otra cosa —aceptó Sarán, estudiando a Rand de nuevo—. ¿Tú y Jamie vais a salir juntos?

—¡Sarán! —siseó Jamie entre dientes.

—Todavía no hemos concertado ninguna cita —rió Rand—, pero tengo fuertes esperanzas. —¿Qué te parece el próximo sábado, Jamie?

—¿Por qué no esta noche? —intervino Sarán—. Podéis salir a cenar y así no tendré que traer el coche de Jamie a las seis para que ella vuelva a casa. Tengo que hacer muchas compras.

Para Jamie, la tentación de estrangular a Sarán era demasiado fuerte.

—Esta noche me parece bien —sonrió Rand. Sarán le estaba dando la oportunidad perfecta para empezar de nuevo y él la aprovechó—. ¿Quieres cenar conmigo, Jamie?

—No. Lo siento, de verdad me resulta imposible.

—Conozco un maravilloso restaurante… ¿No? —Rand la miraba atónito.

—No, pero te agradezco la invitación. —Jamie negaba con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Tienes otros planes? —preguntó Rand.

—Claro que no —se burló Sarán—. No tiene otros planes. Lo que pasa es que Jamie no saldrá con nadie que no le haya presentado antes dos cartas de recomendación, incluyendo una del cura. Eso no te garantiza una vida social muy activa, créeme.

—Sarán, voy a retorcerte el pescuezo —le prometió Jamie con un falso tono dulce.

—Si me das las llaves de tu coche, desapareceré de tu vista —sonrió Sarán sin inmutarse.

—Te presto mi coche, pero tienes que estar aquí con él a las seis, Sarán. Lo necesito para volver a casa. —Jamie trataba de mostrarse firme, pero resultaba evidente que se trataba de una victoria de la prima. Una más. La chica tenía el don de salirse siempre con la suya.

Cuando Sarán hacía su salida triunfal, Cindy apareció en alto estado de agitación.

—¡Señorita Saraceni, me niego a estar con esos demonios en miniatura un minuto más! ¡Uno de ellos me ha mordido! —Levantó un brazo—. ¡Mire las marcas de sus dientes! ¡El pequeño vampiro casi me saca la sangre!

Mientras Jamie trataba de calmar a Cindy, Rand salió de la biblioteca. Vio a Sarán abriendo la puerta de un impecable coche de color gris plata.

—¡Sarán!

La chica levantó la vista y esperó a que él se acercara.

—¿Qué clase de nombre es Sarán? —preguntó él, afable.

Sarán hizo una mueca que demostraba que la pregunta ya la fastidiaba.

—Se supone que iba a ser Sara Ann, en una sola palabra, pero mis padres olvidaron la «A» mayúscula y una «n» en mi certificado de nacimiento, así que se quedó en Sarán. Si hubieras conocido a mis padres, la situación sería lógica para ti. ¿Otra pregunta?

—Sólo una. ¿Podría sobornarte para que me proporcionases el número telefónico de tu prima Jamie?

—¿Sobornarme? —La chica jadeó—, ¿quieres decir que harías algo como darme dinero?

—Contante y sonante —sonrió Rand—. Tal vez te gustaría una blusa nueva para tu falda de piel —sacó la billetera del bolsillo y extrajo un billete de veinte dólares. La joven abrió unos ojos como píalos. Sacó un billete de diez dólares adicional.

—¿Me vas a dar treinta dólares? —chilló Sarán. Hizo un movimiento para tomar los billetes, pero retiró la mano—. No eres un delincuente o algo así, ¿verdad? —preguntó preocupada.

Rand reprimió una sonrisa. Era agradable ver que la chica tuviera escrúpulos de vender a su prima.

—Palabra de honor. Sólo soy un admirador de tu prima. Como el dentista —agregó sarcástico.

Sarán recibió los billetes y recitó un número que Rand anotó con cuidado en el reverso de su chequera.

—Bueno, creo que estás tan loco como el dentista —manifestó la chica, guardando los billetes en su bolso—. Pierdes tu tiempo y tu dinero con Jamie. Nunca saldrá contigo. Una vez que dice que no, nada la hace cambiar.

—La fuerza irresistible se enfrenta a un objeto inamovible —comentó Rand, pensativo—. En física…

—¿Física? ¡Ugg! Me marcho. —Sarán perdió súbitamente el interés en él y en la conversación. Subió al coche y partió con un chirrido de neumáticos.

Rand regresó a la biblioteca cuando las madres empezaban a llevarse a sus pequeños. En el interior, Jamie trataba de convencer a Cindy de que cuidara a los mayorcitos. Estaba agotada. Le parecía que todavía faltaba una eternidad para que dieran las seis. Consideró la posibilidad de ir corriendo a por una taza del abominable café de la cafetería de Millie, en la esquina de la calle.

De pronto una lata de refresco de cola apareció sobre su escritorio. Levantó la vista para descubrir el rostro de Rand.

—¡Tú!

—Te alegras de verme —sonrió él—. Lo vi en tus ojos durante un instante de descuido. Toma —le acercó la lata de refresco helado —, es para ti. Pensé que te haría falta un tónico revitalizador. Yo suelo tomarlo a esta hora del día.

Jamie sabía que debía rechazar su ofrecimiento. Aquel hombre no necesitaba ningún aliciente. Pero tenía demasiada sed y él tenía razón; necesitaba un tónico revitalizador. Abrió la lata y le dio un sorbo.

—¿Pensaste que ya me había ido? —preguntó Rand.

—Sí. Pensé que al fin habías comprendido que hablaba en serio y…

—Cinco, cinco, cinco, nueve, siete, dos, cinco —recitó Rand, satisfecho.

Jamie estuvo a punto de ahogarse.

—¡Ése… ése es mi número! —le indicó asombrada—. ¿Don… dónde… cómo…?

—De tu prima Sarán. No, no te apresures a juzgarla, Jamie. Primero se aseguró de que no era un delincuente antes de dármelo.

—Oh, espera a que…

—No seas tan dura con ella, Jamie. Podría decirse que le hice una oferta que no pudo resistir. Sarán no es tan implacable e intratable como tú.

—Sarán tiene diecisiete años. Odia Merlton y la escuela le parece una pérdida de tiempo. Su meta en la vida es ir a Nueva York y convertirse en modelo.

—Es muy guapa, si bien un tanto escasa de estatura, pero es probable que salga adelante —él lo sabía bien; conocía a tantas modelos que podría poner una agencia.

—Por favor, no le digas eso a Sarán. Ya tenemos bastantes problemas para hacerla estudiar los dos meses que le faltan para graduarse en la escuela preparatoria.

—¿Tenemos?

—Mis padres y yo. Ellos son sus custodios legales. Su madre murió y su padre no se ocupa de ella. A mis padres no les importa que Sarán vaya a Nueva York una vez que se gradúe y cumpla los dieciocho. Pero yo considero que debe seguir estudiando y…

—Soy una especie de experto en metas en conflicto y expectativas familiares —la interrumpió Rand—. Deja que la chica tome sus propias decisiones, Jamie. No puedes exigirle que viva su vida a tu manera. Sois dos personalidades del todo diferentes. ¡Vaya si lo sois! ¿De verdad exiges referencias escritas de un hombre antes de aceptar salir a cenar con él?

—Claro que no. —Jamie dejó escapar un suspiro—. Sarán lo exagera todo —lo miró inclemente—. Pero es cierto que no salgo con desconocidos.

—¿Y yo soy un desconocido? Ya te he dado mis datos —la recordó—. Sabes más de mí que yo de ti.

—Tengo veinticinco años, soy graduada en biblioteconomía y no estoy ni he estado casada —recitó.

—Y te diviertes poniéndoles las cosas difíciles a los hombres.

—¡Eso no es cierto!

—Lo es. Guardas tu número telefónico como si fuera un documento de estado, si bien supongo que alguna vez se lo das a algún noble caballero a quien consideras digno de hablarte por teléfono. ¿Qué viene a continuación en esa tu estricta agenda? Hablas por teléfono con el pobre tipo y…

—Si las cosas marchan bien por teléfono, permitiré a esa persona que me lleve a comer —completó Jamie por él con el ceño fruncido. Lo miró furiosa—. ¿Por qué te estoy diciendo esto? ¿Por qué me molesto en hablar contigo?

—¿Se trata de preguntas retóricas, o esperas una respuesta?

—No creo que me guste la respuesta que darías.

—Tal vez no —se rió Rand—. Pero voy a dártela de todas maneras. Estás hablando conmigo porque quieres que me quede. Sientes atracción por mí, señorita Saraceni. Te excito. Yo no acepto un no por respuesta y te intrigo a pesar de todo.

—De verdad eres un bruto engreído… —¿Cuáles eran los otros insultos que él mismo se había adjudicado? Estaba demasiado alterada para recordarlos.

—En el momento preciso —sonrió Rand, pensando en las muchas escenas de seducción que había escrito—. Ahora es mi turno de decirte lo preciosa y sensual que te pones cuando te enfadas —con un movimiento ágil rodeó el escritorio para reunirse con ella.

«Está demasiado cerca», pensó Jamie recordando la letra de una vieja canción al respecto.

—No se permite la entrada de personas ajenas a esta parte. Va en contra de las reglas de la biblioteca.

—Y usted siempre se rige conforme a las reglas, ¿verdad, señorita Jamie? —Con un dedo, Rand trazó la línea de su mejilla desde la oreja hasta la barbilla. Jamie saltó como si se hubiera abrasado ante su contacto.

—Así es. Las reglas fueron establecidas para seguirlas.

—Me has tendido una trampa, nena. Sabes que tengo que contradecirte. Creo que en secreto quieres que lo haga —dio unos pasos al frente, prácticamente encerrándola entre él y el escritorio —. Apuesto a que también hay reglas en contra de que la bibliotecaria bese a un cliente. Pero las reglas se hicieron para romperlas.

El corazón de Jamie latía acelerado y la cabeza le daba vueltas, pero consiguió escapar. Rand se mostraba divertido, dejándola que se preguntara si con deliberación la había dejado huir. Estaba ruborizada y la sangre rugía en sus oídos. ¿La habría besado? ¿Quería ella misma que lo hiciera?

—Si no sales de aquí en este momento… —empezó ella. Para su horror, el tono de su voz era ronco y sensual, no exigente.

Rand le lanzó otra mirada divertida antes de volver al otro lado del mostrador.

—¿Te sientes mejor ahora? Tú estás detrás del mostrador y yo al otro lado. Así no rompemos ninguna de tus reglas infalibles.

—¿Cómo lograba él parecer tan burlón y seductor a la vez?, se preguntó Jamie, tratando de recobrar la compostura. Nadie la había hecho sentirse de esa manera antes, con calor y frío, furiosa y alegre, ¡todo al mismo tiempo! Tenía que alejarse de él.

—Si me disculpas, tengo que ir a ver a Cindy y a los niños —le indicó con frialdad, levantando orgullosa la barbilla antes de abrirse paso hacia la sala de lectura.

—No estás disculpada —la enorme mano de Rand se cerró sobre la muñeca de Jamie como una tenaza—. No me has dicho qué sucede después de la cita para comer. Ya sabes, me refiero al pobre diablo que al fin ha logrado pasar tu rígida prueba del teléfono. No voy a marcharme sin saber el desenlace del misterio.

—Suéltame —le indicó entre dientes.

—¿Terminarás el relato?

—¡Sólo si me sueltas en este instante! —La piel le ardía donde él la tocaba—. ¡Y si me prometes que te marcharás en cuanto termine! —agregó. Cuando Rand al fin la soltó, se frotó la muñeca en un gesto inconsciente. Se dijo que en ese momento le diría todo lo que él quisiera, sólo para que se fuera—. Para poner las cosas en claro, no salgo con pobres diablos. Los hombres con los que he salido han sido auténticos caballeros.

—A no dudar, en el peor sentido de la palabra —se burló Rand —. Apuesto a que pueden dar seminarios sobre sus sentimientos y pueden llorar cuando se lo proponen.

—¿Quieres que siga? —preguntó ella con una mirada reprobatoria.

—Por supuesto. No me perdería esa historia por nada del mundo.

—Bueno, después de que acepté reunirme con el caballero para comer, acordamos el lugar y la hora de la reunión y llegamos en coches separados.

—Por supuesto —dijo Rand, brindándole una sonrisa sardónica

—. Dime, ¿cuántas comidas formales serán necesarias antes de hacer algo tan atrevido como una cita para cenar? ¡De noche! ¡Y… —Simuló un jadeo escandalizado—… en el mismo coche!

—El momento de que usted se marchara ha quedado muy atrás, señor Marshall. No tengo ni el tiempo ni las ganas de ver que se divierte conmigo.

—Señorita —se rió Rand—, no creo que conozca el significado de la palabra «diversión». No creo que la reconociera ni de lejos.

Con un bufido, Jamie se alejó de él. O al menos lo intentó. Rand extendió la mano y la tomó del antebrazo, volviendo a detenerla.

—Ahora es mi turno. Tengo que decirte lo que pienso acerca de tu doctrina de las citas —le indicó él, arrastrando las palabras.

—No quiero escucharlo. —Jamie intentó soltarse, pero no le fue posible.

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida —continuó Rand haciendo caso omiso de las protestas de la chica—. Hasta para el anticuado e incorrecto estereotipo de una bibliotecaria, sería rígido y represivo —hizo una mueca burlona—. Junto a ti, los tasadores de seguros son unos chiquillos que sólo se divierten en el carril de alta velocidad.

—No me importa lo que pienses —señaló ella con frialdad—. Dejó de luchar por liberarse para conservar la dignidad y permaneció quieta, llena de tensión. —Mi sistema funciona bien para mí.

—¿Alguna vez fuiste asaltada por un hombre? —preguntó Rand, repentinamente preocupado—. ¿Es por eso por lo que tienes la necesidad de…?

—No, nunca he sido asaltada —lo interrumpió Jamie—. Y espero no serlo jamás. Sólo me gusta controlar…

—Es evidente que eres una fanática del control. Una relación contigo sería como vivir en la Alemania de Hitler.

—Supongo que consideras que una mujer debe correr por ahí en… en faldas cortas de piel y tacones altos persiguiendo a cualquier hombre que chasquee los dedos.

—Eso es sólo un extremo de la balanza. Tú estás en el otro, sometiendo a tus pobres admiradores a tus caprichos, chasqueando el látigo, agitando el anzuelo, tirando de los hilos…

—¿Conoces más frases hechas? —le espetó Jamie—. ¿Por qué no

las agregas a la lista?

—Claro —una sonrisa apareció en los labios de Rand—. Aquí está la frase más hecha de todas: «tras un violento enfrentamiento, muchos enemigos terminan siendo amantes».

Y antes de que Jamie pudiera decir o hacer algo. Rand la tomó entre sus brazos. Por un instante, ella se quedó demasiado sorprendida para luchar. Luego las palabras surgieron de sus labios en un torrente sin aliento.

—No considero divertidas tus tácticas de hombre de Neanderthal, Rand Marshall. Has ido demasiado lejos. Suéltame en este instante, o…

—¿Gritarás? —preguntó Rand desinteresado. Inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos—. No puedes. Estamos en una biblioteca, ¿lo recuerdas? —Sus manos la recorrían audaces, moldeándola más contra su cuerpo. Jamie luchaba contra el calor que la invadía y debilitaba.

—Gritaré tanto que el departamento de policía de Merlton en pleno estará aquí dentro de unos minutos —insistió. Se sentía mareada, pero rechazó la idea de apoyarse en Rand para sostenerse.

—Mmm, ¿lo harás? —Rand le mordisqueaba una oreja, acariciándole la espalda de manera sensual.

—Te demandaré —los párpados le pesaban y sólo con dificultad los mantuvo abiertos. Quería relajarse contra él y deleitarse en su fuerza. Con las mejillas encendidas por la vergüenza, en silencio reconoció que ansiaba que las manos de Rand continuaran acariciándola hasta… hasta…

Mediante un gran esfuerzo de voluntad logró recobrarse y se apartó. Él seguía sosteniéndola, pero Jamie recobró la fuerza suficiente para mirarlo con furia.

—Conozco a casi todos los policías del departamento. Te meterán en la cárcel.

—Primero deben tener una acusación en mi contra —murmuró Rand muy quedo, sonriéndole sin preocuparse de sus amenazas. Volvió a mordisquearla, en esa ocasión en el cuello—. ¿Cuál será el cargo?

Jamie gimió. Un torrente candente de sensaciones la invadía, pero luchó contra él.

—Acoso sexual —luchó contra él en un esfuerzo más por

liberarse. Rand no la soltó y los movimientos de la chica los electrizaron a ambos. En un acto reflexivo, Jamie se movió de nuevo en un esfuerzo por soltarse, pero en esa ocasión sus maniobras fueron ambiguas.

Fue un gran error. Rand dejó escapar un sonido extraño, una mezcla de risa y gemido.

—Sería difícil en este momento decir quién acosa sexualmente al otro, Jamie —su voz se hizo gruesa y profunda y sus labios se abalanzaron seductores, hambrientos, sobre los de la chica.

—No —protestó ella con debilidad. A pesar de que su mente le ordenaba retirarse, su cuerpo se negaba a obedecer.

—Sí —gimió él—, oh, sí —su boca se abrió sobre la de ella y la besó con violencia.

Jamie no estaba preparada para la asombrosa necesidad que la invadió cuando él la envolvió entre sus brazos con más fuerza. Rand era grande y fuerte; su masculinidad evocaba una poderosa respuesta en ella, algo que la joven jamás había experimentado antes. Cerró los ojos y abandonó la lucha para deslizar lentamente los brazos alrededor del cuello de Rand y acercarse más a él.

Por voluntad propia, Jamie abrió los labios y cuando él introdujo la lengua en ella, dejó escapar un ligero gemido, rindiéndose a sus demandas. Su propia lengua buscó la de Rand.

Un calor ardiente surgió en su bajo vientre, una palpitación secreta que ansiaba sus caricias. Y el beso continuó, haciéndose más profundo y candente. En el mundo, para ella, no había nadie más que Rand, dominando su cuerpo y su mente con su pasión y necesidad. Aferrándose a él, meciéndose en sus brazos, Jamie sintió un placer tan intenso que rayaba con exquisitez en el dolor.

Su mente, siempre tan ordenada y controlada, giraba enloquecida. Por primera ocasión en su vida sus sentidos se habían apoderado de ella, intoxicados de Rand, de su sabor y aroma.

De pronto, por increíble que fuera, todo terminó. Rand se apartó de repente.

La contempló con una mirada intensa. Tenía la sensación de que le «había volado la tapa de los sesos», fenómeno experimentado con frecuencia por los personajes de Brick Lawson, pero algo que Rand Marshall, su creador, jamás había experimentado antes.

De alguna forma el deseo sexual se había mezclado con el

sentimiento para explotar en una apasionada conflagración. Nunca se había excitado de esa manera antes por un beso. Y ella había sido tan apasionada y había respondido en sus brazos de tal forma, que un beso ya no le resultaba suficiente.

Si no se hubiera apartado de ella en ese momento, le habría desabrochado la blusa violentamente. Luego habría colocado los labios sobre sus pezones, que estaban tan duros y erguidos que había sentido su ligera presión contra su pecho cuando la abrazó…

Un agudo estremecimiento de deseo lo recorrió y fijó la mirada en los labios de la chica, rosados, húmedos y levemente hinchados.

Jamie correspondió a su mirada. £1 sabor a él permanecía en sus labios y en su lengua. Le dolían los senos, cuyas puntas estaban demasiado sensibles. Sentía un agradable calor entre las piernas. Permanecía inmóvil, cautiva en su mirada.

Le deseaba; su cuerpo vibraba de necesidad. Cuando él la miró, era como si la tocara de nuevo. Advirtió una renovada sensación en sus tensos pezones que apuntaban más y más bajo su ropa. Se encontraba en una encrucijada, deseando tanto abrazar a Rand como huir del peligro sexual que él representaba.

Estaba confusa y fuera de equilibrio. Nunca en sus prudentes veinticinco años había experimentado esa elemental y profunda necesidad de fundirse con un hombre, de reclamarlo para sí, de pertenecerle por completo. Se dijo que aquello era enervante, una locura. La fría y tranquila Jamie Saraceni no era de las que perdía la cabeza por el beso de un hombre. Pero en esa ocasión sí había ocurrido, no podía negarlo. Estaba horrorizada.

—Tienes que irte —le indicó sin aliento con una voz sensual que apenas reconocía como propia.

—Ahora conozco tu secreto —los labios de Rand, se curvaron en una sonrisa lenta y sensual—. La señorita bibliotecaria no está tan reprimida después de todo —parecía muy complacido por su descubrimiento.

Una ola de furia la invadió. Se sentía expuesta y vulnerable, una experiencia nueva para ella, y desagradable. La sonrisa y el tono burlón en la voz de Rand tuvieron el mismo efecto sobre ella que el de una cerilla encendida en un charco de gasolina.

—¡Lárgate de aquí, Rand Marshall!

—Cariño, estás excitada y preocupada por lo que ha ocurrido —

se rió él.

Jamie se ruborizó de la cabeza a los pies. La mortificaba que él lo supiera y se burlara de ello.

—Me marcho ahora, Jamie —su tono indicaba que lo hacía porque él quería, no porque se lo ordenaran—. Te llamaré —le indicó al dirigirse hacia la puerta.

—No hablaré contigo —replicó ella, remitiéndoselo una y otra vez. Pasara lo que pasara, no volvería a hablar con Rand Marshall.

Cada vez que el teléfono sonaba esa noche, Jamie saltaba. Recibió llamadas para sus sobrinos, Brandon de ocho años y Timmy de siete, para Al, su padre, Maureen, su madre, para la abuela y al menos cinco para Sarán.

No hubo ninguna para Jamie o para Cassie, su hermana, la madre de los chicos, que estaba divorciada. Cassie estaba sentada frente al televisor, inmersa en un programa, sin darse cuenta de que no se habían recibido llamadas para su hermana.

Jamie ansiaba esa llamada. Estaba tensa e inquieta. Y no porque esperara que Rand Marshall la llamara, según ella misma se decía. Sólo había un teléfono en la casa, en la siempre ocupada cocina, así que la intimidad de una conversación telefónica era desconocida en la familia y si Rand empezaba con insinuaciones sexuales…

«Cariño, estás excitada y molesta por lo que ocurrió», la voz de Rand se repetía en la cabeza de la chica, acompañada de su risa maliciosa. Pensó en el beso apasionado en la biblioteca y el pulso se le aceleró. Un ligero estremecimiento sensual le recorrió la espalda. Todavía ocupada en la mesa de la cocina, rodeada de los documentos necesarios para elaborar la declaración de impuestos de la familia, como hacía cada año, era consciente de la inquietud sexual que la invadió desde el mismo momento en que puso los ojos sobre Rand Marshall.

Con la mirada perdida en el infinito, revivía aquel momento. No se dio cuenta de la presencia de los dos gatos hasta que saltaron sobre la mesa e iniciaron una animada lucha libre, haciendo volar los documentos en todas direcciones.

Perseguido por la furiosa Jamie, voló escaleras arriba para esconderse bajo una de las camas de un dormitorio. Cuando la joven escuchó el inequívoco ruido de un papel que se rompía, reconoció su derrota y regresó a la cocina, maldiciendo entre

dientes.

—A Jamie no le gustan mucho los gatos —comentó la abuela a nadie en particular—. Lo atribuyo a que cuando tenía siete años, Tiger… ¿os acordáis de él?, se comió su periquito australiano.

—¡Maravilloso! —exclamó Timmy, apartando la vista del juego de vídeo en el que estaba participando con su hermano. Los Saraceni tenían dos televisores, uno de ellos conectado a los videojuegos de los niños.

—¿Recuerdas la ceremonia fúnebre, Jamie? —preguntó la abuela con una sonrisa nostálgica—. Pusimos los restos, y eran bien pocos, en una caja de zapatos, y lo enterramos en el jardín.

—Lo recuerdo, abuelita, fue muy hermosa —respondió Jamie inclinándose para recoger los papeles.

—¿Te llevó algún regalo hoy a la biblioteca el buen dentista? —preguntó la madre de Jamie, levantando la vista del pelo de la muñeca que estaba cepillando. De niñas, ni Jamie ni Cassie habían prestado mucha atención a las muñecas, por lo que su madre se dedicó a coleccionarlas. En ese momento tenía más de tres mil, de todas las épocas, ocupando cualquier espacio disponible en la casa. Compraba, vendía e intercambiaba con coleccionistas del país.

—Nada tiene de bueno, mamá. Es un patán —recordó los epítetos de Rand y casi sonrió—. Y no, hoy no he sabido nada de él. Espero que al fin haya comprendido que no tengo intenciones de salir con él.

—Los dentistas jóvenes y agradables escasean, cariño —observó Maureen—. Es probable que alguna chica lista lo atrape.

—Mamá, Ángela está perdidamente enamorada de él —le indicó Jamie con paciencia—. Aun cuando Daniel Wilcox no fuera un patán, no podría salir con él sin herirla a ella.

—Eres una amiga muy leal, Jamie, y sé que un día encontrarás al hombre perfecto para ti.

—Tal vez ya lo ha encontrado —intervino Sarán—. Quizá se trate de ese hombre encantador con el que estaba hablando esta tarde en la biblioteca, Rand no se qué. Merece ser actor de televisión aun cuando sólo sea un vendedor de seguros.

—Tasador de reclamaciones —la corrigió Jamie, lanzando a su prima una mirada reprobatoria. Todavía no se había olvidado de que la muy malvada le había dado su número de teléfono a Rand.

—¿Merece ser actor de televisión? —Maureen parecía complacida—. Háblanos de él, Jamie.

—¿Demasiado guapo? —preguntó la abuela, molesta—. Ha habido más asesinos guapos que los que quisiera recordar. Se ocultan detrás de su apariencia para cometer sus crímenes.

—Será mejor que eche un vistazo a tus revistas policíacas para ver si lo identifico, abuelita —se burló Jamie. Para la anciana, todos eran culpables hasta que se demostrara lo contrario.

—¡Lo hice! ¡Encontré una zona oscura que me llevó al Mundo Cuatro! —rugió Brandon, provocando también la excitación de su hermano. Dos gatos, perseguidos de un tercero, pasaron como bólidos, derribando la fuente con palomitas de maíz que estaba en el suelo frente a los niños.

El tema de Rand Marshall se olvidó por el momento cuando todos se dedicaron a espantar de allí a los gatos y a recoger las palomitas. Jamie se alegró de ello. Por motivos que prefería no examinar a fondo, no estaba dispuesta a hablar de Rand con nadie.

Aquella inusual reticencia la intrigaba. Nunca había vacilado en compartir información de sus pretendientes con su familia. Sabía que para muchos era extraño que una chica de veinticinco años que ganaba un salario bueno todavía viviera con la familia, pero era por decisión propia. Le agradaban las complicaciones y la compañía. El llegar a diario a un apartamento vacío, por muy ordenado que estuviera, no la atraía.

Por un momento dejó volar su imaginación para trasladarse al acogedor hogar que compartía con el marido de sus sueños. Imaginó la barbacoa en donde cocinarían la cena en el jardín, compartiendo las impresiones de un día de trabajo. Visualizó el encantador dormitorio, la cama con dosel y cientos de cojines, la chimenea encendida… a su marido le encantaría leer en la cama, como a ella, y estarían lado a lado hasta que sus miradas se encontraran. Sonreirían y, después de cerrar los libros, se volverían el uno hacia el otro…

Jamie reprimió un suspiro de anhelo. Sus sueños eran un secreto bien guardado. Su familia y amigos la consideraban una mujer metódica y prosaica cuya vida era tan ordenada como los libros de la biblioteca en la que trabajaba. Sabía que sus padres deseaban que encontrara un hombre bueno y agradable con el que casarse de

blanco. Ella también lo soñaba.

Pero no habría amor y boda hasta que encontrara a un hombre en el que pudiera confiar. Sin sinceridad y confianza, una relación sólo sería temporal y sin significado, como los eternos amoríos de su hermano, como el desastroso matrimonio de Cassie con el abominable Wayne Blair.

El observar a Steve y a su antiguo cuñado a través de los años, le había dado un sexto sentido para detectar a aquellos que, gracias a su buena apariencia, tenían a las mujeres derrotadas a sus pies.

Eso no la interesaba. Buscaba a un hombre dispuesto a involucrarse tanto en el aspecto emocional como en la intimidad física, no alguien que buscara el placer sexual sin adquirir compromisos. El hombre de sus sueños tendría un sentido del humor que ambos compartirían, al igual que sus valores por el matrimonio y la familia, y la amaría tanto, como ella a él.

Tenía que existir. Lo había estado esperando toda la vida. Cuando la imagen de Rand Marshall apareció en su mente, trató de borrarla con firmeza. ¡Cómo se atrevía a invadir su concepción del hombre ideal! Era casi sacrílego. Rand Marshall significaba problemas; todo lo que ella quería evitar. Era peor que David Wilcox y los demás conquistadores faltos de sinceridad que habían tratado de meterse en su vida en el pasado. Al menos aquéllos no se habían atrevido a tocarla, en tanto que Rand Marshall no había vacilado en apoderarse de ella, acariciarla, besarla…

Un deseo cálido y agudo la estremeció. El calor que la abrasaba volvió a invadirla y a llenarla de dolor. Frunciendo el ceño recordó cómo se había reído y burlado de ella respecto a las reglas y recordó también cómo había perdido el control entre sus brazos.

Jamie se estremeció. Era el hombre más peligroso que hubiera conocido. Se tensó para resistir la marea cálida que la invadía. Jamás volvería a ver a Rand Marshall, se prometió. Aun cuando nunca lo supiera él, era el hombre que la hacía desear romper todas sus reglas.

* * *

La lluvia golpeteaba contra el parabrisas del deportivo aparcado

frente a la Biblioteca Merlton. Era la más reciente adquisición de Rand, su alegría de turno que cuidaba como a la niña de sus ojos. Si tres días antes alguien le hubiera dicho que llevaría su preciado tesoro a Merlton, y además en medio de un aguacero, Rand lo habría tildado de loco.

Pero su cuerpo ardía con los recuerdos del encuentro del día anterior con Jamie Saraceni. Recordaba la suave presión del cuerpo de Jamie contra el suyo y la ardiente pasión de su beso. No podía dejar de pensar en ella, ni ignorar las emociones que sus pensamientos evocaban.

Era algo muy desacostumbrado en él, según reconoció. Rand Marshall, alias Brick Lawson, estaba acostumbrado a controlar sus pensamientos tal como controlaba los destinos de sus personajes. Siempre había sido capaz de mantener la mente ajena a sus emociones, en los tratos con la familia y en sus relaciones con las mujeres. Así era más fácil.

De hecho, hacía tiempo que había decidido que el sexo era más agradable sin los amenazantes enredos provocados por ese estado emocional que algunos llamaban «amor». Pero la noche anterior, a pesar de sentirse inquieto y frustrado, no había buscado una compañera dispuesta a aliviar sus tensiones.

En lugar de ello, las había soportado porque Jamie Saraceni estaba tan enraizada en sus pensamientos que sabía que le sería imposible encontrar satisfacción con otra persona.

Mentalmente imploró la ayuda de una deidad desconocida. Durante toda su vida había vivido con comodidad como un lobo solitario; no tenía deseos de cambiar las cosas en ese momento. El hecho mismo de descubrirse interesado en Jamie lo aterrorizaba.

Hizo una mueca. Sólo había una forma de enfrentarse a esa situación, decidió. Tendría que llevarse a Jamie a la cama y saciarse con ella para luego olvidarse de ella. Una vez que estuvieran en la cama juntos, se encontraría con que ella era sencillamente como las demás mujeres que había hecho suyas y a las que había olvidado.

Pero ¿y si no era así?, lo desafió el persistente observador que habitaba en su cerebro. ¿Qué pasaría si al tenerla la deseaba más, y no menos?

Con los nervios alterados, Rand trató de calmarse. «Deja de pensar a largo plazo; no estás acostumbrado a ello, no funcionas

así», se recordó. Incluso cuando escribía, lo hacía capítulo por capítulo, para desesperación de sus editores, a quienes les habría gustado saber, por anticipado lo que ocurriría en la novela. Pero… ¿cómo podía saber cuál iba a ser el desenlace del capítulo diez cuando sólo iba por la página tres?

Y ésa era su posición con Jamie Saraceni; estaba en la página tres. Y ya era tiempo de escribir la cuatro. Abrió la puerta del coche y corrió bajo la fría y fuerte lluvia hacia las amplias puertas de cristal de la biblioteca.

Jamie entregó una naranja a cada uno de sus niños, reunidos en el salón de actividades de la biblioteca. Extraoficialmente se había apropiado del lugar cuando se integró al grupo. Un club de mujeres de la localidad le había asignado una suma regular para las meriendas de los niños, que Jamie se encargaba de administrar y servir.

—Dile a la señorita Saraceni lo del gatito, Scotty —le dijo un pequeño a otro.

—¿Tienes un gatito nuevo en casa, Scotty? —preguntó Jamie sonriendo.

—No, ¡pero vi a un muchacho grande meter uno en el buzón de la biblioteca esta mañana!

—¿En el depósito de libros de la biblioteca? —repitió Jamie, incrédula. Se trataba de un antiguo buzón de correos que había sido donado a la biblioteca por las autoridades postales. Estaba pintado de color naranja y con un letrero enorme que rezaba «Sólo Libros», pero el público seguía depositando en él su correspondencia—. ¿Alguien metió allí un gatito?

—Seguro que sólo se trata de otra de las mentiras de Scotty —se burló un chico mayor—. No lo crea, señorita Saraceni.

Jamie sabía que Scotty tendía a exagerar las cosas.

—Pero si de verdad alguien introdujo un gato en el buzón, podría hacerse daño si alguien dejara caer un libro pesado en su interior. —Jamie frunció el ceño. No era amante de los gatos, pero tenía en casa siete y tenía cierta lealtad hacia la especie—. Podría tener hambre.

—O se podría hacer pipí en los libros que ya están allí —apuntó uno más.

Todos los niños, excepto Scotty, rieron divertidos.

—No miento, señorita —anunció solemne—. Vi que metían allí a un gatito.

«Tendré que investigarlo», se dijo Jamie al salir bajo la lluvia al amparo de un paraguas en tanto que con la mano libre buscaba la llave del buzón.

—¿Puedo ayudar? —preguntó una profunda voz de hombre.

Jamie se dio la vuelta tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio y las llaves cayeron a un charco de agua en la acera.

—Rand —exclamó sin aliento. Su mente se hundió en el caos y la confusión. Quería correr y a la vez deseaba quedarse.

—¿Te importa si comparto el paraguas? —preguntó él y se acercó para guarecerse sin esperar respuesta de la chica.

El aroma de su perfume le llegó y Rand se sintió invadido por el deseo. Se agachó para recoger el llavero.

—Estoy buscando un libro —comentó, colocando las llaves en la mano de Jamie.

Su mano era fuerte y cálida y casi cubría la de Jamie por completo. La chica se estremeció con placer involuntario.

Rand también se sintió alterado por el sencillo acto de tocarse las manos. Hizo una aspiración brusca y se aclaró la garganta, haciendo acopio de sus defensas.

—Lo busqué en las bibliotecas de Haddonfield y en la de Cherry Hill, pero no lo encontré. Vine aquí para ver si lo tenéis.

—Si en la biblioteca de Cherry Hill no lo tienen, es difícil que nosotros lo tengamos —comentó Jamie con su mejor tono profesional—. Ésa es el Cadillac de las bibliotecas en tanto que la de Merlton es… —Trató de encontrar el modelo de coche acorde para su comparación, pero su mente no funcionaba.

—¿Un viejo jeep? —sugirió Rand.

—Lamentablemente sí. —Rand se rió y ella no pudo dejar de mirarlo. Le encantaba el rico sonido de su risa y la forma en que entornaba los ojos al hacerlo. Le gustaba demasiado.

Recordando su promesa solemne de la noche anterior de mantenerse alejada de él, trató de volver al tema de los libros.

—¿Cuál es el volumen que buscas? —preguntó con tono sensual, nada parecido a su acostumbrada voz profesional.

—El nombre del libro —comentó Rand. No había pensado en ninguno, en realidad.

—Te seré sincero, Jamie. No he venido a buscar un libro —la sinceridad podía ser un arma de dos filos y no recurría a ella con frecuencia, pero decidió arriesgarse—. Sólo he venido aquí a verte.

La alegría que la invadió la excitó. Jamie intentó reprimirla recordándose los motivos por los cuales no debía permitir que Rand Marshall entrara en su vida. El problema era que todos le parecían confusos ante la fuerza vital de su presencia. No obstante, perseveró.

—Rand, esto es imposible.

—Háblame de ello —le pidió él con una risita—. No suelo detenerme frente a las bibliotecas, pero sabiendo que estabas aquí, no pude evitarlo. En lo único que he podido pensar desde que te conocí es en ti.

—Recobra tu estilo —le indicó ella, temblorosa—. No voy a morder el anzuelo con una frase tan vieja como ésa.

—¿Estilo? —protestó indignado—. No es más que la verdad. Por es por lo que no funciona. Cuando lanzo el anzuelo a una mujer, me aseguro de que sea seductor e irresistible. Si te lanzara un anzuelo, lo morderías, nena, ¡y estaría recobrando mi estilo para atraparte!

Su exabrupto le pareció gracioso y Jamie se rió.

—Nunca conocí a un hombre con un ego tan grandioso como el tuyo.

—El tuyo tampoco deja nada que desear.

—¡Ja! —Jamie dejó escapar una carcajada feliz—. ¡Una frase típica de los noventa! ¡Pero de mil ochocientos noventa! Tus frases seductoras e irresistibles solo son para mujeres del más bajo cociente intelectual imaginable.

La lluvia seguía cayendo, pero los dos la ignoraban. Rand contemplaba a Jamie, absorto en su espeso y brillante cabello oscuro que se agitaba con su risa. Contempló su desafiante y sonriente mirada, y se dijo que tenía que hacerla suya.

—Estás acostumbrada a imponer las reglas, ¿no es así? —preguntó perezoso—. Esos pobres tontos a quienes bendices con tu número telefónico y las formales citas para comer no tienen una sola oportunidad contigo.

—Lo mismo sucede con esas pobres cabezahuecas que sucumben bajo tus encantos de actor —replicó ella.

—Es que soy encantador.

—Mujer prevenida vale por dos, supongo. Pero en realidad no necesito preocuparme —el sentido común le decía que debía parar eso de inmediato. El ambiente se estaba cargando demasiado; la tensión sensual entre ellos era tangible. Ella deliberadamente lo incitaba, lo empujaba…

Pero no parecía poder detenerse. El hecho de desafiarlo le resultaba excitante y, a pesar de haber vivido sin grandes excitaciones durante los veinticinco años de su vida, era demasiado emocionante como para dejarlo.

—Soy inmune a ti y a los de tu calaña —agregó en un tono burlón que invitaba a la respuesta.

—Tal vez seas inmune a los de mi calaña. —Rand esbozaba una sonrisa sensual—, pero distas de ser inmune a mí. Eso quedó demostrado ayer —la tomó de los hombros y la acercó a él—. Pero me parece que quieres que vuelva a probártelo.

—¡Claro que no! —Sin embargo, olas de calor se elevaban de su vientre cuando sus miradas se encontraron.

—Fui sincero contigo —murmuró sensualmente al hacer descender su boca sobre la de ella—. A pesar de tus burlas y acusaciones, fui sincero al decirte que no puedo dejar de pensar en ti. Me debes la misma sinceridad, Jamie —de manera incitante acarició el contorno de sus labios con la lengua—. Dime que quieres esto. Reconócelo ante ti misma, Jamie, y ante mí.

La chica estuvo a punto de dejar escapar un gemido. Quería estrechar la cabeza de Rand entre sus manos y oprimir sus labios candentes contra los suyos.

—No —murmuró, aferrándose a los restos de sus fuerzas de voluntad.

—Eres la mujer más testaruda que he conocido —le indicó él, acariciándole los labios—. Tienes una voluntad tan férrea como la mía —su propia declaración lo dejó asombrado.

—Y me admiras por ello —el aliento de Rand era cálido contra sus labios. El placer la hizo estremecerse.

—No —insistió Rand. La asió de las caderas para acercarla a él —. Me gustan las mujeres complacientes y… —Perdió la voz e hizo una aspiración brusca.

—¿No puedes pensar más que en una sola cosa a la vez? —sugirió Jamie. Tenía las manos sobre el pecho de Rand y cuando él

empezó a besarle el cuello, en un gesto inconsciente e irreflexivo, arqueó el cuerpo hacia atrás para franquearle el acceso, a pesar de sus protestas—. Rand, no lo hagas. No podemos. No debemos.

—Podemos, debemos y lo haremos.

Capítulo 3

La boca de Rand, cálida y ansiosa, descendió sobre la de Jamie. Un gemido brotó de la garganta de la chica y sus labios se abrieron para recibir el ataque insistente de su lengua. Lentamente, sus brazos se deslizaron hasta sus hombros y se enredaron alrededor de su cuello.

El mango del paraguas resbaló entre ellos haciendo que la copa quedara sobre sus cabezas. Ninguno de los dos se dio cuenta de ello. Las manos de Rand se movían sobre las suaves curvas de las joven, acariciando, excitando, conociéndola mientras ella se aferraba a él, débil y ansiosa.

Sus senos se hincharon y oprimieron contra la firmeza del pecho de Rand. Él intentó introducir un muslo entre los de la chica, pero la falda recta presentaba una barrera a sus intenciones de un contacto más íntimo. Con un gemido de frustración que fue correspondido por Jamie, levantó la falda con movimientos expertos. Logrado su objetivo, la acercó hacia él, acariciándole el trasero y los muslos.

Jamie sintió el calor y la presión de sus caricias provocativas y gimió de placer. Un dolor ardiente irradiaba desde su centro y su cuerpo temblaba con sensaciones exquisitas. El instinto la obligó a empezar a mover las caderas en un sutil ritmo erótico. Toda sensación de tiempo y espacio se perdió en la pasión que la invadía.

El beso se tornó más salvaje, profundo y hambriento. Cuando la falta de oxígeno los amenazaba, se separaron por fin. Desorientada, Jamie retrocedió pero sin poder apartar la vista de la de Rand. Sus

ojos estaban dilatados y encendidos de pasión, según advirtió. Sintió que la falda volvía despacio a su posición original. El darse cuenta de lo que hacían, de la impresión que estaban dando allí, frente a la biblioteca, la golpeó con fuerza inaudita.

Su respuesta incendiaria ante Rand la asustaba. Él la había tomado entre sus brazos y ella se había convertido en algo salvaje, sensual y libre, gobernada por la intensidad de sus emociones.

Asiendo el mango del paraguas con fuerza, lo levantó sobre su cabeza y apretó los párpados para contener un súbito flujo de lágrimas de vergüenza.

—Si alguien nos hubiera visto… —Tragó saliva con dificultad, imaginándose abrazada a Rand Marshall con la falda levantada, los ojos cerrados y la boca abierta y hambrienta. Estaba abrumada por su abandono sensual—. Podría haber perdido el empleo por mi comportamiento.

Rand también la observaba asombrado y desconcertado. Desde el mismo momento en que la tocó, perdió el control. Incluso en ese momento todavía le resultaba difícil recuperarse.

Bajó la vista hasta la redonda suavidad de los senos de la chica. Recordó lo agradable que había sido sentirlos oprimidos contra su pecho y contuvo el aliento. Quería verlos, tenerlos en sus manos, probarlos.

Le dolía el cuerpo de tanta necesidad. No recordaba que mujer alguna lo hubiera excitado de esa forma con anterioridad. Una ráfaga de viento hizo que la lluvia le mojara el rostro y Rand agradeció esa ayuda para aclararse la mente.

—Jamie, no sé qué decir —su voz todavía estaba ronca por la pasión—. Tienes razón. Éste no es el lugar ni el momento. Lo que pasa es que cuando tú… cuando yo… —se interrumpió lleno de confusión. ¿Dónde estaba su facilidad de palabra cuando la necesitaba?, se preguntó.

A Jamie le ayudó el hecho de que Rand estuviera tan alterado por su comportamiento como ella. Con gran esfuerzo, Jamie al fin logró controlarse. Miró a su alrededor y se alegró de que no tuvieran testigos.

—Creo que estamos a salvo —murmuró—. No hay nadie por aquí —se estremeció—. Considero que debemos estarle agradecidos al tiempo. Nadie en su sano juicio estaría afuera en estas

condiciones.

Cuan cierto era, aceptó Rand. Eso explicaba por qué estaba allí. Estaba loco. Observó el rostro de la chica, sus labios todavía hinchados por sus besos. Esa imagen estaba a punto de hacerlo perder el control de nuevo. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Pero no se movió, ni apartó la vista de ella. Lo invadía la extraña sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas, pero no quería, no podía tratar de liberarse. No, definitivamente no estaba en su sano juicio.

En ese momento escucharon un maullido débil procedente del buzón.

—¿Has oído eso? —preguntó Jamie con voz temblorosa—. Scotty dijo que aquí había un gatito y por eso salí —se agachó para abrir el depósito mientras Rand la cubría con el paraguas.

Jamie encontró cuatro libros, una carta y un muy asustado gatito. Lo levantó de inmediato. Bajo el paraguas sus cuerpos todavía se tocaban y el placer volvió a invadir a Jamie como si fueran dulces llamas doradas.

Rand no pudo resistir el impulso de rodearle con una mano la cintura. Sólo para mantenerla a ella y al animalito protegidos de la lluvia, se aseguró.

—¡Otro gato! —Jamie abrazaba al pequeño felino, tratando de ignorar el agradable calor que emanaba del cuerpo de Rand.

Los dedos de éste la apretaron por la cintura, ejerciendo una presión ligera y lenta, casi imperceptible. Pero la caricia era salvajemente discernible para Jamie. Un fuego líquido la invadía, debilitándola.

Su cercanía produjo un efecto similar en Rand. Aspiró su limpia fragancia y su cuerpo se tensó. Tragó con dificultad.

—Todo parece estar en orden —manifestó Jamie con voz sensual. Acunó al gato en tanto Rand seguía acariciándola a ella.

—Pobre gatito —murmuró él, acercándose. Su aliento agitaba el pelo de Jamie. Rozó su frente con los labios y, por un impetuoso instante, ella cedió en su lucha y se permitió relajarse contra él. Ambos suspiraron.

La lluvia arreció y el viento hizo caer sobre ellos algunas gotas frías, haciendo que el animal se estremeciera.

—Más vale que lo llevemos adentro. —Jamie se obligó a alejarse

de Rand, pero no logró evitar volverse para asegurarse de que la seguía.

—Veamos bien a este pequeño —comentó Rand cuando estuvieron en el vestíbulo de la biblioteca. Extendió una mano para acariciar al gato. Era negro como el carbón, de ojos amarillos y patitas blancas—. Parece que lleva botas deportivas de lona —comentó.

—Es un buen nombre para él… Botas. —Jamie contuvo el aliento cuando Rand deslizó el pulgar bajo el gato y le acarició la palma de la mano.

—Eso es demasiado genérico y no hay nada genérico en este amigo. A no dudar, es un gato de diseñador. Necesita un nombre de marca… *Reebok* —el pulgar seguía causando estragos en la palma de la mano de la chica. Ella levantó la vista. La tensión vibraba entre ellos.

—Jamie, ven a casa conmigo esta noche —murmuró él, sensual.

—¡No! —exclamó ella después de que su corazón pareció detenerse para reemprender una marcha alocada.

—Necesitas ampliar tu vocabulario —los labios de Rand esbozaron una sonrisa maliciosa—. Haces un uso excesivo de la palabra «no». Di «sí», Jamie. Sabes que quieres hacerlo.

¿Habrían Eva y la serpiente sostenido una conversación similar en relación a cierto fruto?, se preguntó Jamie atragantándose.

—No es cierto.

—Claro que sí. Y lo harás —insistió él con voz sedosa.

—¡Señorita Saraceni, lo rescató! ¡Rescató al gato! —rugió Scotty desde el otro extremo de la biblioteca y corrió hacia ellos, seguido de los demás.

Rand masculló una maldición y Jamie sintió que el alivio la invadía. Las cosas se sucedían con demasiada rapidez y se sentía fuera de equilibrio para confiar en su juicio. Tampoco estaba ya segura de sus instintos, de hecho, ¡ya no estaba segura de nada! Excepto de que deseaba a Rand Marshall con tanta fuerza que le dolía y no se atrevía a ceder a sus deseos.

Los niños los rodearon intentando tocar al gatito.

—¿Puede alguno de vosotros llevárselo a casa? —preguntó Jamie esperanzada. Todos manifestaron su deseo inicial, pero poco a poco fueron descartándose uno a uno. La mayoría vivían en

apartamentos en los que no se admitían animales; el hermano de uno de ellos tenía alergia a los gatos. Incluso tres chicos dijeron que alimentar un gato era un gasto excesivo en su casa.

—Usted lo conservará, señorita, ¿verdad? —suplicó un pequeñín.

Jamie hizo un gesto de resignación. Sabía que la situación se resolvería de esa manera, pero debía hacer un último esfuerzo.

—Con siete gatos en casa…

—¿Siete? —exclamó Rand, incrédulo.

—Así es. Y lo único peor que vivir con siete gatos en casa, es tener ocho.

—Son muchos —aceptó Ashley y se volvió hacia Rand—. Señor, ¿usted tiene animales?

Rand negó con la cabeza y la chica sonrió radiante.

—Entonces, ¡usted puede llevarse el gatito a casa!

—¿Yo? —Rand estaba atónito.

—¡Qué idea tan fantástica! —Jamie casi arrojó el animalito en brazos de Rand—. Toma, cuídalo. ¿No te parece irresistible?

—Tú eres la que tiene éxito resistiéndote —se burló Rand. ¿Un gato… con él? Nunca había tenido un animal. Incluso evitaba la responsabilidad de tener plantas. Pero el minino era pequeño, muy suave y maullaba suplicante al acomodarse en sus brazos. Rand llevó la vista del gato a Jamie y a los rostros expectantes de los niños. La diminuta lengua del gatito salió de sus fauces para acariciarle la mano.

—¡Le está lamiendo! —exclamó Ashley—. Eso quiere decir que le gusta. Sabe que usted es su nuevo papá.

—Señor Marshall, todos le estamos muy agradecidos por dar un hogar a nuestro gatito del buzón de la biblioteca —le indicó Jamie volviéndose hacia Rand con una sonrisa encantadora. Sólo él vio el brillo en sus ojos.

—Creo que estás exagerando la nota —murmuró él. Le desconcertaba el hecho de que no pudiera negarse, en especial cuando Jamie le sonreía de esa manera. Observando al recién bautizado *Reebok*, se enfrentó a lo inevitable: ya no podría librarse del animalito.

—Señorita Saraceni, dijo que hoy podríamos colocar las decoraciones del Día de San Patricio —comentó una delgada niña

de largas trenzas rubias.

—Es cierto, Tiffany —aceptó Jamie—. Están en una carpeta sobre la mesa grande del salón de actividades, antes de que terminara de hablar, los chicos ya se alejaban corriendo.

—Estoy tratando de determinar cómo me he dejado engatusar en esto —comentó Rand—. ¡Nunca me imaginé que llegaría el día en que jugaría a ser el papá de un gatito!

—Yo diría que es un buen principio —se rió Jamie—. Cuando seas el padre de un niño, ya serás un profesional.

—¡Un niño! ¿Yo?

—¿Por qué no? ¿No te gustan los niños?

—Por supuesto. Y si bien soy consciente de que las madres solteras están de moda, también soy un firme creyente de que una pareja debe casarse antes de tener hijos.

—Y, naturalmente, el mejor de los actores no tiene planes de matrimonio.

—Puedes estar segura de ello —respondió de inmediato—. Me gusta mi vida tal y como está. Tú, por supuesto, quieres casarte —agregó con una sonrisa condescendiente. A no dudar, sueñas en azahares y encajes blancos desde el día que vestiste de novia a tu primera muñeca.

—Mamá era la que vestía a las muñecas y sigue haciéndolo —explicó Jamie. Estaba ansiosa por alejarse del tema del matrimonio. Sin saber por qué, la actitud despectiva de Rand la deprimía—. En nuestra casa encontrarás muñecas en cada rincón.

—¿Nuestra casa? —repitió Rand—. ¿Quieres decir que vives con tu madre?

Jamie detectó aprensión, incredulidad y horror en su voz. Ella estaba orgullosa de su familia y no se avergonzaba de vivir con ellos. Le habló un poco de los siete Saraceni que moraban bajo el mismo techo, sin olvidarse de Steve, su hermano mayor, que los visitaba con frecuencia.

—¿Todas esas personas viven en el mismo sitio contigo? —Rand estaba atónito—. No he salido con una mujer que viviera con su familia desde mis días de adolescente, y mis acompañantes eran de mi misma edad.

—Entonces, eres muy afortunado de no estar saliendo conmigo —le espetó Jamie.

—Al llegar a los treinta, incluso dejé de salir con mujeres que compartían su casa con otras personas —continuó Rand. Se dijo que no podía mezclarse con una mujer cuya forma de vida simulaba un episodio de Los Walton—. Siempre podías estar seguro de que la compañera de apartamento aparecería en el momento más inoportuno —hizo una mueca ante el recuerdo—. ¡Vaya inconveniente!

—¡Y me acusas de ser una fanática del control! —le indicó Jamie con tono cáustico—. El caso típico «de la paja en el ojo ajeno».

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me refiero a que eres tan controlado y controlador como yo, si no más. Al menos yo vivo con otras personas que hacen imposible que controle todo lo que ocurre en mi vida. Tú ni siquiera estás dispuesto a correr ese riesgo.

Rand la miró estupefacto. Una vida entera de percepciones empezaron a agitarse ante él como las piezas de un caleidoscopio y se vio a sí mismo no como un tipo despreocupado, sino como un fanático de la rigidez y del control. Furioso, intentó negarlo, tanto a ella como a sí mismo.

—Te estás equivocando como analista de sillón, cariño. Me considero una de las personas más espontáneas que existen. Sólo se trata de que me desagradan los inconvenientes, exigencias y expectativas —levantaba el tono de voz, acalorado—. Me enfrento a eso en mi vida profesional, no en la social. La mujer ideal de Rand Marshall vive sola. Va y viene a su placer, tal como yo voy y vengo a mi antojo. Sin lazos ni ataduras, sólo libertad, independencia e intimidad.

Rand estaba seguro de que la intimidad y la conveniencia serían inalcanzables con una mujer que vivía con siete miembros de su familia. Habría horarios para llegar, programas, tareas obligatorias, conversaciones aburridas e interminables con familiares curiosos.

—Jamás oí hablar de una vida más estéril, solitaria e insatisfactoria —en ese momento era Jamie la que lo miraba furiosa —. Tú y tu llamada mujer ideal me dais lástima, pero tal vez os merecéis el uno al otro.

—No malgastes tu lástima conmigo —le indicó, tenso—. ¡Y mi vida no es estéril, solitaria e insatisfactoria! ¡Dista mucho de eso!

Pensó en su hogar, sus coches, sus jugosos cheques. Todo lo había conseguido él solo, independientemente de la fortuna de la familia Marshall y de sus restricciones. Hacía lo que le venía en gana cuándo y cómo le placía.

—Pues no permitas que te impida regresar a tu vida maravillosa —le indicó Jamie, lanzándole una mirada gélida—. Tengo que ir a ver a los niños —se dio media vuelta y emprendió la marcha.

—Jamie —la llamó Rand. Prefirió no recordar que tan sólo unos momentos antes había estado dispuesto a relegarla al rincón más apartado de su mente porque su forma de vida no era conveniente para él. Por inexplicable que resultara, no podía dejar que se alejara —. Necesito comprar algunas cosas para el gato. Me ayudarías si pudieras decirme dónde conseguirlas y qué comprar —decidió usar el atractivo Rand Marshall a toda capacidad, incluyendo su mejor sonrisa—. ¿Quieres acompañarme? El vivir con siete gatos en casa te convierte en una experta asesora. Iremos tan pronto como termines de trabajar. A las seis, ¿vale?

—Estoy segura de que puedes arreglártelas solo. Las dependientas de cualquier tienda de mascotas podrán ayudarte —le indicó Jamie sin volver la vista.

Estaba dolida y molesta… y decidida a apartar a Rand de su mente para siempre. Había visto cómo se retrajo cuando le habló de su familia; la había rechazado de primera intención y ella no aceptaría el rechazo de nadie.

Había visto a su atractivo hermano rechazar a mujeres una y otra vez; había visto cómo había sufrido su hermana cuando era rechazada por su marido. Tantos años de contemplar rechazo tras rechazo en otras mujeres la habían decidido a no experimentarlo jamás ella misma. Hasta entonces, era la que rechazaba, escogiendo con cuidado con quién salía y retirándose en el momento en que advertía peligro en una nueva relación.

Y estaba frente a un serio peligro. Rand Marshall ejercía sobre ella un poder que jamás había encontrado en otro hombre: el poder de herirla. Las defensas de Jamie entraron en operación a marchas forzadas. Siguió avanzando hacia la sala de actividades.

Los ojos de Rand se llenaron de emoción. De pronto, la furia lo consumió.

—Si cruzas esa puerta no volverás a verme —gruñó con voz

ronca—. No desempeñaré el papel del tonto enamorado que te cubrirá de globos, bombones y flores para que los rifes entre los niños.

—¡Me alegro! —exclamó ella, volviéndose con una mirada tan furiosa como la de Rand.

Él la contempló estupefacto ante su inesperada respuesta.

—Así lo entiendo. Has dejado muy claro que no perderás tu precioso tiempo con alguien que comete el imperdonable error de vivir con su familia.

Rand se pasó una mano por el cabello en un gesto de frustración. La chica lo derrotaba en cada asalto. Algo totalmente inesperado para él. Las mujeres no solían discutir con Rand Marshall, se esforzaban por complacerlo.

Lo que debía hacer… lo que haría cualquiera de los héroes de Brick Lawson, sería salir de allí de inmediato. No tenía por qué lidiar con una fanática del control que se negaba a desempeñar el papel que él había designado para ella. Se volvió para marcharse.

De pronto la realidad lo golpeó. No volvería a hablar con ella. No volvería a ver su sonrisa. No volvería a besarla. Nunca. Nunca tendría la oportunidad de hacerle el amor. Rand trató de identificar la peculiar sensación que le invadía. ¿Era de… pérdida?

Jamie abrió las puertas dobles que conducían al salón de actividades.

—¿Jamie?

El tono de su voz la hizo detenerse. Se volvió con expresión pensativa y preocupada en sus ojos azules.

—Cuando me enteré de que vivías con tu familia, mi primera intención fue la de echar a correr sin mirar hacia atrás. —Jamie no dijo nada y él hizo una aspiración profunda—. Pero todavía estoy aquí —sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. Y todavía quiero… que salgas conmigo —dio un paso al frente—. ¿Esta noche?

—No puedo esta noche, Rand —se dijo que esa respuesta haría que saliera huyendo despavorido. A pesar de saber que así era mejor, le dolía hacerlo—. La escuela primaria de Merlton celebra esta noche el concurso de canto de primavera y mis sobrinos van a participar, al igual que mis niños cautivos de aquí —apuntó hacia el salón de actividades—. Les prometí que asistiría.

«Ya empezamos», se dijo Rand exasperado. Las eternas intromisiones de la familia que interferían con su placer y conveniencia. ¡Ésa no era manera de tener una relación sin ataduras!

«Olvídalo, no funcionará», se ordenó. Así estaba destinado desde el principio.

—¿El concurso de canto de primavera de la escuela primaria, eh? —Levantó las cejas—. Y no te lo perderías por nada del mundo —encogiéndose de hombros, se dio la vuelta para marcharse.

—Rand.

El sonido de su voz le hizo detenerse.

—¿Te gustaría ir al programa escolar conmigo? —preguntó ella en un impulso, una de las pocas veces en su vida en que obraba así.

—Sí —respondió él con tanto entusiasmo que parecía que le había invitado a su cama y no a una actividad escolar.

Hacía años que no se entusiasmaba tanto ante la perspectiva de una cita, pero había que reconocer que no se trataba de una cita ordinaria con la típica chica de Rand Marshall. Ella era Jamie Saraceni y además estaba contento de que por él hubiera roto dos de sus reglas más estrictas en lo referente a citas.

No había tenido que obtener autorización para llamarla por teléfono y el requisito de trasladarse en vehículos separados no le había sido impuesto. Estaba progresando con la mujer que había conseguido enfurecerlo y cautivarlo al mismo tiempo.

Un grito repentino y el inconfundible sonido de muebles que caían los sorprendió. El gato maulló recordándoles su presencia y sus necesidades. Con renuencia, Jamie y Rand se separaron para atender sus deberes. Después de recibir instrucciones de cómo llegar a casa de Jamie, Rand salió silbando una melodía de moda. La letra hablaba de la excitación de romper todas las reglas. Ése sería su lema esa noche.

Todavía llovía esa noche cuando Rand aparcó frente a una casa pequeña en un atestado barrio de Merlton.

En otras ocasiones se quedaba en el coche y llamaba con la bocina para atraer la atención de su cita, en especial cuando hacía mal tiempo, pero esa noche hizo frente al torrente de agua y viento y fue hasta la puerta. Antes de llamar la puerta se abrió; Rand esperaba la inequívoca anticipación de Jamie. Eso lo alegró. La

espera no sería larga. Si ésa no era la noche principal, la chica sería suya antes de que terminara ese fin de semana.

Pero no fue Jamie quien le abrió con tan pasmosa celeridad, sino Sarán, su prima.

Rand reprimió la ligera… «ligerísima», se aseguró… decepción que le invadió y brindó su sonrisa más seductora a la adolescente.

—Hola, ¿ya está lista Jamie?

Sarán no se dejó convencer. Lo miró fijamente.

—No puedo creer que vayas a ir a eso esta noche. El concurso de canto es horrible. Hasta los padres asisten sólo por obligación. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer, o lo haces para conquistar a Jamie?

Contra su costumbre, no encontró una respuesta inmediata. Eran preguntas que él mismo no se atrevía a plantearse. Fue un alivio cuando una anciana, vestida de negro, se unió a ellos en el minúsculo vestíbulo.

—Hola —le tendió su pequeña mano—, soy la señora Saraceni, la abuela de Jamie. —¿Quién es usted, jovencito?

De inmediato, Rand sacó las manos de los bolsillos del pantalón, se irguió en posición militar de firmes y estrechó la mano de la mujer.

—Soy Rand Marshall, señora Saraceni. Me alegro de conocerla —se escuchó decir con un tono y modales que habrían enorgullecido hasta a sus padres, obsesionados por la etiqueta.

Los penetrantes ojos negros de la anciana parecían tenerlo prendido de la pared. Era evidente que le estaba evaluando y que le traía sin cuidado que él lo supiera.

—Es el tipo de la biblioteca, abuelita —comentó Sarán.

—Pero no el dentista chiflado de los globos y bombones —agregó él, apresurándose a exhibir la sonrisa que hasta entonces jamás había dejado de cautivar a las mujeres.

—Qué lástima —la abuela encogió los hombros—. Me hubiera gustado conocerlo. En particular me gustaron los bombones de chocolate que le envió a Jamie. Y las almendras tampoco estaban mal. Para ser dentista, era un gran promotor de los dulces. Creo que pediré una consulta sólo para conocerlo.

Jamie escogió ese momento para hacer su aparición, vestida con unos cómodos pantalones de color marrón oscuro y un suéter azul

que resaltaba el color de sus ojos. Aquella ropa informal favorecía su figura esbelta, sus hermosos senos, su cintura estrecha y sus suaves caderas.

Rand tragó con dificultad. La atracción inicial que había sentido por ella no era nada comparado con el deseo que le invadía en ese momento.

—Qué tal, Rand —saludó con tono sensual. Le recorrió con la mirada y el pulso se le aceleró. Estaba por demás atractivo con unos ajustados vaqueros viejos y una camisa de lino de color azul marino.

—Hola Jamie —sus miradas se mantuvieron cautivas más allá del tiempo permitido para el intercambio de sonrisas corteses. No les importó que la abuela y Sarán los observaran e intercambiaran miradas de complicidad entre ellas.

—Sarán —ordenó la anciana—, ve a por la caja de Maureen que debemos llevar esta noche al centro comunitario —su tono autoritario hizo que Rand y Jamie salieran de su ensueño sensual.

—Pesa mucho, abuelita —se quejó la adolescente—. ¿No puede llevarla él?

—Buena idea —tocó el brazo de Rand—. La caja está en la cocina. Sígueme, jovencito.

Divertido, Rand la siguió por la sala de estar hasta la cocina, con sus dos enormes televisores y un gato dormido en cada uno de los aparatos. Sus colas se mecían como péndulos frente a las pantallas. Tres felinos más dormitaban en otros muebles. Un rayo de pelo negro pasó frente a él en el mismo momento en que un obeso siamés salió de debajo de la mesa y encajó las uñas en la pierna de Rand dejando escapar un maullido plañidero.

—Siete gatos, ¿eh? —murmuró Rand, pretendiendo un tono entusiasta, si bien sólo logró uno de incredulidad.

—Rand tiene un gatito —informó Jamie a la familia con una sonrisa, mientras apartaba al siamés—. Los dos se fueron de compras esta tarde.

—*Reebok* se negó a permanecer en el carrito del supermercado y casi consiguió que nos echaran del lugar. —Rand no podía apartar la mirada del rostro de Jamie. Tenía la sonrisa más atractiva que había visto en su vida—. Más tarde tendrás que acompañarme para estar seguro de que adquirí para él lo indicado, Jamie —agregó

sagaz.

La abuela no le dio a Jamie la oportunidad de contestar al interponerse entre ellos y señalar una caja en un rincón. Contenía…

—¿Cabezas de muñeca? —preguntó Rand asombrado.

Docenas de ellas de los más variados estilos estaban amontonadas una sobre otra. Docenas de ojos y sonrisas diferentes parecían burlarse de él.

—¿Qui… quién las decapitó? —Rand trataba de mostrar tacto—. ¿Y… por qué?

—Te sorprendería saber lo que un coleccionista pagaría por algunas de esas cabezas —manifestó la abuela, alegre—. Maureen, mi nuera, compra muñecas viejas en venta de garaje, descarta sus cuerpos maltrechos y limpia y arregla las cabezas, vendiéndolas a dos y tres veces su valor original.

—Oh, una afición interesante —manifestó Rand cortés, contemplando la caja.

—Maureen también vende muñecas —agregó la señora—. Quiere empezar a preparar la exposición de muñecas de este sábado en el centro cívico mañana a primera hora. ¿Te importaría llevarle estas cosas, jovencito?

—Podemos detenernos allí de camino a la escuela —intervino Jamie—. Mamá y papá se fueron con Cassie y los chicos después de cenar. Les comenté a la abuela y a Sarán que no nos importaría llevarlas con nosotros.

—¿No nos importaría? —repitió Rand, tomándola del brazo para detenerla cuando la abuela y Sarán corrían bajo la lluvia hacia su deportivo—. No recuerdo que me hubieras preguntado cuál era mi opinión al respecto.

—Dado que hice a un lado mis exigencias acerca del teléfono y las comidas a tu favor, no creí que te importara —le indicó Jamie, divertida.

En realidad no era nada gracioso, le dijo una voz interna indignada. Rand ya se había declarado el ganador de esa ronda y en ese momento ella estaba cambiando el juego, pero en lugar de ponerse furioso, se rió. El perdedor era él y, por extraño que fuera, no le importaba, en especial cuando Jamie lo invitaba con su sonrisa a reír con ella, desafiándolo a jugar otra partida.

—¡Este coche es una joya! —exclamó Sarán desde el pequeño

asiento trasero del deportivo de Rand, sentada entre su abuela y la caja de muñecas.

—Uno de esos elegantes modelos importados. Debe de haber costado miles y miles de dólares —apuntó la señora—. ¿Dijo que era tasador de seguros, señor Marshall? Nunca pensé que fuera una ocupación tan bien pagada —por supuesto que no lo era. Rand se ruborizó; la vieja era lista—. Espero que no te importe que te haga una pregunta personal, jovencito —por el tono de la mujer, era evidente que no le importaría si lo hiciera—. ¿Te dedicas a algo ilegal para complementar tus ingresos? De ser así, será mejor que nos bajemos en este momento y vayamos a pie. Los Saraceni no nos mezclamos con traficantes de drogas o delincuentes.

En ese momento él no podía confesar que era Brick Lawson, se dijo Rand, pero pensó que tal vez debería hacerlo. ¡Después de todo, era preferible a que lo consideraran un delincuente! Sin embargo, titubeó. Jamie lo observaba temerosa y no sabía cuál sería su reacción al enterarse. ¿Y si se ponía furiosa por haberla engañado y decidía no volver a verlo? No la pondría a prueba. Era terca y voluntariosa y más que capaz de cumplir su palabra.

No, no podía arriesgarse; el engaño tenía que seguir. Por mucho que le desagradara hablar de sus antecedentes, eso era más seguro que revelar su verdadera ocupación. ¿Acaso su familia no llevaba años diciéndole que el ser escritor no era nada de lo cual alguien pudiera enorgullecerse? Nunca hablaban de ello a menos que se vieran obligados. En un gesto automático, Rand los imitó.

—Tiene razón, señora Saraceni, el salario de un tasador de seguros nunca cubriría el valor de este coche —hizo una pausa—. Te… tengo ingresos procedentes de un fideicomiso de una herencia familiar.

—¿Tu familia tiene dinero? —exclamó Sarán con manifiesto entusiasmo—. Mi primo Steve y yo queremos ser ricos. Queremos coches fantásticos que cuesten una fortuna, relojes Rolex y hacer cruceros por todo el mundo —se inclinó hacia adelante con ojos brillantes—. Háblanos de tu estilo de vida, Rand.

—Una persona vive una vida, no un estilo de vida. Sarán —le indicó Jamie, tranquila.

—Tú vives, Jamie, yo vivo, pero si Rand es rico, él tiene un estilo de vida —le indicó Sarán con tono conocedor—. El estilo de

vida depende del dinero. Se trata de la ropa que usas, de las personas de las que te rodeas y del coche que tienes. Es la comida que ingieres y la casa en la que vives con todo lo que tiene dentro.

Jamie advirtió la incomodidad de Rand, pero no era comparable a la suya. Pensó que Sarán tenía razón. Existían diferencias entre vivir y estilo de vida, entre ganar dinero y heredarlo, entre vivir en Merlton y vivir en Haddonfield. Todas esas diferencias que se extendían a todos los ámbitos de la vida, presagiaban disparidades y conflictos para ella. Eran motivos adicionales para mantenerse alejada de Rand Marshall, se dijo con firmeza.

—Mira, allí en la esquina alguien está pidiendo que lo lleven —el comentario de la abuela interrumpió los pensamientos de Jamie —. Por todos los santos, ¿cómo puede arriesgar su vida de esa manera? ¿Sabéis cuántas personas como él han sido asesinadas? ¿Cuántos han entrado en un vehículo extraño para luego desaparecer para siempre?

Como nadie respondió, la anciana se lanzó a una amplia descripción de nombres, lugares y fechas obtenidos de su amplia colección de revistas policíacas, remontándose a décadas atrás.

—No hay un crimen o una desaparición de la que la abuela no esté enterada —comentó Sarán, orgullosa—. Lee todo lo relativo a ellos.

—Ya veo —comentó Rand con una sonrisa. El germen de una idea empezó a crecer en su mente. Tal vez podría hacer que uno de los galanes de sus novelas tuviera una abuela fanática de las historias de crímenes. La abuelita podría volver loco tanto al héroe como a la policía con sus elucubraciones. Después de todo, era justo que sus personajes sufrieran algo de lo que Jamie Saraceni le hacía sufrir a él.

—… y este hombre paseaba con su perro y descubrió el cuerpo —seguía la anciana. Es increíble el número de cadáveres descubiertos de manera accidental por personas que salen a pasear con sus perros.

—Eso añade una dimensión más a la afición de sacar a pasear a las mascotas —comentó Rand.

—Me alegro de que nosotros tengamos gatos, abuelita —apuntó Sarán.

Jamie permanecía en silencio, casi sin escuchar. Ya estaba

acostumbrada a los relatos macabros de su abuela. Hacía mucho tiempo que no la impresionaban. Pero sí la alarmaron las preguntas que pasaban por su mente, entre ellas, ¿quién era Rand Marshall?

El hecho de admitir que el salario de un tasador de seguros no sería suficiente para pagar su coche equivalía a admitir que no trabajaba en eso. Entonces, ¿por qué le había mentido? Afirmaba contar con un fideicomiso de una herencia, lo cual implicaba que procedía de una familia acomodada. ¿Sería verdad? La aprensión y la furia la invadieron. ¿Cómo había podido confiar en un mentiroso? Cuando un hombre era deshonesto en las cosas pequeñas, una mujer no debía confiar en él cuando se trataba de cuestiones importantes. Eso no le gustaba nada. Se retrajo en la protectora máscara del silencio.

Sarán estaba en lo cierto en lo referente al festival, pensó Rand con inquietud en su asiento del gimnasio de la escuela. El concurso de canto era realmente terrible. Todos los niños desentonaban, hecho incrementado por el alto volumen de los altavoces. Se trataba de un verdadero infierno, se dijo desesperado.

Y lo peor de todo era que, a su lado, Jamie guardaba un silencio sepulcral y se negaba a mirarlo. Se sentía utilizado y molesto, lo cual no parecía importarle a la chica, que lo ignoraba.

—¿No es esa Ashley, la chica de la biblioteca, allí en la tercera fila? —murmuró él, acercándose a Jamie hasta casi rozarle la oreja. Aspiró su fragancia con deleite. Ansiaba tanto su atención que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso manifestar interés por aquel infame espectáculo.

La cortesía más elemental obligó a Jamie a volverse para asentir a su pregunta. Estaban muy cerca. Si los dos se movían unos centímetros, sus labios se tocarían. Se tensó y retrocedió rápidamente, decidida a no responder a un mentiroso, por muy sensual y atractivo que fuera.

Rand sentía una punzada de deseo tan intensa que era casi dolorosa. Fijó la vista en los ojos y en los labios de Jamie, memorizando su forma seductora, recordando su dulce sabor y su respuesta apasionada a sus besos.

—Dime cuáles son tus sobrinos —murmuró él, repantigándose en su asiento para hacer que sus muslos se tocaran. Cuanto más distante se mostraba ella, más decidido estaba él a acercarse para

ganarse una sonrisa.

Jamie ignoró su solicitud en tres ocasiones. A la cuarta, cuando él elevó la voz más allá del murmullo, decidió señalarle a Brandon y a Timmy, sólo para que se callara.

Pero Rand no parecía distinguirlos en la multitud. Tuvo que inclinarse más hacia ella, pasarle un brazo por los hombros para acomodarse y ver en la dirección que ella apuntaba. Con la mano libre tomó la mano de Jamie so pretexto de admirar el zafiro de su sortija. Pero después de estudiar la piedra, no la soltó, enlazando los dedos entre los suyos.

Contra su voluntad, un estremecimiento de respuesta invadió a Jamie. Rand tenía la pierna oprimida contra la suya, la tenía rodeada con un brazo, sosteniéndola con delicadeza pero firmemente. Su pulgar empezó a acariciarle la palma de la mano con esa caricia excitante que tanto la había afectado en la biblioteca ese mismo día.

Jamie exhaló un suspiro tembloroso. Sus instintos la urgían a cerrar los ojos y relajarse, pero no se atrevía. Tenía demasiadas dudas acerca de Rand Marshall como para abandonarse a él.

En más de una ocasión le habían dicho que tenía una voluntad de acero. Pero tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para alejarse del abrazo de Rand. Una vez conseguido, permaneció tensa y rígida.

Su posición debía ser la de una barrera; ésa era su intención. Pero antes de que Rand captara su rechazo, ella inclinó un poco la cabeza y su brillante cabello negro cayó hacia adelante, dejando al descubierto el cuello.

Rand se olvidó de su rechazo. No podía apartar la vista del cuello de la chica. Era sensual, suave y vulnerable, y sabía que muy sensible. La ansiedad de acariciarlo era abrumadora. Un calor intenso lo invadió. Inclinándose hacia adelante en su asiento, le acarició el cuello con los dedos.

El corazón de Jamie latió alocado en su pecho. Lo que la rodeaba se perdió en la bruma y se olvidó de que estaba en el atestado gimnasio. Todos sus sentidos estaban concentrados en la caricia de Rand.

Lentamente los dedos de él empezaron a trazar una senda sensual y ligera por la espalda de Jamie siguiendo la fina línea de su

columna vertebral. Ella lo sintió detenerse en la cinta del sostén bajo el suéter antes de seguir su contorno. De la exploración él averiguaría que no llevaba broche a la espalda y deduciría que se abrochaba al frente. El hecho de que Rand se enterara de tan íntima información la hizo estremecerse.

Cuando la mano llegó a la parte inferior de su espalda, inició un masaje suave y delicado. Llamas internas abrasaban su bajo vientre. Tuvo que reprimir el jadeo de placer que amenazaba escapar de su garganta.

—No lo hagas —gimió con voz ronca.

—¿Por qué no? —preguntó él con voz suave y seductora—. Me gusta tocarte y a ti te gusta que lo haga —sus dedos se deslizaron bajo el suéter y tocaron la cálida piel de la espalda.

Jamie se levantó de su silla como un rayo. Ardía con las llamas internas que había encendido Rand al tocarla. Rápidamente cruzó el gimnasio hacia una de las salidas. En el pasillo desierto y mal iluminado hacía fresco. Con el pulso acelerado, se apoyó en una pared buscando recobrarse. Era una causa perdida. Rand la había seguido y en ese momento se acercaba a ella. Sorprendida, vio que llevaba en las manos el impermeable y el paraguas que había olvidado en el gimnasio.

—Nuestras mentes van por el mismo rumbo —le indicó él con un brillo malévolo en los ojos—. Cuanto más pronto salgamos de aquí, más pronto estaremos solos.

—He venido aquí para estar lejos de ti, no para estar a solas contigo —le indicó ella, ruborizada.

Rand miró a su alrededor. Estaban completamente solos en el pasillo. Hasta los ruidos del gimnasio habían quedado atrás.

—No creo que quiera creerte —mostró una sonrisa lenta y sensual y se colocó frente a ella—. Considero que estás tan ansiosa como yo —de forma inexorable la acercó a él. Sus movimientos no tenían prisa, sus dedos no hacían presión, dándole la oportunidad de rechazarlo si así lo deseaba.

Pero Jamie no podía hacerlo. La pasión que él le inspiraba derrotaba el curso recto que ella se había impuesto. Contempló sus ojos y permaneció inmóvil, sin poder respirar o emitir una sola palabra de protesta.

Rand llevó las manos a sus hombros y se los frotó en un

movimiento ligero. Usó el peso de su cuerpo para sujetarla contra la pared y amoldarse a ella. Jamie sintió la pared fría en la espalda mientras el calor del cuerpo de Rand le llegaba por delante. Se sentía lánguida y una abrumadora sensación de inevitabilidad la invadió. Él iba a besarla y ella estaba ávida de volver a sentir sus labios sobre los suyos.

Le parecía que las piernas no la sostendrían y en un gesto instintivo se agarró al frente de la camisa de Rand con fuerza. Con las miradas enlazadas él se inclinó y acercó su boca a la de ella.

Durante un segundo o dos movió los labios sobre los de Jamie, incitándolos a abrirse. Luego, como si no pudiera esperar un instante más, ladeó la cabeza para sellar sus bocas. Jamie gimió conforme la pasión volvía a invadirla. Deslizó los brazos alrededor del cuello de Rand y se acunó contra él, buscando acercarse. Aceptó la aterciopelada invasión de su lengua. Volvió a gemir y correspondió a su beso, deslizando la lengua sobre la suya. Rand dejó escapar una exclamación de placer y la abrazó con fuerza, deslizando las manos sobre sus suaves curvas. Cuando al fin arrancó sus labios de los de ella, los oprimió contra el sensible arco de su cuello.

—Te deseo, Jamie. Déjame tenerte. Ven conmigo a casa esta noche —cerró los ojos y un espasmo de necesidad le invadió—. No puedo esperar más, nena. Me estás volviendo loco.

—No, Rand —la fuerza de sus propias palabras la hicieron volver a la realidad. Estaba alarmada. No sólo no podía confiar en él; no confiaba ni en ella misma. Sabía que su fuerza de voluntad crecía en proporción directa a la distancia que pusiera entre ellos. Rápidamente se apartó de él.

—Jamie, tú también me deseas —sabía que su voz sonaba desesperada, pero no le importaba—. Cariño, será maravilloso entre nosotros. Te haré sentir lo que jamás habías experimentado.

—¿Y después qué, Rand? —Sus ojos azules lanzaban fuego—. ¿Después de que nos hayamos acostado, qué pasará?

Rand la miró atónito. Siempre se había preciado de ser rápido en sus respuestas. Pero la parte brillante de su mente parecía paralizada. En ese momento, lo único que era capaz de hacer era mirar a Jamie con pasión y repitió:

—¿Y después qué?

—¡No has pensado nada más aparte de llevarme a la cama! —exclamó Jamie, furiosa con él y todavía más con ella misma por haber sucumbido a sus besos.

—Ésa es una pregunta retórica —era en lo único que podía pensar su mente brillante.

—No es una pregunta, sino una declaración de hechos. Quieres llevarme a la cama.

—Desde el momento en que posé la vista en ti —admitió Rand, sensual.

Su reconocimiento la fascinaba y enfurecía a la vez. Nunca había sentido una ambivalencia de sentimientos como ésa.

—Te atraigo, pero no me amas —le acusó ella. No obstante, su personalidad romántica ansiaba oírlo jurar que se había enamorado de ella a primera vista. En cambio, su parte realista le decía que le mentiría si lo hiciera.

—¿Cómo puedo estar enamorado de ti? —Rand movía la cabeza exasperado—. ¡Por Dios santo, Jamie, apenas nos conocemos! —Rand hizo una mueca. Pensó que, si fuera un personaje de tira cómica, tendría una bombilla encendida dibujada encima de su cabeza. Rió sin diversión—. Justo lo que tratabas de hacerme comprender, por supuesto. Pero me llevaste a que yo mismo lo advirtiera.

Jamie levantó su impermeable sin decir una palabra y se lo puso. Rand la observaba. Sus dedos temblaban al atarse el cinturón. Parecía pequeña y vulnerable, pero tan deseable… Sin poder reprimirse, le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—¿Es tan importante el que tus amantes estén enamorados de ti antes de llevarte a la cama?

Sintió una punzada extraña al pensar en el hecho de que Jamie se enamorara perdidamente de otros hombres y después les permitiera que le hicieran el amor. La punzada se convirtió en dolor al imaginarla desnuda y excitada en una cama, abriendo sus brazos a uno de aquellos hombres sin nombre y sin rostro de su pasado. Estaba confuso. Hasta ese momento, los celos le resultaban desconocidos.

—Es evidente que el hecho de estar enamorado de tus amantes y el de que ellas lo estén de ti no es una de tus prioridades —le resultó difícil, pero Jamie logró mantener su voz calmada.

—Estás haciendo esto más complicado de lo que en realidad es, Jamie —se quejó Rand—. En realidad es muy simple y básico. Nos deseamos y los dos somos adultos que saben lo que hacen. Cierto, después de conocer a tu abuela, comprendo tu renuencia a escaparte con un desconocido. Ha recopilado una relación de cadáveres espeluznantes. Pero estoy seguro de que a estas alturas ya debes de saber que no soy de los que te secuestrarían para violarte.

—¿Y dejar mi cuerpo en un bosque para ser descubierto por un inocente paseante con su perro? —inquirió Jamie con ojos brillantes.

Rand fracasó en el intento de reprimir una sonrisa rápida.

—Nos estamos poniendo tan macabros como tu abuela. ¿Crees que será contagioso? No cambies de tema, Jamie. Hablábamos de ti y de mí y de por qué…

—Veo que la seducción es algo serio para ti, sin dar lugar a bromas —le interrumpió Jamie de nuevo—. Muy bien, ésta es mi respuesta a tu ofrecimiento de una relación rápida y libre de emociones y ataduras: No, gracias.

—No sería rápida —le brindó una sonrisa de tiburón—. Créeme, cariño. Nunca he tenido quejas en ese sentido.

Sin una palabra más, Jamie se alejó de él.

—Jamie, ven aquí —la llamó Rand, frustrado—. No creo que quieras que me pase el tiempo persiguiéndote.

—En efecto. —Jamie aminoró el paso y se volvió—. Espero que sigas tu rumbo hacia tu próxima conquista de éxito. Eso es exactamente lo que Steve haría. Porque cuando todo te sale fácil, te resientes del hecho de tener que hacer un esfuerzo adicional cuando las cosas se ponen difíciles. Por ello no te molestas, sólo consigues lo que te resulta fácil.

Eso le dolió y Rand asumió una actitud ofensiva.

—Una de las cosas que más odio es ser comparado con otros hombres en el pasado de una mujer, además de que alguien analice mi carácter —sin poder soportarlo más, agregó—: ¿Y quién es Steve?

—Mi hermano. Lo sabrías si me hubieras escuchado, pero no lo has hecho porque no te importa enterarte de mi vida y de las personas que me rodean. Lo único que quieres de mí es una relación sexual.

—¡Otra vez no! —gimió Rand—. Ya hablamos de esto, Jamie. Estamos en un círculo vicioso.

—Sólo porque nada ha cambiado y nada va a cambiar. No quiero que me metas prisa y tú la tienes por llevarme a la cama. Nos encontramos en un callejón sin salida.

—No quieres que te metan prisa —murmuró Rand—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Que te corteje?

—Lo has dicho con la misma repugnancia como si fuera veneno —le indicó Jamie sin poder reprimir una sonrisa—. Pero sucede que a mí me gusta la idea de que me cortejen tradicionalmente y eso es lo que pretendo. Pero no contigo —agregó apresurada. Por mucho que le doliera, se enfrentaría a la realidad—. Nunca funcionaría. Los dos tenemos frecuencias diferentes.

—Por decirlo de una manera suave —replicó él demasiado rápido.

«Así es mejor», se recordó Jamie dolida, reanudando la marcha.

Para detenerla, Rand sabía que tendría que prometerle más de lo que estaba dispuesto a dar. ¿Un cortejo? ¡Nunca! ¿Y con una mujer exigente y terca de ideas anticuadas y voluntad de hierro? Jamie Saraceni trastornaría totalmente su vida… de hecho, gracias a ella, ya lo había hecho desde que él puso los pies en la Biblioteca Merlton. Se metió las manos en los bolsillos al ver a Jamie entrar de nuevo en el gimnasio. Luego, con paso decidido, emprendió la marcha hacia la salida de la escuela.

Capítulo 4

Estaba junto a la puerta media hora después, cuando la función terminó y el público empezó a salir. La abuela y Sarán lo detectaron antes que Jamie. Al menos lo manifestaron primero.

—¡Hola Rand! —exclamó la anciana al abrirse paso entre la multitud hacia él. Le gustó que le llamara por su primer nombre. Pensó que, aunque progresaba con la matriarca, todo indicaba que sucedía lo contrario con la nieta. Jamie ni siquiera volvió la vista hacia él—. Antes de salir, iré a decirle a Maureen y a Al que vamos a ir a tu casa para ver a tu gato.

—Yo me ocupo de eso —anunció Sarán—. Vuelvo en un momento.

La señora Saraceni se había incluido con Sarán en la invitación que él había extendido sólo a Jamie, pensó Rand. Debería de estar furioso, pero sentía alivio. Sabía que Jamie no tenía intenciones de ir a su casa; en ese momento la abuela le quitaba la decisión de las manos. Por vez primera veía a la familia de una mujer como algo más que una molestia.

La anciana seguía abriéndose paso a codazos entre la multitud, dando al fin un empujón a Jamie que la hizo quedar frente a Rand. En un gesto instintivo, él la tomó de la cintura para ayudarla a sostenerse. No quería retirar sus manos a pesar de que resultaba obvio que no necesitaba sostenerla. Quería tocarla, mantenerla cerca. Había pasado la última media hora librando una guerra civil interna en cuanto a quedarse o largarse. A pesar de que todavía seguía allí, no sabía si había ganado o perdido la batalla.

—Rand ha cambiado de opinión, abuelita —le comentó Jamie, apartándose de él con cuidado de no mirarlo a los ojos—. No quiere que vayamos con él. Anda, vamos a ver si mamá y papá quieren llevarnos con ellos.

—No hay necesidad de que te refieras a mí en tercera persona —intervino Rand, molesto—. Puedo hablar por mí mismo y quiero que vengáis conmigo. Me preocupa el gatito. Espero que lo que compré para él sea lo indicado.

—De acuerdo —manifestó la abuela, sacudiendo la cabeza.

* * *

La moderna casa de Rand, rodeada de árboles y plantas a punto de florecer, era muy diferente al estilo de las mansiones señoriales de la arquitectura clásica de Haddonfield.

Llegó a la entrada y abrió el garaje mediante el aparato electrónico. La pesada puerta se abrió y Rand aparcó el deportivo negro junto a un Ferrari Testarosa.

—¡Tienes dos de los coches más maravillosos que he visto en mi vida! —exclamó Sarán—. ¡Estoy ansiosa por decírselo a Steve!

—Steve —repitió Rand—. Tu primo, el hermano de Jamie — lanzó una mirada triunfal a la joven, que no le había dirigido la palabra durante el trayecto a Haddonfield—. Como ves, sí te presto atención —agregó muy dignamente, en caso de que ella no hubiera captado la intención de su comentario.

Con deliberación, Jamie guardó silencio cuando Rand las conducía del garaje la interior de la casa. El ver la sala la dejó atónita. Tenía las dimensiones de un gimnasio, todo en blanco, negro y cromo. Una enorme escultura de metal colgaba de una pared blanca.

No tenía lámparas. Luces indirectas iluminaban ciertas áreas del salón y su mobiliario, si es que una colección de cubos, círculos y rectángulos podían llamarse muebles.

—¿Toda la casa es así? —Logró preguntar Jamie al fin. La abuela y Sarán todavía estaban atónitas.

—Sí. Creo que Debbie… la decoradora, lo llamó minimalismo. Le dije que quería algo diferente y me salió con esto.

—«Diferente» no me parece la palabra más adecuada para describirlo —se burló Jamie. Imaginó a Debbie, una rubia platino con senos enormes, vestida con ropa ajustada.

—«Minimalismo» —murmuró la abuela—. Ya me imagino de dónde sacó el nombrecito: Mínimo color, mínima comodidad, mínimo gusto… todo a precio máximo, por supuesto.

Atraído por el sonido de las voces, *Reebok* decidió hacer su aparición en ese momento. Sus patitas blancas patinaron sobre el suelo de mosaico negro hasta quedar frente a una alfombra blanca. Arqueó la espalda y siseó furioso contra el tapete peludo; lo atacó de un salto.

—Hasta el gato es negro y blanco —comentó la anciana—. Qué suerte para él. —Se adapta perfectamente a la decoración.

—Veo que parece abrumarlas el decorado —sonrió Rand, encogiéndose de hombros. No puedo decir que a mí me guste mucho tampoco, pero ya me he acostumbrado.

—¿Cuánto hace que vives aquí, Rand? —inquirió Sarán.

—Un año —aun cuando le estaba respondiendo a Sarán, era evidente que la atención de Rand estaba fija en Jamie—. Tenía un apartamento en Nueva York, pero me cansé de la vida apresurada y de las molestias de una ciudad grande.

—Ah, una víctima de la crisis de la edad actual, si bien a ti te atacó antes que a la mayoría —manifestó la abuela con tono conocedor—. He visto a más de uno relatar su vida por televisión. Necesitaba un cambio completo. El paso siguiente es que un día te despiertes cansado de seguir soltero —lanzó una mirada astuta a Jamie—. Y querrás casarte.

—Y contratar a otra decoradora —agregó Sarán.

Rand se movió inquieto. Todavía tenía dificultad en explicarle su descontento con la vida de ciudad, que antes le fascinaba. Pero realmente no le gustaba el diagnóstico de la abuela Saraceni.

—Me niego a clasificar el simple deseo de vivir en una población pequeña como una crisis de lo que sea —protestó. Algunos amigos de Filadelfia me recomendaron Haddonfield; la vi, me gustó y aquí estoy.

Le aburría la conversación; no tenía ganas de hablar de sí mismo. Estaba tenso e inquieto; quería acción, excitación. Quería tener relaciones sexuales. Fijó la vista en el perfil de Jamie. Dado

que la acción, la excitación y el sexo estaban descartados, se conformaría con una conversación en privado con ella.

—Todo lo que he comprado para el gato está en la cocina. ¿Quiere examinarlo, señora Saraceni? —preguntó con cuidadosa deferencia—. Jamie, ¿puedo hablar un momento contigo? ¿En privado?

—Claro, claro —manifestó la anciana con benevolencia—. Sarán, trae al gato a la cocina.

En el momento en que ellas salieron de la habitación, Jamie se volvió hacia Rand.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó cansada.

—Quiero que me definas qué es lo que entiendes por «cortejo» —la interrumpió Rand de inmediato—. ¿Citas para cenar? ¿Para ir al cine? ¿Besos de despedida frente a la puerta de entrada con la luz del portal brillando sobre nuestras cabezas? ¿Todo eso?

—Si tratas de hacer que parezca juvenil y ridículo…

—¿Lo he conseguido?

—Realmente eres un hombre rico —manifestó Jamie en un intento por distraerlo—. Cuando lo mencionaste antes, creí que mentías. Ahora compruebo que no era así. Los coches, esta casa, son pruebas de ello. Así que tengo que preguntarte a qué juegas, Rand Marshall.

—¿Jugar? —repitió él, intentando ganar tiempo. ¿Podría arriesgarse a hablar de Brick Lawson y su éxito como escritor?, se preguntó.

—No eres tasador de seguros —los ojos de Jamie centellearon—. Me mentiste acerca de eso y no dejo de preguntarme en qué más me has engañado. ¿A qué fuiste a la biblioteca, Rand? En esta ocasión quiero la verdad.

—¿El hecho de educarte entre las revistas policíacas de tu abuela contribuyó a tu suspicacia? —preguntó él en tono ligero. Había algo irónico en ser un escritor bien pagado y tener que ocultarlo, se dijo—. Tienes razón, no trabajo para una compañía de seguros —empezó con cuidado—. Sólo lo dije porque necesitaba una justificación de mi presencia en Merlton. El verdadero motivo de ir a la biblioteca era para verte —mantenía la vista fija en ella para medir su reacción. Si los puños apretados y la furia en sus ojos azules no eran un buen indicativo, la reacción de la chica a su

confesión parcial no parecía ser muy favorable.

—¿Por qué querías verme? Ni siquiera me conocías —lo observó furiosa—. Quiero que seas sincero conmigo, Rand Marshall. ¿Tienes alguna hermana que haya cometido el terrible error de enamorarse de Steve, mi hermano? ¿Fuiste en busca de venganza porque Steve la despreció? ¿Decidiste que ésa era la forma de desquitarte de Steve haciendo que su hermana se enamorara de ti para luego destrozarle el corazón?

—¿Estás loca? ¡Claro que no! —exclamó Rand, incrédulo—. No tengo hermanas. Tu plan de venganza parece salido de una telenovela, Jamie. Eso no sucede en la vida real.

—Puedo asegurarte lo contrario —insistió Jamie.

—¿Quieres decir que eso te ha ocurrido a ti? ¿El airado hermano de uno de los rechazos de Steve trató de vengarse contigo? ¿Usándote? —Se sentía enfermo ante el solo pensamiento de que alguien tratara de abusar de Jamie. Con razón era tan cauta y desconfiada…

—Aunque no lo creas, me ha ocurrido en dos ocasiones a intervalos de dos años. Nunca olvidaré a esos lobos con piel de oveja. Los dos hermanos de mujeres que fueron tan estúpidas como para creer que tarde o temprano Steve se comprometería definitivamente con ellas. Él rompió con ellas cuando las chicas pretendieron una relación seria. Sus hermanos creyeron en el viejo adagio de «ojo por ojo y diente por diente» y decidieron cortejarme para luego deshacerse de mí en venganza contra Steve.

—¿Tuvieron éxito? —preguntó Rand en tono muy quedo.

—No —respondió Jamie con cierta desilusión en los ojos—. Averigüé lo que ocurría antes de que pudieran hacerme daño. A Steve no le sorprendió enterarse. Me dijo que si alguna vez me sucedía lo mismo, se lo dijera para corresponder.

—No puedo imaginarte descargando tu ira a través del donjuán de tu hermano en una misión de venganza con la inocente hermana de un tipo.

—Primero tendría que ocurrirme, ¿no crees? —manifestó Jamie con frialdad—. Y eso nunca sucederá. No te conocía hasta que entraste en la biblioteca. ¿Cómo te enteraste de mi existencia?

—Conozco a Daniel Wilcox —le indicó Rand con un suspiro—. Y no ha sido discreto en cuanto a sus intenciones de querer salir

contigo. Cuando me enteré de la manera en que lo rechazaste, quise conocerte.

—¿Así que fuiste a Merlton a ver a la mujer que se negaba a salir con tu dentista?

—Sé que suena ridículo, Jamie.

—Claro que sí. Demasiado ridículo para ser cierto.

—Jamie, es la verdad. Me hizo gracia que Daniel no pudiera conseguir una cita con una bibliotecaria, así que fui a Merlton esperando reírme. Luego te vi —su voz se volvió ronca de pronto—. Y el de la broma resulté ser yo. Me bastó verte para sentirme como si hubiera recibido una patada en el estómago. Te deseé en ese instante.

¿Estaba perdiendo el sentido de la realidad, o en verdad había algo de cierto en su declaración?, se preguntó Jamie. Quería creerlo, hasta el punto de que la asustaba.

—Bueno, un hombre rico como tú puede encontrar divertido codearse con la clase trabajadora, pero no me hago ilusiones de que pueda ser algo de larga duración.

—Entonces, ahora se trata de un conflicto de clases —gruñó Rand.

—No puede haber nada entre nosotros —insistió Jamie con firmeza. Los hechos estaban frente a ella; ¡si sólo pudiera obligarse a creer en ellos!

—Eso es lo que dices —los ojos dorados de Rand brillaron ante la conciencia de su desafío—. Una rápida y tórrida relación sexual frente al amor verdadero. La sangre azul frente a la roja trabajadora —dio un paso hacia ella—. ¿No puedes inventarte nada mejor?

—¿No te basta? —Una súbita ola de peligro mezclada con excitación la invadió. Trató de controlar su pulso acelerado mediante un acto de voluntad; no funcionó—. Quiero irme a casa, Rand. Llamaré a mi abuela y a Sarán.

—Todavía no. —Rand acortó la distancia entre ellos. Jamie dejó escapar un suave gemido al contacto con su cuerpo cálido y firme. Las manos de Rand descendieron lenta y seductoramente por su espalda hasta sus caderas, moldeándola con intimidad contra él—. No considero que nuestras diferencias sean tan infranqueables —le indicó con tono quedo, acariciándole la piel sensible del cuello con la nariz—. No cuando nos deseamos tanto.

Jamie contuvo el aliento cuando él oprimió los dedos con fuerza contra su trasero redondeado y mordisqueó el lóbulo de su oreja al mismo tiempo. Llamas de fiera excitación ardieron en su bajo vientre.

—No me iré a la cama contigo —insistió con un suave gemido.

—Lo sé. No lo harás hasta que te haya cortejado —sonrió Rand contra sus labios para luego mordisqueárselos sensualmente—. Por ello he decidido cortejarte. Empiezo en este momento con un beso de buenas noches, aunque no tengamos la puerta de entrada y la luz del portal brillando sobre nosotros.

Sus labios se cerraron sobre los de la chica, cálidos y poderosos, y Jamie se arqueó contra él estremeciéndose de placer por sus caricias. Su control iba desapareciendo cada vez con mayor velocidad.

Le rodeó el cuello con los brazos y correspondió a su beso; su pasión crecía hasta igualarse a la de él. Cuando al fin Rand se apartó de sus labios, fue para iniciar un torrente de besos minúsculos por su cuello.

—Somos dinamita juntos —gimió él—. ¿Estás segura de que no quieres saltarte los pasos del cortejo para que vayamos al dormitorio?

—Segura —rió Jamie, nerviosa. Frotó su nariz contra la de Rand en un espontáneo gesto de afecto. Estaba contenta. Al fin no había mentiras entre ellos. Él había sido sincero con ella y acababa de aceptar estar dispuesto a buscar una relación basada en el respeto, la amistad y la confianza en lugar de buscar una inmediata satisfacción sexual.

Se sentía más cerca de él, como si el apasionado fuego emocional de su beso hubiese derretido las barreras entre ellos. Dejar de luchar contra él era un alivio y, más aún, abandonar la lucha contra ella misma. Jamie dejó de lado sus dudas. Vería a Rand Marshall, saldría con él, lo conocería.

Y luego… le dirigió una mirada soñadora. ¿Podría atreverse a creer que su futuro pudiera ser lo que siempre había soñado? ¿Un amor mutuo y profundo que durara una eternidad?

Rand estaba invadido por el deseo. Imaginó a Jamie contemplándolo con sus maravillosos ojos azules, yaciendo en su cama, ansiosa de recibirlo con los brazos abiertos. Un cortejo, por

ridículo y anticuado que pareciera, requeriría tiempo y esfuerzo si con ello al final se alcanzaría la meta: hacer el amor con Jamie Saraceni.

Sus sueños acerca del futuro incluían la escena excitante y provocativa de los dos abrazados en la enorme cama de su dormitorio decorado en blanco y negro.

* * *

Era poco usual que la conferencia anual de la Asociación de Bibliotecas Públicas Norteamericanas generara alguna noticia, pero ese año un relato de la sesión inaugural mereció un lugar en la página dos del periódico de Filadelfia y Jamie lo leyó interesada. Ya que el limitado presupuesto de su biblioteca no contaba con un céntimo para gastos de viaje, no le había sido posible asistir a la reunión de Dallas. Pero le interesaban mucho sus procedimientos, ya que en la agenda se incluía el tema de las bibliotecas utilizadas como centros de atención infantil durante horas laborables.

Miró al grupo de niños. Le había sido difícil tranquilizarlos ese día. Estaban contagiados por la fiebre del fin de semana en un viernes por la tarde. Ella misma la padecía.

Volvió su atención al artículo. Algunas bibliotecas de grandes ciudades, en donde cientos de niños podrían buscar refugio, eran terrenos vedados para ellos a menos que fueran acompañados de un adulto. Otras más iban más lejos al amenazar a los padres con acusarlos por abandono si los dejaban en la biblioteca sin supervisión.

Esas medidas le parecían demasiado rígidas a Jamie, aunque entendía la preocupación de proteger el acervo cultural de las bibliotecas. Desde que ella inició su programa no oficial, el número de niños que pasaban horas en su recinto se había duplicado. Para su fortuna, Merlton era una población pequeña y el número de asistentes todavía era manejable. ¿Pero qué sucedería si seguía creciendo? Jamie volvió a leer el artículo en busca de una respuesta, lamentablemente, sólo presentaba hechos, no soluciones.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos, que dejó escapar un jadeo sorprendido cuando un libro fue dejado con fuerza sobre el

mostrador. Levantó la cabeza para encontrarse con la mirada divertida de Rand Marshall.

—Me has asustado —manifestó sin aliento.

—¿Con qué estabas soñando, o tal vez debería decir con quién? —preguntó Rand con una amplia sonrisa.

—Me preguntaba cuáles son las consecuencias de convertir a las bibliotecarias en niñeras —sus ojos azules brillaban. Estaba emocionada de verlo. Desde que la dejó frente a la puerta de su casa la noche anterior, la mayor parte de sus pensamientos, excluyendo los dedicados a sus jóvenes huéspedes, habían sido para él.

—Mala respuesta, cariño. Cuando un hombre te pregunta en qué piensas, debes contestar que en él. Mira, aquí está, en el libro. —Rand le entregó el volumen que había dejado sobre la mesa—. Lo encontré en la librería esta mañana. Quizá lo necesites más que yo.

El título, *Guía para cortejar a una dama*, hizo sonreír a Jamie.

—¿Ya lo has leído?

—El capítulo uno. Sugiere hacer pequeños obsequios en un principio; minucias romo globos, o algo tradicional como flores o bombones. Pero recordando lo que ocurrió con los obsequios del pobre Wilcox, decidí seguir otra vía. Voy a donar mis obsequios directamente a sus destinatarios finales, así que aquí tienes una caja de bombones de chocolate para tu abuela. Y… —dejó la frase inconclusa para dirigirse al vestíbulo y volvió al instante con dos docenas de globos de colores—. ¡Hey, chicos, esto es para vosotros! —Los pequeños cayeron sobre él como un enjambre en busca de los globos—. Vamos —anunció feliz—, veamos cómo quemáis parte de vuestra energía de fin de semana. Coged vuestros globos y corred alrededor de la biblioteca.

—Hace frío… —empezó Jamie.

—La temperatura es de diez grados centígrados, pero luce el sol —replicó Rand, y se dirigió a los niños—. Abrigaos bien, amigos. El tío Rand no quiere que vayáis a pescar un resfriado —bajó el tono de voz para que sólo Jamie le oyera—, pero sí quiere pasar unos minutos a solas con la bibliotecaria.

Jamie se ruborizó y los pequeños salieron de la biblioteca como bólidos.

—¿Tío Rand? —repitió en un valiente esfuerzo por mostrarse despreocupada. Su viril presencia la excitaba y alteraba.

—El libro dice que si a tu pareja le gustan los niños y los animales, es conveniente demostrarle lo bien que te llevas con esos pequeños monstruos. Ayer te impresioné con mi devoción por los gatitos con *Reebok*. Hoy trato de convencerte con mi genialidad con los niños. ¿Estás abrumada?

—Por supuesto, tío Rand —sonrió ella.

—Muy bien. Ahora, ¿podemos saltarnos hasta el capítulo cinco? En él se permite que los protagonistas se dejen dominar por la pasión y empiezan con la escena del dormitorio.

Jamie rió sin poder contenerse. Aquel hombre era atrevido e incorregible. Además, muy difícil de resistir.

—Lo siento, pero jamás me salto un capítulo. Nunca leo el final de un libro sin haber leído todos los capítulos anteriores.

—Era de esperar. —Rand se encogió de hombros—. Bueno, dado que todavía no quieres irte a la cama conmigo, acompáñame a la Piedra Blarney mañana. Es el lugar donde hay que estar el día de San Patricio, aun cuando no seas irlandesa. Habrá canciones irlandesas y coliflor y estofado auténticos, sin olvidar la cerveza verde, el whisky y el café irlandés.

—Me encantará, pero asegúrate de llevar algo verde mañana, o mamá no te dejará entrar en la casa —le advirtió Jamie en tono de broma—. Ella es irlandesa de pura cepa. Su nombre de soltera era O'Reilly y se toma la festividad de San Patricio muy en serio.

Rand había logrado apartar de su mente el rito obligado de tener que estar con su familia cuando fuera a recogerla. Reprimió un suspiro; las reglas del cortejo no eran fáciles, pero teniendo muy presente su meta final, comentó con tono alegre:

—Así que eres mitad irlandesa y mitad italiana. Una combinación interesante, pasión italiana y fuego irlandés.

—Siempre me he considerado una norteamericana práctica y dueña de sí misma.

—Me gusta más la imagen que yo tengo —sonrió Rand malicioso antes de consultar su reloj—. Todavía tengo que hacer algunas cosas antes de venir a recogerte esta noche. Te veré a las seis.

—¿Esta noche? No te… tenemos cita esta noche.

—Ya la tenemos —se inclinó y la besó en la frente antes de encaminarse hacia la puerta—. Te veré a las seis.

—Rand, no puedo salir contigo esta noche —le indicó ella

tragando saliva con dificultad. Sus palabras hicieron que se detuviera al instante—. Ya tengo planes.

La sonrisa desapareció de los labios de Rand, al igual que el calor de sus ojos, dejándolos tan fríos como el acero.

—Ya montamos esta escena anoche, Jamie. Cedí y me adapté a tus planes. Ahora te corresponde hacerlo a ti.

—Pero no puedo…

—Si tienes una cita, cancélala —gruñó él—. No toleraré que te veas con otros hombres —no pudo evitar pronunciar esas palabras. Palabras que el informal Rand Marshall nunca habría considerado necesario pronunciar. El hecho de manifestarlas lo dejó atónito y alarmado, pero no las retiró.

—No tengo ninguna cita, al menos no con un hombre. Algunas amistades y yo…

—¿Amistades de sexo femenino? —Ante el asentimiento de Jamie, la sonrisa renació en Rand y la tensión desapareció—. Ah, bueno, si sólo se trata de salir con amigas, no importa. Llámalas y diles que tienes una cita. Ellas comprenden que los nombres tienen prioridad en las vidas de sus amigas.

—No sé con qué tipo de mujeres sueles tú pasar el tiempo —le indicó ella, tensa—. Sucede que yo aprecio mucho a mis amigas. Hicimos planes desde hace varias semanas y no puedo dar marcha atrás. Es el cumpleaños de mi mejor amiga y tres de nosotras vamos a llevarla a cenar.

—Si es su cumpleaños, supongo que no podrás cancelarlo —aceptó Rand con un suspiro sufrido—. Quiero que comprendas que no me gusta, Jamie. Es la primera ocasión en mi vida que una mujer prefiere pasar la velada con amigas que conmigo.

—Entonces, tantas mujeres te han echado a perder —le indicó Jamie, molesta—. No es posible que pienses en serio que todas debamos alterar nuestras actividades para complacerte.

—¿Sabes a quién me recuerdas en este momento? —Rand fruncía el ceño, furioso—. A la didáctica, estirada y correcta Martha Elizabeth Healy, la arpía de mis primeros años escolares. Era la niña insoportable que existe en todas las clases de escuela, la chica a quien los maestros eligen para que se siente a su mesa cuando ellos tienen que salir de la clase, para que anote los nombres de aquellos que osen comportarse mal durante su ausencia.

—Mmm, déjame adivinar. Tú siempre te portabas mal y Martha Elizabeth siempre te anotaba en su lista. Y para agregar el insulto a la ofensa, jamás lograste convencerla de que te borrara de su lista con tus encantos —rió Jamie.

Por mucho que le molestara, Jamie estaba en lo cierto. En ese momento, en su edad adulta, ¿estaría dispuesto a someterse a los dictados de una émula de Martha Elizabeth?, se preguntó.

Se sentía atrapado y en extremo frustrado. Cuando llegó a su casa, también llegó a sentirse incluso insultado.

Cuando Daniel Wilcox le llamó una hora más tarde para invitarlo a salir a una cita a ciegas con una modelo, justo del tipo de las mujeres que le gustaban a Rand, decidió que tenía todo el derecho del mundo a salir con ellos.

* * *

Jamie y sus amigas, Ángela Kelso, Romaine Abramovic y Charlene Spencer se apoderaron de una mesa para cuatro en Darby's y estudiaron la carta. El lugar estaba a rebosar, como todos los viernes por la noche. Jamie trató de no pensar en que le gustaría no estar allí en ese momento. Se trataba del cumpleaños número veinticinco de Ángela, una fecha significativa, y las tres amigas habían decidido llevarla a cenar a su restaurante predilecto. Después de cenar, Ángela había insistido en ir allí y el grupo había decidido complacerla.

—Creo que pediré helado con crema de amaretto —anunció Ángela, con la vista fija en la multitud que llenaba el lugar, un sitio elevado rodeado de una barandilla de bronce—. Es una delicia y es mi cumpleaños —añadió como para justificarse.

—No puedo creer que puedas comerte un helado de ese tamaño después de lo que acabamos de cenar, Ángela —comentó Charlene con franqueza—. ¿No prefieres un refresco dietético?

—¿Por qué no lo dices abiertamente, Charlene? —protestó Ángela, airada—. ¡Piensas que estoy gorda!

Jamie hizo una mueca, preocupada. Había visto crecer a su amiga de la infancia y convertirse de una niña y adolescente regordeta en una mujer adulta con al menos quince kilos de

sobrepeso. Ese problema a veces la deprimía, y otras veces la volvía agresiva. Ella y Romaine decidieron mantenerse al margen del problema. Charlene no.

Afortunadamente la camarera llegó en ese momento y el tema se olvidó. Jamie y Charlene pidieron refrescos dietéticos, Romaine una copa de vino blanco y, desafiante, Ángela pidió el helado con amaretto.

—No podéis imaginaros quién acaba de llegar —murmuró Romaine en tono conspiratorio—. El mismísimo doctor Daniel E. Wilcox, el conquistador de Cherry Hill.

—¿Está aquí? ¿Estás segura? —Ángela adquirió un color escarlata y nerviosa buscó en su bolso el espejo, el lápiz de labios y un peine.

—Sabías que vendría, ¿no es así, Angie? —Adivinó Charlene—. Por eso insististe tanto en que viniésemos.

—Sé que viene aquí con frecuencia los fines de semana —frenética, Ángela se retocaba el maquillaje—. Pen… pensé que era probable que le encontráramos aquí. Dios mío, ¿cómo tengo el pelo?

—Estás bien, Ange —manifestó una tranquilizadora Romaine.

Jamie reprimió un gemido. Las semanas de la indeseable persecución de Daniel habían tensado su relación con Ángela y lamentaba la situación. Confiaba en que desapareciera cuando Wilcox dejara de molestarla, pero en ese momento él había aparecido y ya se imaginaba lo que sucedería.

Charlene estaba de frente a la concurrencia presentando informes a las tres amigas.

—Resígnate, Ángela. Tu dentista de ensueño viene acompañado. Una rubia alta y despampanante. Una ropa preciosa. Parece una modelo.

Ángela se derrumbó en su asiento. Sus amigas intercambiaron miradas de compasión.

—Vaya regalo de cumpleaños. Pobre Ángela —murmuró Romaine.

Rand seguía a Daniel y a las dos espigadas modelos hasta un reservado al fondo del restaurante. Después de pedir sus bebidas, las mujeres fueron al tocador. Estaba molesto. La acompañante que le había sido asignada le irritaba sobremanera, si bien reconocía

que no era totalmente culpa de ella. Admitió que era sensual, atractiva y deseable; más aún, desde el principio había dado muestras de estar dispuesta a llevar adelante una relación. Hubo una época en que él aceptaría ávido lo que se le ofrecía.

Pero no en ese momento. Esa noche estaba inquieto, aburrido y distraído. No era amable con su acompañante. Sus pensamientos estaban con Jamie, que no sólo se había infiltrado en su mente, sino que se había apoderado de ella. Estaba impaciente porque la velada terminara; quería ir a dejar a su cita y llamar a Jamie sin importar la hora que fuese. Ansiaba que llegara la noche siguiente, cuando volviera a ver a Jamie, tenerla entre sus brazos y…

—¡Hey, ahí está Ángela Kelso, mi asistente! —La voz de Daniel sacó a Rand de su ensueño—. Debo ir a saludarla. Es su cumpleaños, y me olvidé de felicitarla. Pensaba ir a comprarle una tarjeta cuando Shelli llamó —se puso de pie y dejó escapar un silbido—. ¡Maldición! Jamie Saraceni está allí también. Está en la misma mesa de Ángela.

—¿Dónde? —Rand se puso de pie de un salto. Daniel señaló a las cuatro chicas en el otro extremo del salón.

—Jamie es la de pelo negro que está junto a Ángela, la del cabello castaño claro.

—Hay dos chicas de cabello castaño claro en esa mesa —comentó Rand fingiendo no conocer a Jamie.

—Ángela es… la que está un poco excedida de peso. De verdad es una gran chica —agregó Daniel—. Es mi brazo derecho en el consultorio. Rand, acompáñame. Quiero felicitar a Ángela, pero no me entusiasma la idea de enfrentarme con Jamie Saraceni. No después de la manera en que… pues…

—¿Hundió tu ego en el polvo? —sugirió Rand.

—Apuesto a que tú tampoco puedes conseguir algo con ella gruñó Daniel. —De hecho, te desafío a que lo hagas.

Rand se encogió de hombros, incómodo. Por mucho que quisiera ver a Jamie, no quería que fuera en esas circunstancias. Él estaba allí con una cita y no le gustaba que Jamie fuera a enterarse. Los sentimientos que le habían atormentado durante toda la tarde referentes a serle desleal a Jamie, a serle infiel, retornaron con toda su fuerza y no podía olvidarse de ellos.

—Mira, será mejor que espere aquí a que Shelli y Maxi vuelvan.

—Tardarán en hacerlo. ¡Mira esa fila! —Daniel dio a Rand un ligero empujón—. Vamos, Marshall. ¿Temes enfrentarte al hecho de que Jamie Saraceni tampoco te dará siquiera su número de teléfono?

—Claro que me lo dará —sonrió Rand sin poder evitarlo. Al recordar su respuesta apasionada a sus besos, la sonrisa se hizo más amplia. ¡Ya le había dado mucho más!

—Me gustaría que me lo demostraras —había un brillo malicioso en los ojos de Daniel—. Incluso haré más atractivo el incentivo. Te ofrezco un fin de semana este verano en mi apartamento en Cape May si consigues una cita con ella.

—¿Estás loco? ¿Una apuesta? Esto es la vida real, no un programa de televisión, Wilcox.

—Para hacer las cosas más interesantes, aumentaré el premio. Si logras llevártela a la cama, te cedo el apartamento el fin de semana del cuatro de julio, el mejor de la temporada en la playa. Escucha, creo que nos han visto. Vamos —empujó a Rand en dirección a la mesa de las chicas.

—¡Viene para acá, Angie! —exclamó Charlene, excitada—. Contrólate. No vayas a derretirte a sus pies.

La silla de Jamie estaba frente a la pared, por lo que no podía ver a Daniel Wilcox dirigiéndose hacia su mesa. Pero Charlene comentó que el dentista no iba solo, sino acompañado por un amigo muy bien parecido.

¿Existía un santo patrono de las citas?, se preguntó Jamie, nerviosa. «Si existe, que por favor sea amable con Ángela y no se derrita delante de mí», imploró en silencio.

—¡Feliz cumpleaños, Ángela! —El tono jovial de Daniel invadió la mesa—. ¡Apuesto a que pensabas que lo había olvidado! Pues estás equivocada. El lunes encontrarás una tarjeta en el consultorio.

—Gracias, Daniel —respondió Ángela sin aliento.

—¿Por qué no presentas a mi amigo Rand Marshall a tus amigas? —preguntó Daniel con una sonrisa maliciosa.

Jamie se volvió en su asiento para encontrarse con los ojos dorados de Rand. Por un momento estuvo demasiado sorprendida para hablar y para cuando se recobró, Ángela ya había hecho las presentaciones.

—¿Se me permite bailar con la chica del cumpleaños? —

preguntó Daniel con su molesto tono untuoso, pero Ángela se puso de pie al instante, ruborizada de placer—. Rand, ¿por qué no invitas a Jamie a bailar? —continuó Daniel con su tono jocoso.

Rand miró a Jamie, arqueando las cejas. La chica se levantó y le permitió que la guiara hasta la pista de baile.

—Fíjate en la expresión de Wilcox —le indicó Rand, riendo quedamente al tomarla entre sus brazos para bailar—. Cree que acabamos de conocernos y no entiende por qué has consentido en bailar conmigo cuando a él no quisiste ni siquiera darle tu número de teléfono.

—Mira la de Ángela —apuntó Jamie muy seria—. Parece que está en el séptimo cielo. Si conociera lo villano que es Daniel Wilcox…

—No es malo —en un gesto posesivo, Rand colocó los brazos de Jamie alrededor de su cuello y la abrazó por la cintura. Ella se sentía pequeña y vulnerable contra él. Un profundo estremecimiento de necesidad le invadió—. Nunca imaginé que te encontraría aquí, Jamie.

—Yo tampoco esperaba verte. —Jamie estaba tan alterada como él.

—Nuestra cita de mañana sigue en pie, ¿no es así? —murmuró Rand contra la sedosa suavidad de su cabello. Con una mano la acercaba más a él.

—¿De verdad? —La voz de Jamie temblaba. Las emociones que Rand despertaba en ella eran tan intensas que la mareaban—. No estaba muy segura después de la forma en que te marchaste de la biblioteca esta tarde —de pronto sonrió divertida, si bien en ese momento le molestó—. Me acusaste de ser como la remilgada Martha Elizabeth, que atormentaba tus días de escuela. Nunca fui la preferida del grupo de clase, Rand, te lo aseguro —se apartó un poco para sonreírle abiertamente.

—Te creo. Tal vez eras la reina de la popularidad.

—Nunca —rió ella—. Sólo fui una niña tranquila que estudiaba mucho y que pasaba la mayor parte de su tiempo libre trabajando. Trabajaba de auxiliar a sueldo en la biblioteca de Cherry Hill desde que cumplí los quince.

—Y así fue como decidiste convertirte en bibliotecaria.

—Me encanta leer y adoro cada momento que paso en la

biblioteca —afirmó Jamie con expresión brillante—. Bueno, casi cada momento. Ha habido algunos que me gustaría no haber vivido.

—Tal como existen ciertos libros que te gustaría no haber tocado —apuntó Rand con cuidado, midiendo el terreno—. Los de Brick Lawson, por ejemplo.

—Cierto —se rió la chica—. Como se dice en el medio, ¡eso no es escribir, sino mecanografiar!

Aquellas aguas eran demasiado gélidas como para arriesgarse a nadar en ellas, decidió Rand. Empezaba a acariciarle el cuello con la nariz cuando la música se detuvo. Los integrantes de la orquesta anunciaron que se tomaban un descanso y las parejas se alejaron de la pista de baile.

Rand no hizo ningún intento por moverse y Jamie le miró expectante. Sus ojos eran tan expresivos que él casi podía leer sus pensamientos. Jamie esperaba que sugiriera que se le permitiera unirse al grupo con sus amigas; y llevarla a su casa más tarde. ¡Si hubiera acudido a ese lugar solo! Lamentablemente no era así. Se aclaró la garganta.

—Me gustaría proponerte acompañarte a tu casa esta noche —empezó.

—Gracias —respondió ella al instante—. Romaine nos ha traído, así que ella puede dejar a Ángela y a Charlene en sus casas.

—No me has dejado terminar, cariño. He dicho que me gustaría, pero no me es posible.

—Oh. —Jamie miraba el suelo de mosaico.

—He venido con una cita —terminó él, descompuesto.

Jamie le contempló ruborizada, humillada por haberse puesto en esa situación, gracias al mismo Rand Marshall. ¡Comprendió con furia que estaba celosa! Por primera vez en su vida sentía verdaderos celos. Se odiaba a sí misma y le odiaba a él.

—Muy bien —le indicó tensa, alejándose de él—. Vuelve con tu cita.

Con un suspiro, Rand extendió un brazo para detenerla.

—Aquí vamos de nuevo. ¿Cuántas veces vas a alejarte encaprichada y cuántas más tendré que detenerte para calmarte?

—¡No te molestes! Suéltame y…

—Te pedí que salieras conmigo esta noche, Jamie, pero me rechazaste. Además, no recuerdo que hayamos firmado un contrato

de exclusividad.

—¡Para tu información, no suelo hacer escenas! —exclamó a la defensiva y de inmediato pasó al ataque—. ¡Y debo decir que tienes muchas agallas para bailar conmigo así, cuando tienes a otra mujer aquí contigo!

—Quisiera no estar aquí con otra mujer. Yo quería estar contigo, Jamie. Es por decisión tuya el que no lo esté.

¿Qué otra cosa podía decirle?, se preguntó Jamie, molesta. Era cierto. Él tenía toda la razón. Ni siquiera habían insinuado limitar sus compañías a ellos mismos. Soltó su mano de la de él. No podía presentarle ningún argumento, por mucho que lo deseara.

—Me gustaría volver con mis amigas y estoy segura de que tu cita te está esperando —aun cuando había roto el contacto físico, los ojos brillantes de Rand la mantenían cautiva.

—¿Quieres que rompa mi cita en este momento? Daniel puede encargarse de llevar a ambas chicas a sus casas. Entonces podrías estar conmigo.

Jamie trató de reprimir una mareante sensación de triunfo. La invadía una primitiva sensación de victoria al ver que él la reclamaba por encima y a pesar de otra mujer. Eso jamás le había ocurrido antes. Pero su bien ordenada mente rápidamente se hizo cargo de la euforia que la invadía. No estaba en competencia con la acompañante de Rand y él no era un trofeo a conquistar, se recordó. Y se conocía lo suficiente para comprender que su alegría momentánea inevitablemente dejaría lugar a un sentimiento de culpa.

—No abandones a tu acompañante —le indicó resignada—. No sería justo para ella. Steve, mi hermano, suele hacer eso y jamás me ha parecido bien.

—Y no cederás en tus principios a pesar de actuar en tu contra —concluyó Rand, pensativo—. Eso es… admirable.

—Puedes guardarte tus sarcasmos —le espetó Jamie—. ¡Dejaste muy claro que las reglas se hicieron para romperlas!

—No era sarcástico. Y hay una diferencia entre reglas, valores y principios —esbozó una sonrisa como si se burlara de sí mismo.

Jamie lo observó. No parecía que estuviera alardeando. Su tono no era ligero y sus ojos… —Le miró fijamente. No podía identificar lo que veía en ellos, pero no era ninguna bravata.

Daniel Wilcox escogió ese momento para reunirse con ellos, habiendo dejado a Ángela en su mesa.

—Vamos Marsh. Será mejor que regresemos con Shelli y Maxi —apuntó a propósito, mirando a Rand y a Jamie con el ceño fruncido —. Son modelos de Nueva York que están aquí para el proceso de selección para un anuncio de ropa interior que se filmará en Filadelfia —agregó con una sonrisa burlona en dirección a Jamie.

—Qué impresionante —fue la única respuesta de la chica. En privado se felicitó de haber tenido el buen gusto de no haber aceptado salir con Daniel Wilcox.

—Te veré mañana por la noche, Jamie —le indicó Rand con tono desafiante.

—Buenas noches, Rand —respondió ella con frialdad y volvió a la mesa donde sus amigas la esperaban expectantes.

—¿Mañana? ¿Tienes una cita con ella mañana? —preguntó Daniel atónito, antes de lanzarse en un soliloquio—. ¡Eso significa que te has ganado un fin de semana en mi apartamento este verano! ¿Cómo lo has conseguido? ¿Qué le dijiste? ¿Por qué aceptó salir contigo y no conmigo? Maldición, nunca pensé… ¿Y si logras llevártela a la cama? ¡Yo tengo planes para el fin de semana del cuatro de julio, Rand! —terminó en un lamento.

Rand le miró sorprendido por la furia que le invadía. Por primera vez contemplaba el superficial punto de vista de Daniel con respecto a la vida como algo diferente al suyo propio. No le comprendía y supo que él o Daniel estaban cambiando.

Y cuando regresó solo a su casa esa noche, dejando a Daniel con las dos chicas, un tanto bebidas, tuvo que reconocer que no había sido su amigo quien había sufrido una transformación. Era él.

* * *

El clima de marzo siempre era imprevisible y la temperatura del día de San patricio se elevó de forma desacostumbrada. Rand dejó a un lado el suéter verde que pensaba ponerse para ir a la Piedra Blarney y optó por usar una camiseta del mismo color. Todavía hacía calor y una brisa suave soplaba cuando llegó a la puerta de los Saraceni a las ocho en punto.

—¡Adelante! —Le recibió la abuela con afecto, tomándolo del brazo para hacerle pasar. Vestía de negro, pero en deferencia al santo patrono irlandés, lucía un trébol de plástico verde en el corpiño del vestido. Sarán llevaba una camiseta y unos pantaloncitos cortos de un verde chillón; esperaba detrás de la viejecita.

—¿No hay flores o bombones? —La chica le miraba con desaprobación.

—Sarán, ve arriba a decirle a Jamie que su joven amigo la espera —le indicó la abuela con firmeza—. Dile que se dé prisa. Tú, ven conmigo —le indicó a Rand—. Mientras Jamie baja, te presentaré a sus padres —la señora llevó a Rand para presentarlo a Maureen, una mujer de rasgos delicados, cabello oscuro y ojos tan azules como los de su hija.

—Cassie, Brandon y Timmy han ido al cine, pero los conocerás la próxima vez que vengas —comentó Maureen con una sonrisa amable. Vestida de verde, estaba ante la mesa de la cocina sacando dinero de una caja de puros, haciendo montones con los billetes y envolviendo las monedas en papel.

—Los ingresos obtenidos en la exposición de muñecas —comentó la abuela Saraceni en beneficio de Rand—. ¿Recuerdas las cabezas de muñecas que dejamos en el centro comunitario? Maureen las vendió todas.

A continuación, Rand fue presentado a Al Saraceni, el padre de Jamie, a quien la anciana presentó orgullosa como «mi hijo, el maestro carpintero».

—Rand, pareces un hombre que necesita una copa de vino en este momento —anunció Al, expresivo.

—No sueles beber cuando conduces, ¿verdad? —intervino rápido la abuela con mirada penetrante.

Rand miró a uno y a otro sin saber qué responder. ¿Eran preguntas cargadas para hacerlo caer en una trampa?

Mientras la señora citaba cifras aterradoras de accidentes producidos por la bebida, Al le presentó una botella. Tenía una etiqueta escrita a mano.

—Es para ti. Vino de cerezas agrias Saraceni —sonrió Al—. Hacer vinos es una de mis aficiones. Cultivo las frutas en mi jardín y tengo una prensa para los vinos en el sótano. Llévatela a casa y

disfrútala.

—Bébelo cuando estés en casa y no vayas a salir —le advirtió la abuela—. No necesitamos más locos en las carreteras.

Se dejó escuchar una estridente bocina de coche sobre los sonidos del tráfico en la calle.

—¡Es Todd, os veré más tarde! —anunció Sarán desde la puerta de entrada.

—¡Vuelve antes de medianoche, Sarán! —le gritó Al.

—¡Tío Al! La fiesta no terminará antes de las dos —se quejó la chica—. No querrás que sea la primera en despedirme.

—Dejaremos la luz del portal encendida, cariño —le indicó Maureen—. Te esperamos a medianoche.

Sarán dejó escapar un bufido molesto y partió dando un portazo. Rand comparó la algarabía de los Saraceni con el silencio sepulcral de la mansión de los Marshall. A pesar del aparente «conflicto de intereses»…

—¿Qué pasará si Sarán llega tarde? —preguntó Rand, inquieto. Al era un hombre fuerte de apariencia ruda. ¿Se vería en problemas la joven si desobedecía a su tío?, se preguntó.

—Sarán nunca llega tarde —rió Al—. Sabe hasta qué hora tiene permiso y la respeta, pero siempre le gusta presumir cuando sale.

—Sarán es muy vivaz. Tiende al dramatismo —agregó Maureen —. Es muy diferente a Jamie. Ésta siempre ha sido una chica tranquila y controlada desde el día que nació —en su tono había cierta nostalgia.

Rand recordó las ocasiones en las que Jamie había perdido la calma con él. La describiría como una mujer intensa y nunca le había parecido tranquila o controlada estando entre sus brazos. ¿Así que ésa no era una de sus características? Sonrió complacido.

—Jamie tiene la cabeza muy bien puesta sobre los hombros —anunció la abuela—. Y Sarán debería de seguir su ejemplo. Jamie nunca ha salido con tipos que la llamaran con la bocina del coche. Sólo sale con caballeros —señaló a Rand con la cabeza—. ¿Creéis que podría encontrar otro hombre como él? Pensároslo dos veces.

—Estoy lista, Rand —manifestó Jamie, habiendo escuchado el comentario de su abuela.

Él la recorrió con la vista. Vestía una prenda de seda verde de mangas cortas. Un cinturón ancho resaltaba su cintura estrecha y la

falda amplia le llegaba a las rodillas. De pronto se sintió ansioso de sacarla de allí para tenerla para él solo. Se despidieron y Rand suspiró una vez en la calle.

—¡Chispas! —exclamó—. Temía que tu padre me ordenara que te dejara aquí a medianoche.

—Esas reglas no tienen aplicación para mí —sonrió Jamie—. Hace años que tengo mi propia llave. De hecho… —Se ruborizó un poco—, mis padres se sentirían encantados si volviera a las cinco o seis de la mañana. Consideran que ya es tiempo de que… me libere un poco. Me temo que ya me consideran una solterona.

—Pero no tu abuela. Le encanta tal como eres. —Rand le abrió la puerta del coche y la acomodó en su asiento, como un perfecto caballero. Luego sonrió. La señora Saraceni lo observaba desde la ventana sin disimular su presencia. Se despidió de ella agitando la mano y la anciana le devolvió el gesto.

—Ya has conseguido una admiradora —le comentó Jamie cuando Rand se sentó al volante—. Supongo que es natural. Ella adora a Steve y os parecéis mucho.

—Mmm, Steve. El donjuán que las seduce y abandona con tanto desparpajo que inspiró deseos de venganza de hermanos furiosos en tu contra. Gracias, Jamie, a continuación me dirás que me parezco a Daniel Wilcox.

—¿No es así?

—¡No! —En lugar de poner el motor en marcha, Rand se volvió hacia Jamie, con expresión seria. Para él era importante que ella reconociera la diferencia entre él y los Daniel Wilcox y Steve Saraceni del mundo—. Verás, yo… —hizo una pausa frunciendo el ceño. ¿Cuál era esa diferencia? Le molestaba no poder definirla en ese momento. Vagamente comprendía que sus sentimientos por Jamie eran los que lo separaban de la manada a la que había pertenecido durante años. Pero ¿podría ponerlo en palabras sin revelar demasiado?—. Si fuera como ellos, no estarías aquí conmigo —terminó al fin.

—Supongo que tienes razón —aceptó Jamie con una risita nerviosa—. A menos que sufra una enfermedad mental y esté cometiendo el más terrible error de mi vida.

—No te equivocas al estar conmigo —le indicó Rand con avidez. Su cuerpo vibraba con una necesidad que según las reglas del

cortejo, no sería satisfecha esa noche. La frustración le invadió. ¡Al diablo con el cortejo!; volvería a intentar la seducción—. No te he dicho lo hermosa que estás esta noche, Jamie —bajó el tono de voz —, y lo mucho que ansío estar a solas contigo. Olvidémonos de la Piedra Blarney y vayamos a mi casa. —Jamie lo contemplaba impasible—. Tu padre me ha regalado una botella de su vino casero —insistió Rand—. Podemos brindar por San Patricio en la intimidad de…

—Sólo bebo los vinos de mi padre cuando me resfrío —replicó Jamie—. No sólo te despeja la nariz, sino que te hace perder el conocimiento. El vino de cerezas agrias de mi padre hace más efecto que el alcohol más puro.

—¡Diantres! Entonces iremos a mi casa. —Rand rió quedamente, de manera íntima—. Hasta les alegraré el día a tus padres trayéndote a casa al amanecer.

—¿Quieres escuchar mi respuesta, o puedes adivinarla tú mismo? —preguntó Jamie sin parpadear.

Rand le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarle la palma.

—Sé lo que quisieras contestar. Sí. He sentido tu respuesta a mí, la manera en que te derrites en mis brazos, la forma en que te enciendes cuando te veo. Hagamos que ésta sea la noche de todas las noches.

Suavemente, pero con firmeza, Jamie retiró la mano.

—¿Éste es tu proceder de rutina al inicio de todas tus citas? ¿Y de verdad lo aceptan las mujeres con las que sales?

Rand pensó que nunca le diría lo bien que le funcionaba. Decidido a ganar cualquier ventaja, presionó.

—No juegues conmigo, Jamie. Sé que todo es una actuación para disimular cuánto me deseas. Tus padres dicen que nunca pierdes la cabeza, pero puedo hacer que te dé vueltas, nena; los dos lo sabemos. Quieres irte a la cama conmigo.

—Si tomamos las declaraciones de mi familia como ciertas, entonces, según la abuela, ya te he atrapado. ¿Es cierto eso, Rand? —Su sonrisa se burlaba de él—. ¿Debo pedirle a mi padre que envíe un cheque para reservar el salón de los Hijos de Italia para el banquete de bodas?

Permanecieron en silencio, desafiantes. Rand luchaba contra el

deseo de tomarla entre sus brazos y besarla hasta hacerla perder el sentido, pero de alguna forma sabía que el tiro le saldría por la culata. Jamie libraba una batalla similar para no apoyarse contra él, rodearle el cuello con los brazos y hacerlo bajar la cabeza. No se atrevía. Ya no confiaba en su fuerza de voluntad para detenerse a tiempo.

Como si fuera por consentimiento mutuo, los dos se reclinaron en sus asientos, tan apartados como podían en los confines del Ferrari.

—¿Banquete de bodas? —Rand dejó escapar una risa forzada—. No me esperes conteniendo el aliento, cariño.

—¿Yo? ¿En la cama contigo? —Jamie sonrió con dulzura—. Tampoco contengas el aliento, cariño —agregó con una risa fría.

—Estarás en mi cama mucho antes de que pensemos en un banquete de bodas.

Jamie guardó silencio. Y su silencio alteró a Rand. Era tan controlada, tan segura de sí misma… Por paradójico que fuera, la admiraba por su fuerza de voluntad.

—Antes de que vayamos a la Piedra Blarney, y no a mi casa, tengo algo para ti. Aquí tienes —le entregó un pequeño estuche envuelto en brillante papel verde.

—¿Una de tantas muestras tradicionales de aprecio recomendadas en el capítulo uno del manual? —preguntó Jamie con una sonrisa.

—Me salté hasta el capítulo dos. Exige recuerdos de acontecimientos y experiencias compartidas.

—No hemos compartido experiencias o acontecimientos, a menos que se trate del concurso de canto infantil —le recordó ella.

—Créeme, eso es algo que quisiera no conmemorar. ¿Quieres abrir la caja?

—De verdad no deberías haberte molestado, Rand —comentó al desenvolver el estuche.

—Según tu prima Sarán, debía hacerlo. Me di cuenta de que me catalogó como un miserable cuando me presenté ante tu puerta sin flores o bombones. A no dudar, estaba pensando en orquídeas negras y bombones suizos.

—Es probable —rió Jamie—. Sarán vive en una fantasía de mujer rica —acabó de retirar la envoltura y abrió el estuche.

Descubrió un delicado trébol de oro con su cadena correspondiente —. ¡Oh, Rand, es precioso! —exclamó—. Nunca he visto nada parecido.

Rand encogió los hombros. Aunque nunca lo admitiría, su respuesta entusiasta lo deleitaba. Nunca le había gustado hacer regalos por impulso. Pero el impulso le había nacido ese día y las instrucciones del manual nada tenían que ver en ello. ¡Al menos nunca se lo diría!

—Pensé que el hecho de que fuera el Día de San Patricio cumplía los requisitos —manifestó con voz gruesa, volviendo a encoger los hombros.

Jamie se inclinó y en un impulso le dio un abrazo afectuoso.

—Es maravilloso, Rand. Muchas muchas gracias. Quiero ponérmelo —manifestó sacando el trébol del estuche—. ¿Me lo pones al cuello?

Él lo hizo, cobrándose su recompensa al acariciarle la sedosa piel del cuello. Tuvo que cerrar los ojos para contener la ola de deseo que le invadía. No pudo reprimirse y la besó, un beso ardiente que los dejó a ambos sin aliento.

Cuando Rand al fin encendió el motor y puso el vehículo en movimiento, tenía la mano de Jamie enlazada con la suya sobre su muslo.

Desde una ventana en la casa de los Saraceni, la abuela dejó caer la cortina y se apartó tarareando desentonadamente una melodía de amor y después la Marcha nupcial de Mendelssohn.

Capítulo 5

La Piedra Blarney de Filadelfia era un tranquilo restaurante durante todo el año, excepto el diecisiete de marzo, cuando servía cerveza verde y ofrecía música en vivo a hordas de comensales, de los que al menos las tres cuartas partes no tenían una sola gota de sangre irlandesa en las venas. Cuando Rand y Jamie llegaron, la fila de los que esperaban para entrar ya daba la vuelta a la esquina. Rand la ignoró, llevando a Jamie hasta la puerta de acceso, cogida del brazo. Dijo unas cuantas palabras al vigilante de turno, le estrechó la mano y los dos fueron admitidos.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jamie—. Creo que todos los que estaban en la fila tenían reservas.

—¿Por qué preocuparte con reservas cuando deslizarle unos billetes en la mano es más seguro?

—¿Has sobornado a ese hombre para que nos dejara entrar? —Jamie fruncía el ceño—. No me gusta, Rand. No me parece justo con tanta gente esperando.

—Me gusta considerarlo como un acto de compartir la riqueza. Y ambas partes resultan beneficiadas —la tomó del brazo—. Mira, allí veo una mesa para dos. Vamos a por ella.

Jamie permaneció inmóvil, mirándolo.

—Así fue como convenciste a Sarán de que te diera mi número de teléfono, ¿no es así? ¡La sobornaste!

—Yo quería el número y ella quería el dinero. —Rand sonrió divertido. La tomó de la cintura y la acercó a él—. ¿Por qué te molestas tanto? ¿Porque no he usado el número para llamarte?

—¡Ése no es el problema y tú lo sabes! —le indicó Jamie con frialdad, retirándole la mano de la cintura y apartándose—. No me gusta que mi prima aprenda a… ¡aceptar sobornos!

La frialdad de su mirada lo puso a la defensiva de inmediato.

—Jamie, nada hay de malo en pagar por ciertos favores y privilegios. Así es como se hacen las cosas en esta vida.

—Te refieres a cómo proceden los niños ricos y maleducados que creen que pueden comprarlo todo con su dinero.

Eso no le gustó a Rand. Llevaba años luchando en contra de la etiqueta de elitista.

—Dar propinas generosas dista mucho de ser…

—¿Propinas generosas? —le interrumpió Jamie—. Vaya forma que tienes de jugar con las palabras. Has transformado el soborno en propina generosa con sólo mover la lengua. Supongo que también diste una propina generosa a Sarán cuando te dio mi número de teléfono.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra? —preguntó Rand, tenso.

—Sólo cuando tengo razón.

—Cuestión que está por ver. Por lo que a ti respecta, ¡nunca hay una ocasión en la que no estés en lo cierto!

Jamie ansió tener una respuesta inmediata. Lamentablemente, no se le ocurría ninguna. En lugar de tartamudear airada, se obligó a guardar silencio con los brazos cruzados al frente y contempló la alegre concurrencia, en busca de inspiración. No ocurrió, pero distinguió un rostro conocido. Uno muy atractivo que hacía que latieran apresurados los corazones de las chicas desde que empezó a ir a la escuela. Su hermano Steve.

Divertida, se dijo que debía de haber imaginado que Steve Saraceni estaría allí esa noche. Steve la vio en el mismo instante que ella. Su atractivo rostro mostró una sonrisa amplia y de inmediato se dirigió hacia su mesa.

—Hola, nena, ¿qué haces aquí? —preguntó levantándola en el aire para hacerla girar.

Rand los observó luchando contra las emociones que lo invadían. Aquel tipo con cara de actor de cine abrazaba a Jamie con una familiaridad que sólo se concedía a amigos o amantes de mucho tiempo. Y aquel hombre no era de los que tenían a las

mujeres como amigas. Además, la forma como Jamie lo miraba…

Tragó saliva con dificultad. Rand había visto a Jamie mirar al atractivo Daniel Wilcox como si fuera un insecto que debía aplastar. Pero la diversión y el afecto que reflejaban sus ojos en ese momento, al contemplar a la mole que todavía no la había depositado en el suelo, transmitía un mensaje muy diferente.

Era evidente que había tenido un pasado con ese hombre. Con toda su cautela y precaución con los «vividores», tenía que haber supuesto que alguno le había causado un daño profundo. Y ese tipo de vestido a la última moda parecía ser el competidor número uno para ganarse el título de ese año.

—Baila conmigo. —Steve tomó a Jamie de la mano y la llevó a la pista de baile. Un grupo de bailarines, importados de la Isla Esmeralda, daba instrucciones a la alegre multitud para ejecutar un baile irlandés.

Jamie se volvió hacia Rand. Los miraba furioso. La joven, en ese momento, se negó a dar un paso más.

—Espera un momento, Steve, hay alguien a quien quiero que conozcas.

—¡Que no sea otra de tus amigas ansiosas de conocerme! —protestó Steve—. Jamie, ya deberías saber que eso no funciona conmigo. Se enamoran de mí y luego tú te enfadas conmigo cuando las cosas no funcionan.

—No te preocupes. Cumpliré mi promesa de no volver a presentarte a una amiga, por mucho que me supliquen —tiró de su brazo—. Quiero que conozcas a mi acompañante esta noche, Rand Marshall. Está allí.

Steve estudió la mirada furiosa de Rand y sonrió a su hermana.

—En este caso es él quien está ansioso por ti, Jamie. ¿Quieres saber algo divertido? Él cree que existe algo entre tú y yo. Parece que le gustaría trocearme y usarme como carnada para su caña de pescar —soltó una sonora carcajada.

Rand apretó los labios. La escandalosa risa de aquel tipo sería lo último que permitiría. ¡Nunca dejaría a Jamie en manos de ese vano pavo real! Avanzó hacia ella, presa de sentimientos que hasta ese momento le habían resultado desconocidos. Nada, ni el tan cantado orgullo de los Marshall, lo habría mantenido alejado de Jamie.

—Rand, éste es mi hermano Steve —le indicó la chica en el

momento en que llegó a su lado. Su expresión hostil la asustaba—. Steve, éste es Rand Marshall.

—¿Tu hermano? —repitió Rand atónito—. ¿Éste es tu famoso hermano Steve?

—El mismo que viste y calza —sonrió éste, tendiéndole la mano —. ¿Así que eres el nuevo amigo de Jamie? —Lo estudió especulativo—. No te pareces a los que suelen acompañarla.

—No digas ni una palabra más —le advirtió Jamie.

—¿Cómo son? —insistió Rand.

—Tipos bien entrenados y reprimidos —rió Steve—. Y siempre la aburren porque ella también está bien entrenada y reprimida.

Rand dejó escapar una carcajada.

—Ya que os entendéis los dos tan bien, ¿por qué no me marcho? —intervino Jamie con frialdad. Al verlos recordó que durante toda su vida había buscado hombres que en nada se parecieran al rompecorazones de su hermano, sólo para caer en manos de uno de ellos. Su pulso latía con ansiedad—. Supongo que os será más fácil tomar a las chicas por asalto sin que esté por aquí para inhibiros — empezó a alejarse.

Rand extendió un brazo, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él.

—La única chica a la que espero tomar por asalto esta noche es a ti, Jamie —le indicó, arrastrando las palabras.

—¡Bien hecho! —Aplaudió Steve. Pellizcó la mejilla de su hermana—. Es agradable verte con un hombre al que no puedes asustar.

—Sería agradable encontrarte a ti con una mujer que no se dejara dominar solo por tu falso atractivo —le indicó ella a Steve con tono severo.

Steve estaba feliz en lugar de sentirse insultado.

—Mi hermanita menor —le palmeó el hombro con afecto—. Siempre criticando mi estilo de vida. Es mi crítica más mordaz, pero es a la que más quiero.

—Eres consciente, por supuesto, de que te he oído decirle lo mismo a mamá, a la abuela, a Cassie y a Sarán —comentó Jamie sin dejarse conmover por su devoción de hermano.

Steve soltó una risita y, acercándose a Rand, le dijo muy quedo:

—Tú tampoco podrás engañarla, Marshall, y te recomiendo que

no lo intentes —besó la mejilla de Jamie, se despidió de Rand y se perdió en la multitud. Éste y Jamie se miraron un tanto confundidos.

—Steve me comentó que tú creías que él y yo formábamos una pareja —manifestó la chica en un intento por llenar el silencio entre ellos.

—Estaba equivocado. De inmediato advertí el parecido entre vosotros.

—Ah, sí —se burló ella—. Por eso te mostraste tan incrédulo cuando te dije que era mi hermano. Pensaste que era un antiguo novio y estabas celoso —al hacer su declaración, se mostró en extremo complacida.

—Tan celosa como tú te manifestaste cuando te dije que había ido acompañado a Darby's —replicó Rand de inmediato.

—Es increíble. —Jamie suspiró con impaciencia—. Ya empezamos a discutir de nuevo. Discuto más contigo que con cualquier otra persona, incluyendo a Steve y a Sarán —dejó escapar una risa confusa y sacudió la cabeza.

—¿Quieres saber por qué discutimos tanto?

—Porque somos incompatibles.

—Porque nos deseamos tanto, que estamos ardiendo y todavía no hemos podido actuar al respecto. Créeme, cariño, no hay nada mejor que la frustración sexual para mantener tu temperamento a punto de ebullición.

—Debí haber esperado ese comentario —le indicó Jamie, tensa —. Cuando no estamos discutiendo, hablamos de sexo.

—Conozco una manera de cambiar la situación. Vente a la cama conmigo esta noche, Jamie. Eso eliminará la frustración, las discusiones y las constantes conversaciones sobre sexo.

—¿Según tú, si duermo contigo de inmediato nos transformaremos en acompañantes compatibles que sostendrán discusiones sustanciosas sobre temas como música, literatura y asuntos internacionales? —Era una proposición risible y Jamie se rió—. ¿De verdad me crees tan inocente?

—Esperaba que lo fueras. Un hombre tiene derecho a soñar, ¿no es así?

—Por supuesto, sigue soñando —los ojos de Jamie brillaban divertidos. De pronto se puso seria—. Rand, exageré mi reacción

cuando sobornaste al portero. Esa discusión nada tenía de sexual. Era una diferencia de opiniones y siento haberte condenado de esa manera.

Rand se quedó sorprendido por la disculpa inesperada. Pensó que había dedicado poco tiempo a hablar de esas cosas en sus tratos con las mujeres. Siempre había creído que la acción, la acción sexual, era más efectiva que las palabras como forma de comunicación.

Un instante después comprendió que el sexo también era una forma efectiva para evitar la comunicación. Abrió mucho los ojos. Santo Dios, exclamó en silencio. ¿Qué era eso? ¿Una revelación? Se dio cuenta de que Jamie lo observaba intrigada.

—Parece que te ha caído un rayo encima —comentó ella—. ¿Tanto te sorprendió mi disculpa? —A diferencia de Rand, estaba acostumbrada a discutir las cosas; era imposible vivir entre los parlanchines Saraceni sin adquirir habilidades de comunicadora.

—No sé qué decir —pensó que era cierto. ¿Sexo para evitar la comunicación? ¿De dónde surgían esas ideas? ¿Y por qué las tenía?

—Bueno, también podrías disculparte. Podrías decir: «trataba de impresionarte. No me di cuenta de que me estaba exhibiendo como elitista».

—¿Arrogante elitista? ¡No lo soy!

—No he dicho que lo fueras. Sólo he dicho que lo parecías.

—Si lo parecí, y no fue así, lo siento.

—Vaya disculpa sincera.

De alguna forma la tensión entre ellos se disipó. Los dos se sonrieron.

—En ocasiones suelo convertirme en una predicadora y exagero —reconoció Jamie—. Y tienes razón. Tiendo a creer que siempre tengo la razón —sus ojos azules brillaban maliciosos—. ¿Será porque casi siempre la tengo?

—Si bien no me disculparé por haberle dado una propina al portero, reconozco que no debí haber sobornado a Sarán para que me diera tu número de teléfono —se rió Rand.

—El cual hasta ahora no has usado.

—Lo cual pienso remediar y hacer pleno uso de ello.

—En realidad no tienes razón para hacerlo —le indicó apresurada—. El único teléfono que hay en casa está en la cocina,

donde siempre está toda la familia. Escuchar conversaciones telefónicas es uno de los pasatiempos favoritos de los Saraceni.

—Eso significa que no podrás hacer comentarios picantes por teléfono. —Rand mostró una decepción fingida—. Tal vez sea mejor que no te llame.

Los dos se contemplaron con afecto.

—Ahora vamos a cantar y quiero que todos nos acompañen —anunció un jovial tenor por el micrófono. Circulaban hojas impresas con las letras de las canciones entre la concurrencia y alguien dejó una en manos de Jamie.

—¡Perfecto!, incluirán *Clancy Lowered the Boom* —exclamó la joven cuando la orquesta empezó a interpretar los primeros compases.

—¿Se supone que debemos cantar? —Rand no parecía muy complacido.

Jamie se unió al coro festivo, riendo cuando se equivocaba o desentonaba. Podría ser cauta y recelosa en sus citas, pero no cuando se trataba de divertirse. Rand se agitaba inquieto. No le gustaba participar, prefería observar y no involucrarse en actividades de grupo.

Desde su infancia, quizá como repudio a la indiferencia y desaprobación de sus padres, se había mantenido aparte de los demás. Pero después de conocer a Jamie había sentido esa urgencia inexplicable de acercarse, de vencer los obstáculos… tangibles o no… que existían entre ellos. Quería estar cerca de ella, y no sólo sexualmente. Quería una intimidad emocional, algo que siempre había tenido mucho cuidado de evitar.

Aquella palabra reverberó en su mente. ¿Intimidad emocional?

Le invadió un sudor frío. En verdad era aterrador el ser impactado por un descubrimiento como ése en medio de un salón de fiestas, entre una multitud que berreaba una balada irlandesa.

¿Qué estaba sucediendo?, se preguntó frenético. Él no era aficionado a las introspecciones, pero en ese momento sus pensamientos parecían semejarse mucho a esos libros de psicología para aficionados que encabezaban las listas de popularidad.

—Vamos, Rand, canta con nosotros —le alentó Jamie con mirada chispeante.

Él negó con la cabeza, preocupado por las revelaciones que

estaba descubriendo. Mujeres versadas en esos libros sobre hombres que se negaban a amar le habían acusado de tener fobia a los compromisos. Él había aceptado su diagnóstico sin darle importancia; en ocasiones hasta lo usaba como una excusa de su comportamiento.

Pero la verdadera fobia por los compromisos no deseaba los peligros de la intimidad emocional. Cualquiera saldría corriendo ante el solo pensamiento. Rand observó los ojos risueños de Jamie y comprendió que no iría a ninguna parte.

—No necesitas estar tan aterrorizado —bromeó Jamie, tomándolo de la mano—. Es imposible que cantes peor que yo.

—Cariño, lo que está pasando por mi mente es realmente aterrador y nada tiene que ver con el canto.

La chica pensó que, si lo hubiera presionado, quizá se habría lanzado en su diatriba en contra de los compromisos, provocando otro distanciamiento entre ellos. En lugar de ello, Jamie se unió al siguiente coro.

El entusiasmo y ambiente festivo de la concurrencia eran un antídoto efectivo contra el mal humor. Jamie no volvió a discutir con él y, después de un rato, Rand se unió al coro. Bebieron cerveza verde, probaron el auténtico estofado irlandés con col, cantaron un poco más y participaron en intentos hilarantes de aprender una danza folklórica irlandesa.

Poco después de la medianoche, la orquesta interpretó una serie de baladas lentas y románticas. Después de horas de ruidosa diversión, las parejas estaban ansiosas de bailar tranquilas. Lo mismo ocurría con Jamie y Rand. No tuvieron que intercambiar palabra. Tomados de la mano, fueron a la pista de baile.

Rand la acercó y la moldeó contra él. Jamie le rodeó el cuello con los brazos con un suspiro. Se mecían lentamente, en perfecta sincronía, como si formaran pareja desde hacía muchos años.

Una de las manos de Rand subió por la espalda de la chica para tomarla de la nunca. La acarició sensualmente y sus dedos se enredaron en la delgada cadena de la que pendía el pequeño trébol de oro.

Le gustaba que llevara la joya que él le había regalado; le parecía una especie de símbolo que la designaba como suya. Pensó que ése era el propósito de las sortijas de matrimonio. Aquella

incómoda idea se abrió paso en sus pensamientos y la apartó en un acto de autodefensa para concentrarse en la intoxicante sensación de tener a Jamie entre sus brazos.

* * *

Horas más tarde se despidieron frente a la puerta de la casa de Jamie después de darse un largo y apasionado beso. Eran casi las tres de la mañana y el pequeño portal estaba fuertemente iluminado.

Rand se protegió los ojos con una mano al emprender la marcha hacia su coche. Se volvió y descubrió a Jamie en la puerta, observándolo.

—¿Qui… quieres hacer algo mañana? —preguntó él buscando mostrar una despreocupación que distaba mucho de sentir.

—Le prometí a mi padre que lo acompañaría a la playa para que Brandon y Timmy volasen sus nuevas cometas.

—¿Se me permite sugerirte que cambies de planes? Deja que otra persona de tu numerosa familia acompañe a tu padre y a los niños a volar cometas.

—No hay otra persona que pueda hacerlo. Mamá tiene que trabajar con sus muñecas. Cassie y Sarán tienen trabajo en el centro comercial y, para variar, con Steve no se cuenta. La abuela ya no está para volar cometas. Papá no puede ayudar a ambos niños al mismo tiempo. Realmente se requiere la presencia de dos adultos.

—¿Y qué hay del padre de los chicos? —insistió Rand—. ¿No suele visitarlos los fines de semana? Deja que él se haga cargo de ellos.

—Su padre goza de privilegios de visita. —Jamie apretó los labios—, y dos o tres veces al año aparece por aquí durante unas horas, hace muchas promesas que nunca cumple y desaparece de nuevo. Por eso jamás rompo una promesa que les haya hecho a los niños. Tampoco lo hacen Cassie o mis padres. Queremos que sepan que en el mundo hay personas que sí cumplen su palabra.

—Muy admirable. —Rand estaba de vuelta frente a los escalones del pórtico, a corta distancia de ella—, pero demasiado inconveniente para mí. Supongo que la única manera de poder

verte mañana es que me ofrezca a acompañaros a volar cometas.

—Me gustaría que fueras, pero no quisiera imponértelo —se apresuró a indicarle Jamie.

—Y lo que me vuelve loco es que lo dices en serio. No se trata de un juego de manipulación. Irás, te acompañe o no. Lo cual deja la pelota en mi lado de la cancha.

—Así es el tenis —sonrió ella—, pero en este caso hablamos de volar cometas.

—Lo cual hace años que no practico.

—Tal vez sean demasiadas las cosas que no haces. Dejas que las hagan por ti.

—¡Hablas de mí como si fuera un vago inactivo! —protestó Rand—. Hago mucho ejercicio en el club y a veces incluso juego al golf.

—Actividades que afirman tu masculinidad —manifestó Jamie —. Y no hablo de hacer ejercicio. Me refiero a que no haces nada con mujeres excepto quizá una obligatoria cena ocasional, el cine, o una fiesta. Por lo demás, cuando estás con una mujer, pasas la mayor parte del tiempo en la cama.

—Puedo asegurarte que cuando estoy en la cama con una mujer, hago algo. Con ella, o a ella —agregó con tono sugerente.

—Sabía que dirías algo así —le indicó Jamie, ruborizada muy a su pesar—. Esperaba que te contendrías, pero es evidente que no ha sido así.

—Crees que me conoces mucho —gruñó Rand—. ¿Estoy en lo correcto al asumir que aprendiste todas estas teorías de tu hermano Steve? ¿Qué es lo que has estado haciendo durante todos estos años? —preguntó molesto de que pudiera describir tan bien su vida —. ¿Siguiendo a tu hermano tomando notas?

—Sólo escuchando, observando y archivando hechos en la mente —para dar énfasis a su insulto, Jamie echó un vistazo a su reloj—. Ya es muy tarde, Rand. Buenas noches y gracias por la velada. Fue muy divertida.

—Ya has pronunciado tu discurso cortés de despedida. Justo antes de que te besara. Me molestó antes y ahora más todavía.

—Entraré en casa. Estás buscando otra discusión.

—¡Sólo quiero llevarte a la cama para poder sacarte de mi mente! —se contuvo, abrumado por su exabrupto. Pensó que si la

chica le diera con la puerta en las narices y se negara a volver a verlo, se lo merecía. En lugar de ello, Jamie se rió, por muy increíble que resultara.

—Se supone que no debes revelar tus verdaderas intenciones, Rand. Debes mantener tu agenda secreta bien oculta, disfrazada bajo palabras dulces. Cuidado, Rand. Pierdes el control. Steve jamás cometería un error como ése.

Ella se alegraba de que fuera así. El hecho de que Rand manifestara abiertamente su frustración, de hombre a mujer, era preferible a sus falsas zalamerías.

Atónito, Rand la contemplaba sin saber si reír o estrangularla. La afectaba como ninguna otra mujer lo había hecho en su vida.

—Eres tan… tan… —Le faltaban las palabras. Maldijo en silencio y si estuviera escribiendo una escena similar como Brick Lawson, no tendría dificultad para salir con un comentario ingenioso o hiriente. Pero como Rand Marshall, viviendo su vida real, de pronto se había quedado mudo.

—Buenas noches, Rand —se despidió ella con dulzura, volviéndose para cerrar la puerta.

—No terminaremos la velada de esta manera —murmuró él. Tenía que reafirmar su dominio sobre la relación. Le era imperativo —. Dame un beso de despedida.

—Pero ya lo…

—No discutas, sólo hazlo —le cogió ambas manos y la acercó a él.

Jamie evaluó la situación al observarlo. En realidad no estaba molesto, se dijo, más bien estaba desconcertado e inquieto. La deseaba sin quererlo. Una sonrisa se esbozó en sus labios. ¡Vaya inconveniente para él!

La fuerza de su mirada la atraía, doblegándola a su voluntad, haciéndola olvidar todo menos la magia que encontraba en sus brazos. Se habían divertido mucho esa noche, excepto cuando discutían, e incluso una discusión con Rand era algo interesante y excitante. Lo que sentía con él y por él, nunca lo había experimentado con ningún otro hombre.

Con los dedos trazó el contorno de los labios de Rand. El deseo la estremecía. Tenía una boca tan tentadora, sensual… quería tanto besarlo.

—Rand —murmuró, rodeándole el cuello con los brazos, fundiendo su cuerpo con el suyo. Levantó la cabeza y le besó en los labios. Luego el beso se hizo profundo y colores salvajes explotaron en su mente como fuegos artificiales. La mano de Rand se deslizó bajo su vestido para acariciarle un seno, tocando la punta erecta con el pulgar hasta hacerla gemir de placer.

De pronto, sin advertencia previa, se apartó de ella. Jamie aspiró bruscamente y se apoyó en el marco de la puerta.

—Buenas noches, Jamie —los ojos de Rand brillaban como joyas bruñidas. Se sentía poderoso, conquistador. La rendición de la chica había sido absoluta e incondicional. Había dejado muy claro que él era su dueño, que la haría suya cuando quisiera. Triunfante, se dirigió a su coche, dejándola aturdida y preocupada—. ¿A qué hora pensáis ir a la playa? —preguntó antes de abrir la puerta.

—Después de ir a misa —respondió ella, alterada—. Al mediodía.

—Nos veremos aquí.

—¿Irás con nosotros? —preguntó sorprendida.

—Estaré aquí a las doce.

Jamie permaneció frente a la puerta escuchando el motor del coche que se alejaba en las calles tranquilas de Merlton. Cuando el silencio reinó de nuevo, apagó la luz del portal y entró en la casa.

Pensó en Rand hasta caer en un sueño inquieto, soñando con un hombre de ojos dorados cuyas hábiles manos la acariciaban, conociendo sus secretos más íntimos, y cuyos labios firmes y sensuales la elevaban a alturas de placer nunca antes imaginadas.

Y se despertó con la piel encendida, el cuerpo palpitante y con el nombre de Rand en los labios.

Capítulo 6

El domingo por la tarde Rand y Jamie fueron a la cercana isla de Long Beach acompañados del padre y los sobrinos de la chica. Caminaron por la arena haciendo volar las cometas de brillantes colores. La indispensable brisa fuerte estaba presente, pero hacer volar las cometas requería de paciencia y habilidad. Dado que Rand estaba presente, Al Saraceni se sentó en una silla de playa a leer el periódico dominical.

Recordando los días de su niñez, Rand dio instrucciones a los niños.

—No necesitáis correr para elevar la cometa. Tenéis que permanecer de pie de espaldas al viento y soltar la cuerda poco a poco —le ayudó a Tommy en tanto Jamie y Brandon batallaban con la otra cometa. Estando ambos juguetes en el aire, los pequeños se hicieron cargo de ellos.

—Sabes volar cometas —le indicó Brandon a Rand, admirado.

—Moses Scott, el chófer de la familia nos enseñó a mi hermano y a mí cuando teníamos más o menos vuestra edad —comentó Rand con una sonrisa nostálgica.

—¿Un qué? —demandó Timmy.

—Un chófer, alguien que te lleva a todas partes en el coche —explicó Jamie—. Vosotros tenéis cinco: vuestra mamá, vuestros abuelos, Sarán y yo. ¿Llevaba uniforme tu chófer? —le preguntó a Rand cuando los chicos corrieron por la playa con sus cometas.

—Moses fue uno de los personajes favoritos de mi niñez. Mi hermano y yo fuimos educados por los sirvientes, ya que mis padres

nunca estaban cerca. Me gustaban ellos más que mis progenitores. Además, yo les gustaba más a ellos que mis padres.

Jamie le cogió de la mano conmovida. Rand le estaba hablando de un mundo apenas imaginable para ella. Le parecía una vida fría y triste.

—Dejemos a los niños con mi padre y vayamos a caminar —sugirió en voz baja.

—Quieres estar a solas conmigo —le indicó Rand con una sonrisa de satisfacción—. De haber sabido que la historia del pobre niño rico surtiría tan buen efecto, la habría usado desde el primer día.

Dado que ella sabía que Rand hablaba de esa manera para distanciarse de ella y de los recuerdos nada agradables de su infancia, no dijo nada.

—Quiero caminar por la playa —insistió con dulzura—. Si tú no quieres hacerlo, quédate con los niños y yo le pediré a mi padre que me acompañe.

—Lo harás conmigo —con gesto posesivo le pasó un brazo por los hombros.

Dejando a los pequeños al cuidado del abuelo, Jamie y Rand emprendieron una larga caminata por la playa. Caminaron varios kilómetros bromeando y charlando, absortos en ellos mismos.

* * *

Se dieron cuenta con sorpresa de que eran casi las cinco de la tarde cuando encontraron a los niños. Cansados de volar las cometas; estaban construyendo un enorme castillo de arena bajo la dirección del abuelo.

—Perdí la noción del tiempo —manifestó Rand incrédulo.

Al Saraceni insistió en que Rand se quedara a cenar con ellos. Jamie intentó ofrecerle una salida airosa, sugiriendo que tal vez tenía otros planes, pero su padre no aceptó. Rand cenaría ese domingo por la noche con la familia. No había más que discutir.

—Me pregunto qué habría hecho si de verdad hubiera tenido otros planes —murmuró Rand cuando iban sentados en el asiento posterior del viejo Buick de Al. Los niños iban delante con su

abuelo, leyendo tebeos.

—Me temo que cenarías con nosotros de cualquier manera. Mi padre está decidido a brindarte su hospitalidad. Le causaste una magnífica impresión al jugar con sus nietos.

—¿Aun cuando desaparecí con su hija a mitad de la tarde? —preguntó él, provocativo, acercándose a ella. La tomó de la mano, jugando con sus dedos—. Bien pude haberme aprovechado de ella.

—¿En una playa con viento y a plena luz del día? Mi padre sabe que la decente y discreta Jamie jamás haría eso.

—Recuerdo una tarde frente a la biblioteca en que la decente y discreta Jamie no actuó así. De hecho nunca lo haces cuando estás en mis brazos.

Jamie sabía que era cierto. Ruborizada, se mordió el labio inferior. Aquel comentario exigía una respuesta, pero ¿qué podía decir? Retiró la mano.

—Debí saber que no podíamos pasar un día juntos sin que surgieran las inevitables insinuaciones sexuales de tu parte —murmuró en tono de reproche.

—Te sentirías decepcionada si no lo hiciera —respondió él, volviendo a apoderarse de su mano—. Empezarías a pensar que ya no me intereso por ti —entrelazó sus dedos con los de ella y se reclinó en el asiento.

—No me sentiría decepcionada, sino aliviada. Y tampoco me preocuparía.

—¿Ah, no? ¿Tan segura te sientes de tu atractivo?

—¡No! ¡Sí! Quiero decir… —Sacudió la cabeza y rió a su pesar —. Logras tergiversar las cosas de tal forma que cualquier respuesta que te diera sería equivocada. No me considero lo más interesante que se haya puesto unos zapatos —con la mano libre le dio un puñetazo juguetón. Rand le atrapó esa mano, impidiéndole todo movimiento. Riendo, Jamie empezó a forcejear, tratando de liberarse, usando la rodilla como palanca. Cuando con agilidad Rand usó una pierna para sujetarla, ella se agitó, tratando de recordar cómo lograba soltarse cuando Steve la había sujetado de esa manera cuando eran niños.

Sin embargo, había una diferencia notable. Ella y Rand no eran niños y él no era su hermano. Las sensaciones evocadas por sus movimientos rayaban en lo erótico. Y ella ya no quería resistirse,

quería fundirse contra él. Al mirarlo a los ojos vio el calor que ardía en ellos. Todo su cuerpo empezó a palpitar.

—Rand, ¿así que crees que los Flyers derrotarán a los Rangers mañana por la noche? —rugió la voz jovial de Al desde el asiento delantero.

Rand soltó a Jamie con renuencia, excepto su mano derecha, que mantuvo cautiva a la fuerza.

—¿Decente y discreta? —murmuró al oído de la chica—. No conmigo, cariño —ella se ruborizó y él se inclinó hacia adelante para comentar con tono ligero—: Creo que los Flyers van a patear más de un trasero, Al.

El capítulo tres del manual de cómo cortejar a una mujer recomendaba que las parejas pasaran tiempo haciendo cosas juntos. Rand recordó la época en que su idea de pasar el tiempo con una mujer significaba llevarla a la cama. Sonrió irónico. Desde el primer día, había sabido que eso no funcionaría con Jamie.

A ella le gustaba hacer cosas. Le gustaba bailar, nadar, patinar y hasta jugar a los bolos. Le gustaba ir a los mercados callejeros y al cine, al teatro, al museo y al zoológico de Filadelfia. Le gustaba pasear en bicicleta e ir al campo en busca de fresas silvestres para luego hacer helado y comérselo con él. Le gustaba cocinar y cenar fuera.

Ella y Rand hicieron todo eso durante las semanas siguientes, casi siempre solos, pero en ocasiones con los Saraceni, o con las amigas de la chica. La llamaba todas las noches aun cuando se hubieran visto poco antes.

Para evitar a los Saraceni una diversión adicional, Rand le compró un teléfono e hizo que lo instalaran en su dormitorio. Allí podía hablar con el en privado, respondiendo a sus insinuaciones atrevidas sin ninguna inhibición.

Las reservas iniciales de la joven de relacionarse con él en ese momento le parecían ridículas. Ella y Rand tenían una relación sincera basada en un respeto y confianza mutuas. Y amor.

Sus padres y abuela, que nunca se habían distinguido por su sutileza, empezaban a hablar de reservar el salón de Los Hijos de Italia para una boda no lejana. Jamie logró convencerlos de que no presionaran a Rand para que fijase la fecha y se defendía de sus preguntas e insinuaciones. Pero se descubrió hojeando las revistas

de vestidos nupciales en los ejemplares de la biblioteca, sin olvidar los relativos a lugares de veraneo.

Si bien ella y Rand no hablaban de planes de matrimonio, estaba segura de que su relación iba en esa dirección. ¡Tenía que ser así! Lo amaba tanto…

Y lo deseaba tanto como él a ella. La llama que los consumía crecía y se hacía más fuerte día a día. No podían estar juntos sin tocarse. Él la tomaba de la mano, le rodeaba los hombros con el brazo o la cintura, cada vez que podía. Se besaban apasionadamente con frecuencia, pero nunca cerca de un dormitorio. Jamie había estado en casa de Rand en tres ocasiones, siempre acompañada de sus sobrinos, quienes insistían en ir a ver al gatito. Alguien siempre estaba en casa de los Saraceni, haciendo imposibles las intimidades.

Sola por las noches en su pequeña habitación, Jamie permanecía despierta durante horas enteras, atormentada por el deseo. Sólo en su enorme cama de agua, Rand también pasaba las noches inquieto. Se dio muchas duchas frías e incrementó el ejercicio físico diario intentando agotarse para poder dormir.

* * *

Pensaba en Jamie, soñaba con ella, la deseaba como jamás había anhelado a una mujer. Había planeado elaboradas seducciones e inventado estratagemas para llevársela a la cama… sin poner ninguna en práctica. A pesar de estar desesperado por hacerle el amor y de que el deseo crecía día a día, quería que fuera a él sin dudas o ansiedades, que se entregara a él por completo, sin reservas.

La única nube en su casi idílica relación era la referente al trabajo… o la supuesta falta de él, según Rand. No le había dicho a Jamie que pasaba los días creando la última novela de Brick Lawson, aún sin título, mientras ella estaba en la biblioteca. Su propuesta había sido aceptada como siempre con un generoso cheque de anticipo, pero seguía haciendo referencias en broma a que vivía como un rico, sin hacer nada, y Jamie se esforzaba en convencerlo de las bondades del trabajo fecundo y creador.

Habría sido un conflicto divertido en una novela de Brick

Lawson, pero Rand encontraba sus propios discursos cada vez menos interesantes. Toda su existencia la había pasado luchando contra lo que Jamie creía que era su vida… la holganza disfrutando de su dinero.

—Pero… ¿cómo hablarle de su ocupación como escritor? En especial en ese momento, después de pasar tanto tiempo juntos. Rand solía decirse que sólo estaba retrasando la discusión que con seguridad surgiría. Pero era más lo que estaba en juego y eso sólo lo admitía a altas horas de la madrugada. Sabía que Jamie tenía en muy alto concepto la sinceridad y él no había sido muy sincero con ella. No quería arriesgar su relación.

Fue una admisión difícil para un solterón empedernido y despreocupado como él. Al fin reconoció que su meta no era sólo llevarse a Jamie a la cama. No podía imaginar el resto de su vida sin ella y haría todo lo que estuviera a su alcance para hacerla feliz. ¿Estaba enamorado de ella? Precisamente se estaba haciendo esa pregunta una agradable tarde de viernes. Se disponía a recoger a Jamie para llevarla a un partido doble entre los Phillies y los Piratas en el Estadio de los Veteranos de Filadelfia.

Estaba saliendo de su casa a bordo de su deportivo cuando Sarán se detuvo en el coche de su prima junto a él.

—¡Rand! —lo llamó por la ventana—. ¿Puedo hablar contigo un momento? —Bajó del coche y se acercó a él.

—¿Sucede algo? ¿Dónde está Jamie? —preguntó tenso al bajar del coche.

—Está en casa esperándote para que la lleves al partido. No se trata de Jamie, sino de mí. Estoy en problemas, Rand —anunció con dramatismo—. Tú eres el único que puede ayudarme.

—¡Dios mío! —gimió Rand—. Estás embarazada —el color desapareció de su rostro.

—¡No lo estoy! —exclamó la chica, indignada.

—Bueno, ¿qué otra cosa podría pensar? Cuando una adolescente dice que está en problemas…

—Voy a suspender el curso de literatura y de ser así no podré graduarme —le interrumpió Sarán—. La profesora dice que si no le entrego un estudio de cinco mil palabras sobre el uso del color rojo como simbolismo en *Historia de Dos ciudades* de Charles Dickens, me suspenderá. Tendré que matricularme en un curso de verano para

obtener el certificado y no puedo hacerlo porque el primero de julio, fecha en que cumplo dieciocho años, me iré de Merlton para establecerme en Nueva York.

—Entonces, prepara el ensayo —le recomendó Rand, volviéndose hacia su coche. Estaba ansioso por ver a Jamie.

—¡No puedo! Odio la literatura, odio a Dickens y el trabajo ya tiene dos meses de retraso…

—¿Dos meses? Con razón está molesta tu maestra. Escucha, sé que un ensayo como ése no es fácil, pero tendrás que sentarte y prepararlo.

—Pensé que tú estarías dispuesto a hacerlo por mí —le indicó Sarán, maliciosa.

—¡Ja! Piénsalo de nuevo, preciosa. Mis días de preparar ensayos de literatura quedaron muy atrás.

—Pero a ti te será fácil hacerlo siendo un escritor profesional… Brick Lawson —esbozó una sonrisa triunfal.

—¿Lo… lo sabes?

—Desde la noche del concurso de canto escolar —anunció orgullosa—. Me aburría en la cocina con la abuela mientras tú y Jamie os besuqueabais en la sala, así es que fui a explorar. En tu estudio encontré tu procesador de textos y el material de Brick Lawson —inclinó la cabeza y lo estudió con detenimiento—. Lo que no he podido averiguar es por qué no se lo has dicho a Jamie. No obstante, dado que tú no lo has hecho, yo he guardado silencio.

—Decidiste que te convenía hacerlo para usar la información en el momento oportuno y chantajearme con ella —sugirió Rand con tono cáustico—. De eso se trata, ¿no? Si yo hago tu trabajo escolar, tú no le dirás nada a Jamie acerca de Brick Lawson.

—No lo haría si no estuviera desesperada. —Sarán encogió los hombros—. Y te prometo que nunca diré una palabra de que tú eres Brick Lawson —agregó con una sonrisa dulce—. No entiendo por qué crees que a Jamie le puede importar. Ella adora los libros y tú los escribes. Sois la pareja perfecta.

—No le gustan los libros que yo escribo y he esperado tanto a decírselo, que ahora me es prácticamente imposible hacerlo. Me acusará de engañarla y…

—Oh, no —le interrumpió Sarán—. Jamie aborrece las mentiras. Sólo vive para la verdad.

—Soy muy consciente de ello. —Rand la miraba molesto—. ¡Diablos!, supongo que me lo merezco. Te soborné a ti, una chica impresionable. No he sido sincero con Jamie… el chantaje es una consecuencia natural de mi deshonestidad.

—Tendrás que decírselo alguna vez —suspiró Sarán—. Pero espero que no sea ahora.

—Éste no es el momento adecuado —murmuró Rand. Pensó que si el escribir aquel maldito ensayo le daba un poco más de tiempo, que así fuera—. Se lo diré, pero no antes… no antes…

—¿No antes de qué? —preguntó Sarán, curiosa.

—Eso no es de tu incumbencia, maliciosa criminal. Te haré el trabajo y mantén la boca cerrada.

—¡Rand, eres un ángel! ¡Mi salvador! Siempre te estaré agradecida. —Sarán le dio un beso sonoro en la mejilla y corrió hacia su coche—. ¡Que os divirtáis esta noche! —gritó al alejarse.

Rand trató de actuar de manera positiva. Después de todo, todavía podía esperar para decirle a Jamie que él era Brick Lawson. Hacía años que no leía a Dickens; tal vez podría aprender algo nuevo del genio de la literatura y usarlo en sus escritos. Y además, la malvada Sarán pasaría su examen, se graduaría y se iría de Merlton… ¡esperaba que para siempre! Con esa idea agradable en la mente, partió en busca de Jamie.

Era el fin de semana conmemorativo del Día de los Caídos en Batalla. El clima era cálido y primaveral y a Rand, junto a Jamie, le habían encargado sembrar algunas plantas en el jardín de los Saraceni. Nunca lo había hecho antes, pero Jamie le indicó que era una tradición familiar. Los Saraceni tenían muchas tradiciones y eso le gustaba. Los comparaba con su propia familia, ese grupo desigual de personas que no compartían más que las cansinas obligaciones de su dinero heredado.

Familias. El capítulo cuatro del manual recomendaba que las dos familias se conocieran, a ser posible. Rand frunció el ceño. El día anterior había recibido por correo una invitación de sus padres para que asistiera a la recepción por el décimo aniversario de bodas de su hermano Dixon y su esposa Taylor Ann, el último fin de semana de junio. Como motivo de diversión, le enseñó la invitación a Jamie; estaba imprimida y no tenía ningún toque personal. Fuerte contraste con la última invitación de los Saraceni, la verbal de la tía

Rita para celebrar el cumpleaños del tío Bob: «y trae a todos los amigos que quieras».

—Naturalmente, no iré a la fiesta de aniversario de Dix y de Taylor Ann —comentó Rand, luego de dar un largo sorbo al vaso de té helado que sostenía en la mano.

Se encontraban descansando un momento en el banco de columpio que pendía de una viga del porche de la parte posterior de la casa.

—¿Por qué no? —preguntó Jamie.

—Estar cerca de mi hermano me coloca en un estado cercano al coma y su mujer es una pedante insufrible. Además, les haré un favor a todos si no hago acto de presencia, en especial a mis padres. El tenerme allí les estropeará la fiesta. Hace tres años que no nos vemos y así es mejor para todos.

—Pero es maravilloso que te tengan cerca —le indicó Jamie sincera y con expresión preocupada—. Ésta es la ocasión que más has hablado de tu familia, Rand. Por lo poco que hablabas de ella, deduje que no estabais muy unidos, pero en realidad estás… —hizo una pausa para buscar la palabra—, distanciado de ellos, ¿no es así?

—Siempre lo he estado, desde que vivíamos bajo el mismo techo. Mi hermano es el niño de los sueños de mis padres; yo resulté ser la oveja negra de la familia. Me han desaprobado desde que era niño, pero después de graduarme en la universidad y de que me negara a seguir la vida que ellos planearon para mí… ya sabes, una figura de escaparate en el consejo directivo de los negocios de la familia, en sus fiestas y en sus vacaciones en Palm Beach… sí, ellos establecieron con claridad que para mí no había lugar entre los Marshall.

Por la expresión de asombro de Jamie, Rand sabía que ella no lo entendía. Un Saraceni jamás se separaba de un familiar, pasara lo que pasara.

—Rand, ¿estás seguro de que ésa es su manera de pensar? En ocasiones los malentendidos adquieren dimensiones proporcionadas y…

—Es una amabilidad de tu parte en que quieras convertirte en terapeuta familiar, cariño, pero no funcionará en este caso. Mis padres me consideran un desagradecido porque siempre he querido llevar mi propia vida. Para ellos mi forma de trabajar es…

—Pero tú no trabajas, ¿o sí?

—Suelo… escribir. Cuestiones de tipo comercial. Es demasiado complejo de explicar, pero así me gano la vida. No sólo vivo de las rentas, Jamie.

«Díselo», le ordenaba un coro de voces en su interior. Prolongar las cosas era intolerable, mantener el secreto una locura, pero…

Volvió a pensar en la reacción de Jamie respecto a los libros de Brick Lawson aquel primer día en la biblioteca. No había ocultado su escarnio y desaprobación. Su boca se torció en una sonrisa amarga. Era irónico que la única mujer en la que realmente se había interesado compartiera la antipatía de su familia por su trabajo. Si bien era inmune al desdén y al rechazo de su familia, el pensar en tener los de Jamie le helaba la sangre en las venas.

Lo peor de todo era su falta por omisión al no haberle revelado la verdad desde el principio. Una mentira que crecía con cada día que le ocultaba la verdad. Y si alguna vez se enteraba del maldito trabajo que había elaborado para Sarán dos semanas antes…

—¿Tienes un negocio? —Jamie le miraba intrigada—. ¿Por qué no me lo dijiste, Rand? Durante todo este tiempo he tratado de…

—… convencerme de que debía dedicarme a una actividad productiva —concluyó por ella. «Hila fino», se advirtió—. Me gustaba escucharte. Tratabas de ser sutil y discreta, sin lograrlo.

—Pero…

—Te daré los detalles después —le indicó él—. En este momento quiero que me hables del programa de verano que piensas implementar una vez que termine el curso escolar. ¿Ya has terminado de elaborarlo?

Unas semanas antes ella le había comentado sus planes acerca de un programa para niños en edad escolar, que de otra forma estarían solos mientras sus padres trabajaban. En ese momento la escuchaba atento. Jamie estaba feliz con su atención e interés, inconsciente de que con habilidad Rand la estaba apartando de terrenos peligrosos para él.

Durante el resto de la tarde tuvo éxito en mantenerla distraída. Pero después de la cena al aire libre con la familia, Rand y Jamie fueron a una pequeña alcoba en la planta baja de la casa y la chica volvió al tema.

—Rand, he estado pensando en la invitación de tus padres.

—No pienso ir, Jamie.

—¿No crees que quizá con su invitación están enarbolando la tradicional rama de olivo? Creo que deberías ir, Rand. No deberían existir enemistades en una familia.

—No somos enemigos, sólo totalmente indiferentes.

—¿Irías si voy contigo? —se atrevió a decirle Jamie. Sabía que era un riesgo, pero debía asumirlo. Amaba demasiado a Rand como para no tratar de cerrar la brecha entre él y su familia.

—No tienes por qué desear conocerlos, Jamie. Mi madre es tan fría que congelaría el fuego y mi padre y mi hermano te ignorarán. Nada tienen que decir a alguien que no es…

—No tengo miedo de conocerlos —le sonrió segura—. Soy una Saraceni. Soy capaz de recibir todo y devolverlo si es necesario —la sonrisa desapareció de sus labios—. A menos que no me creas digna de conocer a los excelsos Marshall.

—¡No seas ridícula! —La idea lo irritó—. Maldición, Jamie. Me sentiría orgulloso de presentarte a ellos —ella sólo se limitó a mirar al suelo—. ¿Quieres que te lo demuestre? Lo haré si me veo obligado. Les diré que iré a la fiesta y que tú me acompañarás. Por supuesto, mi madre exigirá saber tu nombre y dirección para enviarte tu invitación. Es en extremo… correcta.

—Y yo le enviaré una nota cortés aceptando su amable invitación —los ojos de Jamie brillaron—. Yo también puedo ser correcta cuando la ocasión lo demanda.

—Mi madre se quedará asombrada. Piensa que sólo me relaciono con bárbaros desconocedores de los convencionalismos de la sociedad.

Jamie le rodeó por la cintura y le miró llena de amor y orgullo.

—Tu familia no conoce al Rand que yo conozco. Creo que ya es tiempo de que se lo presente.

—Jamie, no va a ser así de fácil —su cuerpo ya respondía a su cercanía. La estrechó entre sus brazos.

—Nos haremos cargo de lo que suceda, bueno o malo —le indicó ella con voz sensual, poniéndose de puntillas para rozarle los labios con los suyos—. Necesitas a alguien que te defienda frente a tu propia familia. Y yo quiero ser tu defensora.

—Ah, Jamie, eres un encanto —le acarició la espalda—, tan leal… —Bajó las manos hasta sus caderas, presionándola con

intimidad contra él. Adoraba la idea de que ella estuviera a su lado.

La lealtad era algo que pocas veces había presenciado, pero sabía que era una cualidad de los Saraceni, algo que los unía y mantenía firmes hasta en la más fuerte de las disputas. Al principio Rand lo consideró divertido, luego fascinante y al fin reconoció que admiraba esa fiera lealtad familiar. La misma que Jamie sentía por él.

Ese descubrimiento lo conmovió, haciendo surgir en su interior una emoción que encendió su pasión a alturas insospechadas.

Jamie advirtió la firmeza de su cuerpo musculoso y se estremeció cuando el calor familiar la invadió. Rand cubrió sus labios con los suyos y su excitación y necesidad explotaron en ella. Sus lenguas se encontraron y acariciaron con intimidad. Gimiendo con suavidad, ella se apretó más contra él, moviendo las caderas, buscando su cuerpo con el suyo. Pero no estaba lo bastante cerca. Cada vez que se tocaban, que se besaban, ese anhelo crecía y se hacía más intenso.

Rand apartó su boca de la de Jamie, pero la mantuvo abrazada; su cuerpo pulsaba de tensión.

—Si no me detengo ahora, te llevaré en brazos a tu dormitorio y te haré el amor en tu propia cama —le indicó con voz ronca, llena de necesidad—. Te deseo tanto, que ni toda tu familia podría detenerme.

—Esta espera y anhelo son casi intolerables —le pasó la mano por el muslo, sintiendo el calor de su cuerpo bajo la tela del pantalón—. Ven conmigo a casa, Jamie. Pasa conmigo el resto del fin de semana.

Le había pedido lo mismo en innumerables ocasiones y ella siempre se había negado. Se preparó para una negativa más. ¿Cuánto más podía esperar?, se preguntó, sabiendo la respuesta en el mismo momento en que planteó la pregunta. Pero esperaría tanto como fuera necesario; estaba demasiado loco por ella como para siquiera buscar satisfacción física con otra mujer.

Su cuerpo palpitaba. Se había desabrochado la camisa cuando trabajaba en el jardín y los dedos de Jamie se enredaron en el vello de su pecho. Una feroz ola de amor la invadió. Era la fuerza de su amor por él, combinada con el deseo y la pasión que rugían en su interior, haciendo imposible que le negara nada. No había más

dudas o temores; le amaba y confiaba en él. Ya había llegado el momento.

—Quiero ir contigo —murmuró muy quedo—. Pero yo… —Le miró ruborizada—. ¿Qué les diremos a todos? No puedo salir bailando de la casa, maleta en mano.

—¿Por qué no? Yo estaré contigo Solo diles: «Os veré el lunes», cuando salgamos. Estoy dispuesto a apostar a que nadie dirá una palabra.

* * *

-Estabas equivocado —le comentó a Rand cuando él subía la pequeña maleta de Jamie al coche—. Dijiste que nadie diría una sola palabra, pero mi madre me gritó: «Que te diviertas».

—Y tu abuela me indicó que condujera con cuidado, citando el número de accidentes de tráfico que se pronostican para el fin de semana.

Hablaron de nimiedades hasta llegar a casa de Rand, ocultando la intensidad que vibraba entre ellos. Una vez que llegaron, Jamie se creía en un sueño, pero sus sentidos despertaron al máximo cuando Rand la levantó en brazos y con su maleta la llevó hasta su dormitorio. Era muy consciente de la fuerza muscular de sus brazos, de su intenso aroma masculino. Cuando él cerró la puerta de la habitación con el pie, le miró expectante.

—El gato —explicó Rand—. Si no cierro la puerta, insistirá en dormir en la cama y vivir con *Reebok* me ha enseñado algo que ignoraba: no me gusta dormir con un gato.

—A mí tampoco —la voz de Jamie era ensoñadora. Era imposible pensar en los gatos cuando se estremecía de amor y anticipación por Rand, que pronto sería su amante. Su primer y único amante.

La luna plateada iluminaba la habitación, también decorada, como la sala, en blanco y negro. La cama de agua la sorprendió. Cuando Rand la colocó sobre ella, acomodándose a su lado, la ondulación del agua la sobresaltó, haciéndola incorporarse con los ojos muy abiertos.

Saltó un poco sin poder reprimirse. El colchón acuático se mecía

y ondulaba con el movimiento, haciéndola reír.

—Nunca me había acostado en una de estas cosas —palmeó con fuerza y observó las ondulaciones, divertida.

—¡Jamie! —Rand trató de sujetarla. Esfuerzo inútil. Siguió saltando por la cama, meciéndose hacia adelante y hacia atrás para estimular el movimiento de la cama, fascinada—. No se supone que debes jugar con la cama, sino en ella —en esa ocasión la alcanzó y la obligó a acostarse de espaldas—. Conmigo.

—Lo siento. Supongo que me dejé llevar por la novedad —le sonrió, acariciándole una mejilla.

—¡Ay! Qué golpe a mi enorme ego. —Rand se colocó sobre ella —. Cuando estemos en la cama juntos, quiero ser lo único que te distraiga —el cuerpo de Jamie se adaptó al de Rand.

—Oh, Rand —suspiró—. No puedo creer que realmente estemos aquí.

—¿No puedes creerlo? —La abrazó riendo—. Cariño, ¿sabes cuánto he esperado para que llegáramos a esta etapa del cortejo?

—El capítulo cinco.

—Así es. Ya empezaba a considerar que nos quedaríamos para siempre en los capítulos del uno al cuatro.

—¿Creíste que nunca llegaría a esto? —Con un atrevimiento que ella nunca había creído tener, deslizó una mano posesivamente por el frente del pantalón de Rand.

Él apretó los dientes e hizo una aspiración brusca, invadido por el placer.

—La discreta y decente señorita Jamie. ¿Quién lo diría?

—Yo tampoco pensé que llegaría a hacerlo —le indicó, complacida por su éxito y siguió acariciándolo por encima de la tela —. Oh, Rand, te amo. Adoro tocarte. ¡No tengo ningún temor!

Rand exhaló el aliento contenido y se obligó a retirarle la mano.

—Nena, me vuelves loco. Quiero que vayamos despacio, saboreando cada momento y si sigues haciendo esto… —le brindó una sonrisa maliciosa—. Ha pasado mucho tiempo, Jamie. No quiero que termine antes de que empiece.

—Bésame, Rand —murmuró abrazándolo por el cuello.

—Oh, sí —la besó con violencia, pero ella ya lo esperaba. Él introdujo la lengua en su boca y ella la recibió gustosa. Él la había enseñado a besar de esa manera, pensó, deleitándose en la caricia,

al igual que le había enseñado todo lo demás referente a la excitación y alegrías del placer físico. Y esa noche él le enseñaría los misterios finales del sexo y ella aprendería lo que era ser una mujer saciada por el hombre que amaba.

Murmuró su nombre entre besos y luchó con su camisa para deslizar las manos bajo ella. Sintió la acalorada piel desnuda de su espalda. Rand colocó una pierna entre las suyas, haciendo que descargas de placer la recorrieran. Cuando empezó a mecerse con movimientos rítmicos contra ella, Jamie dejó escapar un gemido suave.

Luego, despacio, Rand se apartó de ella, apoyándose en un codo para contemplarla.

—Rand… —murmuró Jamie.

—La ropa nos estorba —rió él—. Debemos eliminarla.

La timidez la invadió. El pensar en despojarse de su ropa hizo que surgiera un estremecimiento de aprensión en ella. Después pensó en Rand y en su ropa. ¿Se suponía que ella debería desnudarlo? ¿Antes o después de hacerlo ella misma? Frunció el ceño, lamentando su inexperiencia.

—Quiero desnudarte —la voz profunda de Rand despejó al instante sus dudas. Cerró los ojos con alivio. Sintió sus dedos en la blusa soltando cada botón con precisión enloquecedora. Cuando se atrevió a levantar los párpados, le sorprendió sonriéndole.

—¡Te estás burlando de mí! —le acusó temblorosa.

—Tus ojos se pusieron como platos cuando te sugerí que nos quitáramos la ropa. Parecías una asustada virgencita —rió con suavidad—. Y no se trata de que tenga experiencia con vírgenes, asustadas o no.

—Prefieres a las mujeres experimentadas. —Jamie tragó saliva con dificultad.

—Es mejor así. Nunca he querido la responsabilidad de tomar la virginidad de una mujer, o las obligaciones que ello implica —la blusa de Jamie ya estaba abierta. Rand observaba ansioso sus senos, tensos bajo una combinación de encaje.

—Ya veo —se dijo que decírselo sería más difícil de lo que había esperado. De algo estaba segura: ¡No desempeñaría el papel trillado de la virgen asustada! Ruborizada, se dijo que tenía demasiado orgullo para someterse a ese papel.

Armándose de valor, se irguió y empezó a desabrocharle la camisa. Los temores desaparecieron de su mente cuando deslizó la prenda por sus hombros y observó la amplia extensión de su pecho, la hirsuta mata de vello oscuro. Despojándose de la blusa, se acercó a Rand y se besaron una y otra vez.

Se hundieron sobre el colchón y la ondulación del agua adquirió un nuevo significado para Jamie. Era un ritmo primitivo y elemental, tan antiguo como el tiempo y poderoso como la naturaleza. Se levantó un poco y, con habilidad, él le sacó la combinación por la cabeza, dejando expuestos los senos de hermosa forma, su redondeada y suave blancura, sus puntas rosadas ya doloridas y tensas.

—Eres muy bella —murmuró él. Tocó los pezones de la chica con las yemas de los dedos y, sin poder contenerse, tomó una punta rosada entre sus labios.

Jamie dejó escapar un grito agudo y se arqueó hacia él. Sintió que le humedecía el pezón con la lengua, antes de succionárselo.

Olas de placer la invadieron haciéndola sentirse deliciosamente lánguida, cálida y débil. Era como si un cable invisible estuviera conectado a su bajo vientre, ya que también sentía allí sus efectos, salvajes y palpitantes.

—Eres tan dulce… —murmuró Rand, llevando la boca al otro pezón. Deslizó una mano sobre su vientre. Jamie gimió cuando la mano se posó en el elástico de sus bragas—. Eliminemos esto —sugirió seductor y retiró la prenda.

Jamie estaba ante él, desnuda y ruborizada. Rand la recorrió con la vista, estudiando las suaves curvas de su cuerpo de la cabeza a los pies.

—Nena, te deseo tanto —la voz de Rand era ronca, le hubiera gustado ser más elocuente, pero el don de la palabra parecía haberse consumido en la ardiente tormenta eléctrica que chispeaba entre ellos.

Jamie vio que él luchaba con su propio pantalón, deslizándoselo sobre su virilidad, para luego librarse del calzoncillo. Lo observaba con los ojos muy abiertos. Parecía tan fuerte y poderoso…

Sus miradas se encontraron y sostuvieron durante un largo momento antes de que Rand se recostara al lado de la chica y la tomara entre sus brazos. Sus manos saborearon la suave textura de

su piel. Jamie respondió con toda la pasión reprimida. Las sensaciones que él evocaba en ella eran exquisitas, haciéndola consciente de su feminidad de una forma nueva y sorprendente. Quería dar y darse a Rand.

Titubeante, pero curiosa y excitada, extendió la mano para tocarlo. Rand dejó escapar un gemido profundo y meció su cuerpo contra ella. Jamie advirtió que él perdía el control, que se estremecía por el placer que ella le daba, y sintió el surgimiento de un poder femenino que nunca había imaginado poseer. Una ternura la envolvió al seguir acariciándolo. Rand parecía vulnerable bajo su dominio, y el amor la invadió.

—Te quiero —murmuró una y otra vez—. Oh, Rand, creo que me enamoré de ti desde el primer momento que te vi en la biblioteca. Al principio traté de luchar contra ello porque lo que me hacías sentir me daba miedo, pero ahora sé que nací para estar contigo.

Sus palabras lo conmovieron. Uno de los beneficios que había conseguido de su largo cortejo era que, al conocerla tan bien como en ese momento, sabía que cada una de las palabras que decía era cierta. Estaba enamorada de él y ese pensamiento le llenó de placer y ternura.

—Mi amor —murmuró, usando el término por vez primera. Ni siquiera como Brick Lawson lo usaba para llamar así a sus heroínas ya que siempre le había parecido… demasiado emocional, demasiado íntimo. Pero Jamie era su mujer, su amor.

Y porque quería que ésa, su primera noche juntos, fuera perfecta, decidió que su propio placer inmediato era secundario ante la satisfacción mutua. Con renuencia, retiró las manos de Jamie.

—Estás mandando mis buenas intenciones al infierno, mi pequeña y sensual gatita tentadora —le indicó con voz ronca, levantándole los brazos sobre la cabeza para retenerle las muñecas con una mano.

—¡Eres demasiado fuerte! —Juguetona, trató de liberarse—. Parece que me tienes sujeta con unas esposas.

—Tengo unas en el cajón de la mesa de noche —se burló Rand —. Las usaremos la próxima vez. También la venda para cubrirte los ojos.

—Eres un demonio, Rand Marshall —se rió Jamie para luego besarlo.

—Y tú un ángel —la besó ácidamente obteniendo una respuesta ardiente—. Un ángel hermoso y sensual.

Jamie dejó escapar un gemido anhelante cuando él colocó una mano entre sus piernas para explorar.

—Jamie… —Su tono de voz tenía algo de sorpresa al sentir cierta resistencia y ella se agitó con un movimiento espasmódico—, ¿te hago daño?

—No —la joven movió la cabeza con vigor. Sus manos lo acariciaban, sus labios trazaron una senda de besos por su cuello. ¿Cómo podía poner en palabras su sorpresa y descubrimiento ante las extraordinarias olas de placer que despertaban sus dedos?… —. No me has hecho daño, Rand —murmuró muy quedo, aferrándose a él. La inquietud la destrozaba y se arqueó hacia él en silenciosa invitación.

Rand observaba sus ojos entrecerrados, los labios semiabiertos gimiendo de placer. La sangre corrió ardiente por sus venas. Ver su placer y su respuesta apasionada era en extremo excitante, casi como si fuera su propia satisfacción. Se trataba de un concepto nuevo para él, recibir placer en el placer de otra persona.

Sabía que en el aspecto técnico era un buen amante, capaz de llevar a sus compañeras al orgasmo, pero por vez primera comprendió cuan desapegada y mecánica era su forma de hacer el amor en el pasado. Nunca había existido antes ese contacto íntimo que experimentaba con Jamie, ese dulce juego de dar y recibir.

Hasta entonces, el sexo había sido para él una actividad puramente física con previsibles ciclos de tensión y alivio. Con Jamie era mucho más. Ella lo absorbía en cuerpo y espíritu, mente y corazón.

Bajo su observadora y apasionada mirada, Jamie se hundía feliz en la espiral de sensaciones que se hacían más profundas bajo sus íntimas caricias.

—Sí, nena, déjate ir —la voz sensual de Rand la invadía, con efectos tan físicos como sus caricias—. Quiero verte, sentirte…

Las exquisitas y palpitantes olas de calor que irradiaban en ella se convirtieron en rayos y explotaron como una lluvia de chispas. Jamie dejó escapar el nombre de Rand en medio del éxtasis y él la

sostuvo con fuerza, observándola con mirada posesiva.

Era suya. De pronto todo le pareció tan simple, tan inevitable. Desde el momento en que se conocieron hasta ese instante, en la oscura y tranquila habitación. Todo lo que había ocurrido entre ellos, las risas y las disputas, los besos y el cortejo, habían sido algo necesario, una progresión natural. Pero primero…

—Jamie, ¿has tomado precauciones, o yo me hago cargo de ello? —preguntó en voz baja. Nunca había actuado con irresponsabilidad y no empezaría a hacerlo, no con su adorada Jamie.

—Creo que en esta ocasión tendrás que hacerlo tú —lo miraba con ojos drogados por el amor. Ella era tan nueva en eso, que se había olvidado de preliminares tan esenciales como aquél. Cómo se alegraba de que Rand fuera tan prudente.

Momentos más tarde, murmurándole palabras sensuales e íntimas, Rand se colocó entre sus piernas y dio un firme y continuo impulso a sus caderas.

Jamie hizo una aspiración brusca y se aferró a sus hombros.

—Cariño, relájate —se perdía en la profundidad de sus ojos azules y en ese instante lo supo—. Nunca habías estado con un hombre, ¿verdad, Jamie?

—No. ¿Es… tan obvio? —preguntó con una sonrisa nerviosa—. ¿Hago algo mal?

—No, cariño, claro que no, pero tenías que haberme dicho que ésta es tu primera vez. —Jamie lo miraba con tanta incertidumbre que se derritió.

—¿Me habrías deseado igual si lo hubiera hecho? —preguntó quedo, recordando lo que había dicho de evitar a las vírgenes y las responsabilidades y obligaciones inherentes a iniciarlas.

—Lo que dije antes… Jamie, eso no es aplicable a ti —insistió recordando sus propias palabras—. Lo que siento por ti… —Se detuvo y lo intentó de nuevo—. Es diferente contigo, Jamie. Las antiguas reglas no se aplican. Nunca ha sido así. ¿Cómo puedo explicarlo? —Sacudió la cabeza. No podía ponerlo en palabras. ¿Y se creía escritor?, se reprochó en silencio.

Jamie parecía comprenderlo. Le selló los labios con un beso ligero.

—Te amo, Rand. Y te deseo tanto… Por favor, por favor, hazme

el amor.

—¡Jamie! —Rand gimió su nombre, enterrando los dedos en su cabello, acercándola a él—. Cariño, ¿estás segura?

—Oh, sí —lo dijo con tanto fervor, que los dos rieron, una risa suave e íntima que pareció fortalecer los lazos que los unían. Se besaron con avidez antes de que Rand se hundiera en su calor satinado.

—Eres perfecta, Jamie, tan suave y deliciosa —permanecía inmóvil, permitiéndole adaptarse a su presencia.

El era su primer amante. La mente de Rand giraba en remolino. Todo lo que Jamie estaba experimentando con él era nuevo para ella: sus respuestas, su placer, todo.

—Nunca imaginé que fuera así —murmuró la joven, moviendo las manos por toda la extensión de la espalda de su amado—. ¡Rand, estás dentro de mí! —Aquel conocimiento le resultaba abrumador, los sentimientos profundos.

—Eres maravillosa —jadeó él—. Como si hubieras sido creada sólo para mí. Sólo para mí —agregó, posesivo.

—Lo fui. Lo soy —susurró Jamie sin aliento—. Tal como tú fuiste hecho para mí —estaba segura de ello. Había pasado mucho tiempo antes de que el hombre de sus sueños llegara a su vida, pero allí estaba en ese momento, abrazándola.

Luego Rand empezó a moverse, primero despacio, pero con un movimiento rítmico y primitivo que la mareó de placer. Obedeciendo a eternos instintos femeninos, Jamie correspondió a ellos.

Entre los dos crearon un calor explosivo que los lanzó a un remolino de pasión, llevándolos en espiral a un inmenso gozo. Insensibles por la felicidad, bajaron lentamente a los lánguidos y tranquilos mares de la satisfacción.

Una y otra vez a lo largo de la noche apasionada, hicieron el amor, buscando el uno en el otro un ciclo erótico de excitación y pasión, satisfacción y sueño.

* * *

Era casi mediodía cuando una llamada incesante a la puerta

despertó a Rand del sueño profundo que le había invadido después de una intensa sesión de amor matinal unas horas antes. Durante unos minutos permaneció sumido en un estupor inconsciente, incapaz de moverse de la cama.

Jamie estaba a su lado, rodeándolo con una pierna sobre las suyas y un brazo sobre su pecho en un gesto posesivo y de confianza. Su sueño era profundo. Tenía los labios entreabiertos y su pecho se alzaba y bajaba al ritmo de su lenta respiración.

Una ola de afecto mezclado con deseo le invadió. Jamie era tan dulce, tan hermosa, pensó al observarla. Tenía el cabello alborotado y la sábana la cubría hasta la barbilla. Sonrió al preguntarse cómo era posible que al mismo tiempo pareciera tan joven e inocente y a la vez tan seductora.

Cuando las llamadas a la puerta cesaron suspiró satisfecho y se dispuso a volver a dormir, pero el timbre de la puerta empezó a sonar.

Maldiciendo, Rand bajó de la cama, teniendo cuidado de no despertar a Jamie. Pobre niña, pensó, en verdad estaba agotada… pero su reacción había sido tan ávida como la de él. Ella fue quien lo había buscado al amanecer. Recordó haber sido despertado por sus suaves labios.

El timbre de la puerta seguía sonando. Rand tomó una bata de baño y caminó descalzo hacia la puerta esperando encontrarse con algunos chiquillos impacientes por venderle algo, como sucedía con frecuencia. *Reebok* se frotó contra sus piernas maullando y ronroneando al mismo tiempo.

—Tranquilo, amigo, te daré el desayuno en un momento —se inclinó para acariciar la cabeza del animalito. Se sorprendió al encontrar a Daniel Wilcox ante su puerta.

—Lo siento, ¿te he despertado? —La pregunta fue automática y sin ningún remordimiento.

—Estás haciendo tanto escándalo que despertarías a un difunto —protestó Rand—. ¿Qué te trae por aquí?

—He estado llamando toda la mañana y sólo obtengo una señal de línea ocupada —manifestó Daniel, molesto.

—Eso es porque mi teléfono está desconectado. No quería recibir llamadas esta mañana.

—Bueno, por ello decidí venir a buscarte. Tengo dos entradas

para el juego de los Phillies para esta noche. ¿Quieres ir conmigo?

—Tengo una cita, pero gracias de todas maneras.

—¿Con Jamie Saraceni? —Daniel dejó escapar una risa breve—. Últimamente solo sales con ella.

Rand no quería comentar su relación con nadie y menos con Daniel Wilcox, así que cambió el tema de conversación.

—¿A qué se debe que no tengas cita esta noche, Dan? Es un fin de semana festivo. Siempre tienes planes para ocasiones como ésta.

—Ya no —contestó Daniel—. Mi vida social ha tenido una fuerte baja en estos días. No lo comprendo, ni siquiera Mary Jane Strayer quiere salir conmigo. Afirma que está saliendo con regularidad con otro tipo.

—¿Por qué no llamas a tu asistente? ¿Cómo se llama? —sugirió Rand. Se sentía benevolente con todo el mundo, hasta el punto de jugar a casamentero.

—¿A Ángela? —exclamó Dan, atónito—. ¿Ángela Kelso? ¡No puedes hablar en serio!

En el dormitorio, Jamie se despertó despacio. Se estiró y buscó a Rand. Estaba desnuda bajo las sábanas de seda. Para su decepción, Rand no estaba en la cama, ni siquiera en la habitación. Al ver la hora, jadeó sorprendida. ¡Las doce y diez! No era posible. Jamás en su vida había dormido hasta tan tarde.

Luego sus labios se curvaron en una sonrisa. Tenía derecho a permanecer en cama hasta mediodía. Ya despierta por completo, estaba llena de energía y muerta de hambre. Al bajar de la cama distinguió su ropa tirada en el suelo y se ruborizó. Allí estaba su blusa. Más allá la combinación y en un montón de ropa a los pies de la cama, su ropa interior.

Renuente a vestirse sin darse antes una ducha, se acercó al enorme vestidor de Rand y descubrió una bata de seda negra. Le llegaba hasta media pierna. Se la puso y salió del cuarto. Escuchó voces e imaginó que Rand estaba hablando con alguien, ya fuera por teléfono… o con un visitante. Se detuvo de inmediato, se ocultó detrás de una pared y se encontró con que Rand estaba hablando en la puerta con… ¡Daniel Wilcox!

¿Qué hacía allí?, estuvo a punto de preguntar en voz alta en su asombro. No había creído que su amistad con Rand fuera tan íntima hasta el punto de presentarse sin ser invitado. Desde que ella se veía

con Rand, sólo lo había visto en una ocasión, aquella noche del cumpleaños de Ángela.

—Dispongo del apartamento los tres primeros fines de semana de agosto y uno de ellos está a tu disposición ya que ganaste la primera parte de nuestra apuesta —escuchó que decía Daniel con claridad.

Jamie permanecía inmóvil, no queriendo llamar la atención. Esperaba que Wilcox se fuera cuanto antes.

—¿Cuál quieres, Marsh? ¿O acaso necesitas consultarlo con Jamie? —preguntó Wilcox.

La chica frunció el ceño ante su evidente tono burlón. Ansiaba que Rand lo despachara con cajas destempladas de inmediato. Pero parecía que Rand no consideraba ofensivas las palabras de Wilcox. Sólo encogió los hombros.

—No querrás reclamar el fin de semana del cuatro de julio, ¿verdad? —exigió el dentista con petulancia—. Ya sabes que espero dar mi gran fiesta en la playa ese fin de semana.

—Tranquilízate, Daniel, el lugar es tuyo.

—¿Me liberas de la segunda parte de nuestra apuesta, o todavía no te la has ganado?

—¡Wilcox, por el amor de Dios, cállate!

—¿Qué es lo que digo? ¡Por supuesto que la has ganado! Nadie, menos Rand Marshall, pasa tanto tiempo con la pequeña señorita Saraceni sin que se la haya llevado a la cama —se burló Wilcox—. ¿Qué tal estuvo, Marshall? Lo menos que puedes hacer es relatarme la experiencia.

Jamie sintió que el color desaparecía de su rostro. Sólo le tomó unos segundos captar el hilo de la conversación y sacar su horrible conclusión.

«¿Una apuesta?». Le parecía que le hundían un puñal en el corazón. ¿Rand había apostado con ese cretino a que se la llevaría a la cama? Quería negarlo, pero su mente era demasiado rápida para permitirse ese lujo. Había escuchado muy bien las palabras de Daniel Wilcox.

Al igual que no había oído a Rand negarlas. Si no fuera cierto, ¿no habría negado, o al menos desmentido las atrocidades que decía Wilcox? ¿No habría pronunciado las palabras salvadoras de «no sé de qué me hablas»?

Pero no lo hizo porque había participado en la abominable apuesta. Algo relativo a ganar el apartamento del dentista en la playa el fin de semana del cuatro de julio por haberse llevado a la cama a la inconquistable Jamie Saraceni. Lo cual había conseguido con rebosante éxito.

¡Había entregado su virginidad a un hombre que se la había llevado a la cama por una apuesta! Jamie se sentía enferma. Su primer impulso fue el de ocultarse, como un gato que hubiera sido lastimado y buscase un rincón para lamerse las heridas. Pero allí no tenía donde ocultarse. Tenía que alejarse, y en ese mismo momento. Y luego no volvería a ver a Rand Marshall en su vida. Ni siquiera volvería a pronunciar su nombre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y reprimió un sollozo. La vida se presentaba nublada ante ella sin él. Nunca volvería a reír con Rand, ni abrazarlo ni besarlo, ni volver a hacer el amor con él.

Su mente se resquebrajaba ante el impacto del dolor, el más fuerte que hubiera experimentado en su vida. Así que ése era el rechazo y la decepción. Por primera vez comprendió a los hermanos que la habían buscado para vengarse del rechazo de Steve a sus hermanas. Ver a un ser amado sufrir ese dolor encendería en cualquiera el afán de venganza.

Jamie se estremeció al recordar los terribles días después del divorcio de Cassie y lo mucho que le había dolido el sufrimiento de su hermana. De segunda mano, el dolor había sido mucho… pero eso lo estaba sufriendo en carne propia y le resultaba intolerable. Le destrozaba el corazón y hacía estremecer su alma.

Recordó lo cuidadosa que siempre había sido para evitar las relaciones sentimentales y el sufrimiento. ¡Qué tonta y orgullosa había sido al pensar que podría vivir y amar sin ser herida!

El dolor alcanzó un nivel intolerable y no pudo permanecer pasiva un instante más. Le resultaba indispensable hacer algo, cualquier cosa. Su intención era recoger su ropa y escapar, pero a medio camino se volvió e, impetuosa, entró en la sala corriendo.

Capítulo 7

—Creo que debes reclamar tu premio, Rand —manifestó Jamie con frialdad. Deseaba que la voz no le temblara tanto e hizo una aspiración profunda para controlarse—. Te lo has ganado. Triunfaste. Pide el apartamento el cuatro de julio.

Rand y Daniel la observaban, atónitos. En los momentos de silencio que siguieron, Rand siguió mirándola con el estómago revuelto. Estaba muy pálida, y tenía los labios muy apretados y los ojos azules grandes y dilatados. Apretaba tanto los puños que sus nudillos estaban blancos.

Pensó que ella no estaba rechazando las palabras referentes a una apuesta con Daniel con el sarcasmo que merecían y una pena abrumadora descendió sobre él. ¡Se las había tomado en serio!

—Jamie —emprendió la marcha hacia ella—. Cariño, déjame explicarte —la chica retrocedió como parte de él sabía que lo haría. Casi gimió en voz alta—. Jamie, no es posible que me creas capaz de hacer esa apuesta…

—No quiero creerla —las lágrimas le quemaban los ojos, pero al mantener el control, logró reprimirlas. El feroz orgullo le permitió salir adelante. ¡No lloraría frente a aquellos monstruos!—. Tal como no quería creer que Eric Crenshaw y Richard Aldero tratarían de utilizarme porque Steve despreció a sus hermanas.

Rand sintió que el pánico le invadía. Se había olvidado de los dos payasos que habían intentado vengar a sus hermanas a través de Jamie.

—Al menos Crenshaw y Aldero reconocieron la verdad cuando

les presenté los hechos y abandonaron el engaño —una furia tan intensa como el dolor casi la hacía perder el control, pero logró mantenerse firme—. Nunca pensé que aquel par de tontos llegarían a ser para mí dechados de honestidad e integridad, como tú los haces parecer en este momento.

—Será mejor que me vaya —mencionó Wilcox, hablando por vez primera desde la aparición de Jamie. Estaba muy incómodo y mantenía la vista en el suelo, apoyando el peso del cuerpo en uno y otro pie.

—¡No irás a ninguna parte antes de decirle a Jamie que nunca hubo ninguna maldita apuesta entre nosotros! —le espetó Rand.

—De verdad, no quiero verme involucrado…

—¡Ya lo estás, grandísimo idiota! —Rand se acercó a él y lo cogió de las solapas de la camisa—. ¡Tú eres el culpable de este maldito malentendido! Lo menos que puedes hacer es…

—¿Mentir por ti? —intervino Jamie con tono ácido—. No se moleste, Wilcox. De todos modos no le creeré.

Rand soltó al dentista para volverse hacia Jamie.

—¿Y qué dice eso de tu verdadera opinión acerca de mí, Jamie? —Una furia intensa empezaba a sustituir a su pánico—. Comentaste que me amabas, pero en el momento en que escuchas algo que puede ser interpretado como negativo, das media vuelta y comienzas a lanzar acusaciones.

—¿Podría ser interpretado como negativo? —repitió Jamie—. ¡Un eufemismo muy adecuado para tu estúpida apuesta!

—Tengo que reconocer que ella tiene razón en cuanto al atenerse a los hechos en lugar de fomentar el engaño, Rand —intervino Wilcox—. Mejor paga tus pérdidas y…

—¡Tú eres la última persona en el mundo que puede ponerse a moralizar, Wilcox! —rugió Rand—. Ahora, ¿quieres hacerme el favor de decirle a Jamie que yo jamás participé en ninguna apuesta?

—Lo único que sé es que, poco después de que te ofrecí mi apartamento en la playa por un fin de semana si conseguías una cita con Jamie, me comentaste que estabas saliendo con ella —comentó Wilcox con una mueca.

—¡Jamás te tomé en serio ni por un instante! Ya tenía una cita con Jamie antes de que me hablaras de tu estúpido apartamento. Y

nunca acepté…

—Ya he escuchado bastante —le interrumpió Jamie. Si permanecía allí durante un minuto más, se derrumbaría. Perdía el control—. Me iré ahora mismo. Llamaré para que Sarán o Cassie vengan a por mí —no le sería posible enfrentarse a sus padres o a su abuela en ese momento. Rezó porque ninguno de ellos contestara al teléfono cuando llamara.

—Te llevaré yo cuando terminemos con esto —le indicó Rand, tajante.

—¡No! —No soportaría ni un minuto más sus mentiras. ¿Qué pasaría si trataba de hacerle el amor? Un estremecimiento la recorrió. ¿Podría resistirlo? Las largas horas pasadas la noche anterior en sus brazos le habían dado a Rand un arma poderosa en su contra. ¿Podría resistir la fuerza de su amor por él si decidía seducirla hasta hacerla dudar de lo que había escuchado?

—No hay para qué hablar. No hay más que decir —la sangre rugía en sus oídos y sentía tanto un calor abrasador como un frío helado—. Me utilizaste. No puedo confiar en ti, Rand Marshall. Y sin confianza… no hay nada —le indicó sin entonación en la voz.

—¿Te utilicé? ¡Vaya frase! —Rand dejó escapar una risa sin ganas—. Cuando nos conocimos, estaba decidido a llevarte a la cama. De haber tenido éxito entonces, tal vez tus acusaciones fuesen válidas. Pero eso no fue lo que ocurrió.

Rand empezó a caminar con la furia de un animal enjaulado.

—Durante meses seguí tus reglas. El cortejo anticuado. ¡Tantas citas! Las noches interminables que creí que explotaría de frustración porque respetaba tus deseos de no llevarte apresuradamente a la cama. Y no te engañes, pude haberlo conseguido mucho antes de anoche, nena. Estabas lista para ello, me has deseado durante meses. ¡Meses! Pero no, jugué según las reglas que tú estableciste, rompiendo las mías porque… porque…

Se interrumpió cuando la verdad lo golpeó con fuerza. Porque estaba enamorado de ella. La amaba y quería complacerla, hacerla feliz aun cuando ello significara sacrificar sus propias necesidades y el placer para anteponer los de ella.

—¿Anoche? —repitió Daniel y se ruborizó—. ¿Quieres decir que anoche fue la primera ocasión que…? —Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la frente—. Cielos, me parece que he estropeado las

cosas al presentarme aquí.

Por un instante las miradas de Rand y de Jamie se encontraron y los recuerdos de la noche anterior volvieron a hacerse tangibles entre ellos, pero Jamie desvió la vista y contempló a Daniel fijamente.

—Supongo que debo estarte agradecida por haber venido en este momento, antes de… —Tragó con dificultad.

«¿Antes de qué?», gritó su corazón. ¿Antes de que se enamorara de él? Ya lo había hecho mucho tiempo antes. ¿Antes de que durmiera con él? Ésa era otra pregunta de trámite.

Cerrándose las solapas de la bata para protegerse de las miradas penetrantes de Rand y las culpables de Daniel, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Jamie! —La llamó Rand, pero se abstuvo de seguirla. Tan alterada como estaba, terminarían diciéndose cosas que los dos luego lamentarían. La dejaría darse una ducha y vestirse; luego hablaría con ella. Y ella tendría que escucharlo, se aseguraría de ello. Aclararían ese desafortunado malentendido y se olvidarían de él. Después él le diría que la amaba.

—Escucha, Rand. De verdad siento lo ocurrido —murmuró Daniel. Pero realmente hice esa apuesta contigo allí en el Darby's la noche que fuimos con Shelli y Maxi. ¿No lo recuerdas?

Rand miró a Daniel y comprendió que su amistad con él había terminado. Tal vez sin saberlo, pero Wilcox había herido a Jamie, y causado ese terrible problema en un día que debería haber sido de alegría para dos nuevos amantes. Recordó la expresión dolida de Jamie y ese mismo dolor lo destrozó.

—Quizá hiciste una apuesta conmigo, pero fue solo de tu parte. Yo nunca aposté nada contigo, hecho que con deliberación ocultaste a Jamie —le indicó Rand con frialdad—. Ahora, lárgate de aquí antes de que caiga en la tentación de hacer que te tragues los dientes.

Wilcox, siempre hábil en cuestiones de autoconservación, partió rápidamente.

Procedente del dormitorio, Rand escuchó el ruido del agua en la ducha y resistió el impulso de ir a reunirse con Jamie. Estaría desnuda y vulnerable, la tomaría entre sus brazos y se apoderaría de sus labios antes de que pudiera decir una palabra de protesta.

Eso era lo que haría un héroe de Brick Lawson con una mujer cuando se viera en problemas con ella.

En lugar de ello, con un suspiro, Rand fue a la cocina a dar de comer al gato. Jamie no era y nunca lo había sido una heroína de Brick Lawson, una de esas chicas debiluchas que sólo existían en las novelas de aventuras y en las fantasías de algunos hombres.

Jamie era fuerte, terca y decidida. Era divertida, afectuosa y compleja; fascinante. Le interesaba como ninguna otra mujer que hubiera tenido o pudiera tener. Estaba enamorado de ella, reconoció de nuevo. No podía esperar a decírselo.

La imaginó tal y como la había tenido en su cama la noche anterior, apasionada y vibrante, recordando sus gritos suaves y dulces. Su respiración se alteró. Con sólo pensar en ello se excitaba. No podría vivir un día sin ella.

Estaba tan inmerso en sus pensamientos, que no oyó a Jamie salir del dormitorio, en especial cuando ella tuvo cuidado de no hacer ruido por el pasillo hasta llegar a la puerta de entrada. Había llamado a Sarán antes de refugiarse en la ducha. Si tenía suerte, su prima llegaría justamente cuando ella estuviera lista para partir.

No obstante la suerte no estaba ese día de su parte, ya que Sarán no estaba en la entrada cuando ella abrió la puerta, y el sonido de ésta, alertó a Rand en la cocina.

—¡Jamie, ven aquí! —gritó Rand desde la sala cuando ella pensaba escaparse. Su tono fue más autoritario de lo que él hubiera deseado, pero su huida lo había desconcertado. Ella no aminoró la marcha y tuvo que seguirla hasta el exterior, todavía en bata y descalzo. La tomó del brazo y la obligó a detenerse—. No irás a ninguna parte.

—Me niego a pasar un minuto más contigo.

—Has estado llorando —comentó, mirando sus ojos hinchados y enrojecidos. El remordimiento le invadió.

—Jamie, me duele que hayas resultado herida por lo que Wilcox dijo, pero a pesar de lo que él afirmó, nunca hice con él ninguna apuesta con respecto a ti.

—Pues él parece muy seguro de ello. ¿Lo consideras un mentiroso? ¿Dices que él se lo inventó todo?

—Recuerdo que él lanzó un estúpido reto en Darby's la noche del cumpleaños de Ángela, pero yo nunca le tomé la palabra, Jamie.

No volví a pensar en ello hasta esta mañana, cuando se presentó y empezó a parlotear sobre eso.

Jamie lo contemplaba queriendo creerlo con desesperación, necesitando creer en él. Lo amaba; quería pensar que lo ocurrido durante la noche anterior significaba el comienzo de una relación permanente entre ellos, y no el final de un engaño. Advirtiendo su indecisión y el asomo de esperanza, Rand la tomó de los hombros y la miró de frente.

—No hace mucho hablaste de confianza —le indicó con tono quedo—. Eso funciona en ambos sentidos, Jamie. ¿Los últimos meses no han servido para conocernos y para aprender a tenernos confianza? Y si confías en mí, sabes que nunca te haría daño o utilizaría.

Jamie empezó a llorar. La dolorosa intensidad de todas las emociones que había experimentado desde que se despertó hacía menos de una hora, eran demasiado para ella. Estaba a punto de permitir que Rand la tomara entre sus brazos, de fundirse en él y deleitarse en el placer supremo de ser reconfortada por el hombre que amaba, cuando Sarán detuvo el coche de Jamie en la entrada con un chirrido de neumáticos.

—¡Oh, no! —gimió Rand.

—La llamé antes de meterme en la ducha y le pedí que viniera a recogerme cuanto antes —le confesó Jamie entre lágrimas—. Oh, Rand, yo…

—¿Qué sucede? —preguntó Sarán al bajar del coche y correr al lado de Jamie. Al ver a su prima llorando y la expresión tensa de Rand, sacó sus propias conclusiones—. ¡No me digáis que Jamie ha descubierto la verdad acerca de Brick Lawson! Diantres, esto es terrible. No te enfades con Rand, Jamie, él…

—¡Sarán! —La voz de Rand era más un ladrido que una palabra.

—¿Brick Lawson, el escritor? —preguntó Jamie con cuidado, retrocediendo.

—Rand puede explicarlo todo —agregó Sarán apresurada antes de hacerlo ella misma—. Sólo se trata de que él temía que nunca aceptaras salir con él porque consideras que Lawson es un autor de pacotilla que escribe basura pornográfica. No te lo dijo porque no lo hizo desde el principio, y todos sabemos lo fanática que eres de la sinceridad —hizo una pausa para respirar.

—Rand es Brick Lawson —declaró Jamie, tajante. Le miraba incrédula—. El autor de *Assignment: Jailbait, Land of 1000 Vices, Life is a Game of Craps* y tanta basura más cuyos títulos ni quiero recordar. ¿Es eso cierto, Rand? ¡Y Sarán siempre lo ha sabido!

Rand abrió la boca para hablar, pero Sarán se le adelantó.

—Desde la noche que vinimos aquí después del concurso de canto —manifestó orgullosa—. Pero no se lo dije hasta que necesité su ayuda para aprobar el curso de literatura. Es verdad, Jamie, Rand es un buen escritor —agregó con ingenuidad—. La profesora lo comentó después de leer el trabajo que él preparó. Me dijo: «Sarán, deberías estar avergonzada por ocultar tus habilidades durante todo el curso. Tienes talento para escribir. Si lo cultivas, podrías llegar a ser escritora profesional». ¡Jamie, gracias al viejo Brick, aprobé el curso de literatura y me graduaré con el resto del grupo!

—El viejo Brick —repitió Jamie con tono gélido—. ¿Me es permitido asumir que le chantajeaste para que te hiciera el trabajo, Sarán? ¿Le amenazaste con descubrir su identidad secreta si no lo hacía?

—Sé que no debí hacerlo, Jamie, pero ¡estaba desesperada!

—No, Sarán, eres perezosa —los ojos de Jamie ardían como llamas—. No quisiste hacer el esfuerzo de preparar tu trabajo escolar, así que conseguiste a alguien que lo hiciera por ti. ¡Fuiste deshonesta, hiciste trampa, mentiste y deberías sentirte avergonzada!

—Pues no lo estoy —respondió la chica—. Sólo me alegro de haber aprobado el curso. Y creo que deberías disculparte por decirle a Rand que consideras que sus libros son una basura. A mucha gente le gustan y los compran. Tal vez yo lea uno de ellos pronto.

—Sarán, creo que ya has hablado demasiado —le indicó Rand, sin desviar la mirada de Jamie—. ¿Por qué no te vuelves a casa y Jamie y yo…?

—Las dos nos vamos ahora. —Jamie arrebató a Sarán las llaves que sostenía en la mano y fue hacia el coche.

—Quiero que te quedes, Jamie —le ordenó Rand con tranquila intensidad.

—¿Para que puedas hilar más mentiras? —le gritó ella—. ¡Eres muy bueno para ello, Rand Marshall! No es de sorprender que seas

tan buen escritor, haces que hasta la más imposible de las obras de ficción parezca real.

—Háblame entonces de una historia de ficción que te haya relatado —le espetó Rand. La furia de Jamie despertó la suya y su temperamento explotó. ¡Vaya día infernal! Primero Wilcox y su apuesta, y en ese momento, justo cuando él y Jamie llegaban a un entendimiento respecto a ella, se presentaba Sarán con su revelación de la identidad de Brick Lawson.

La ira se apagó con la misma rapidez que llegó, dejándolo agotado y deprimido. El momento no había podido ser peor, reconoció apesadumbrado. Después de pasar su primera noche juntos, Jamie necesitaba amor, atención y seguridad, y en lugar de ello, la joven había sido arrollada por una sarta de mentiras, verdades a medias y subterfugios.

Sabía lo mucho que la afectarían; la comprendía tanto como ella a él. Por paradójico que resultara, Jamie era emocional y cauta, apasionada y controlada. Y cada aspecto contradictorio de su naturaleza trabajaba contra él en ese instante.

—No voy a prolongar más esta farsa —le indicó ella con ojos llenos de lágrimas. Su labio inferior temblaba amenazador; si no se marchaba, volvería a estallar en llanto y ella nunca permitiría que Rand la viera llorar por él—. Sube al coche, Sarán. Nos vamos a casa —ordenó con firmeza.

—Jamie, ¿por qué no te quedas y arreglas las cosas con Rand? —preguntó la adolescente con un suspiro—. Sabes que quieres hacerlo. Estás perdidamente enamorada de él, todos lo sabemos.

—No puedo esperar que una astuta… chantajista como tú comprenda lo que la verdad y la sinceridad significan en una relación, Sarán —le indicó Jamie, tensa—. Sin ellas, no hay relación, sólo un espejismo y últimamente estoy padeciendo un caso agudo de eso.

Sarán se cruzó de brazos y miró a uno y a otro.

—Vamos, Rand, ¿vas a permitir que se vaya? Te está echando de su vida, por si no lo sabes. No permitas que te haga eso. Tómala en brazos y llévala a la casa. A mí me encantará tener el coche durante lo que queda de fin de semana.

—La seducción por la fuerza no va con mi estilo, Sarán —gruñó Rand—. Si Jamie quiere…

—¡No! —le interrumpió Jamie, acalorada—. Sube al coche de inmediato, Sarán. Me voy a casa y no voy a dejar a una menor de edad sola con el creador de *Assignment: Jailbait*.

Los ojos dorados de Rand brillaron de furia, pero apretó los labios y no dijo una palabra. Jamie lo miró furiosa y abrió la puerta del coche. Él permanecía inmóvil sin hacer nada por detenerla y ella se dijo que en el fondo se alegraba de ello.

—No quiero volver a verte —le indicó escupiéndole las palabras —. Ni siquiera trates de llamarme, porque no hablaré contigo —ni así se movió Rand; su rostro era una máscara controlada. Una máscara que ocultaba… ¿qué?, se preguntó Jamie, destrozada. Se sentía perdida, confusa y desorientada—. Claro que tampoco iré contigo a Virginia a la fiesta de aniversario —agregó observándolo —. ¡Nunca iré contigo a ninguna parte!

La única respuesta de Rand fue el silencio. Un silencio demasiado elocuente para Jamie. Recordó lo persistente que había sido al principio de su relación. Jamás había aceptado un no por respuesta, persiguiéndola a pesar de sus rechazos. Un marcado contraste a su silenciosa aceptación de su marcha.

¿Sería porque al fin había logrado su objetivo de llevársela a la cama? Pensó en la apuesta que negó hacer hecho con el odioso Daniel Wilcox. Tal vez no la hubiera concertado, pero ¿sería posible que lo que más le hubiera cautivado de ella fuera el hecho de que le resultase inalcanzable? Algo que había terminado la noche anterior, en su cama. ¡Vaya si había sido alcanzable entonces! Cada vez que la había buscado, la encontró dispuesta y ansiosa. Y al amanecer, ella fue quien lo había buscado con la confianza recién adquirida que él le inspiró…

Creyó haberlo complacido; él ciertamente lo había hecho, satisfaciéndola más allá de sus sueños, pero entonces ella contaba con el ímpetu agregado del amor, lo cual había elevado su unión a algo que para ella era mucho más que una relación sexual. En retrospectiva, comprendió que Rand nunca había mencionado la palabra «amor», ni siquiera en el momento culminante del clímax de la pasión.

¿Y si para él no había sido nada más que sexo? Nada especialmente significativo, en verdad nada profundo, sino una urgencia física a satisfacer. No sabía qué hacer.

Resultaba dolorosamente paradójico que después de haber hecho el amor se sintiera más insegura de él que antes. Lo había recibido en su interior, compartido con él intimidades que no compartiría con nadie más, pero al cederle parte de ella misma, se había vuelto vulnerable de una manera que jamás había experimentado. El poder que él tenía sobre ella era atemorizante. Siempre había sido tan segura de sí, tan tranquila y controlada, tan dueña de su destino… Pero en ese momento Rand Marshall tenía en sus manos el poder de hacerla feliz o desgraciada.

—Te… te odio, Rand Marshall —pronunció desesperada. En ese momento realmente lo pensaba, aunque sabía que podría dejarse convencer de lo contrario.

Sin decir palabra, Rand se dio la vuelta y volvió a su casa.

—Maniobra inteligente —le comentó Sarán con sarcasmo—. Sé que querías que viniera a apoderarse de ti y por eso le gritabas todas esas tonterías, pero él se las ha tomado en serio. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Exactamente lo que dije que haría, Sarán. —Jamie se sentó al volante y partió conduciendo con cuidado. ¿Qué otra alternativa tenía?, se preguntó. Rand había demostrado con claridad que lo de la noche anterior había sido suficiente para él; ella no merecía que le dedicara mayor esfuerzo—. No volveré a verlo. Pienso… seguir adelante con mi vida. No soy la primera mujer que rompe con un hombre.

Sarán dejó escapar un bufido de disgusto. Llegó a casa, saludó a la familia, informándola en pocas palabras de que había terminado con Rand, fue a su habitación, se encerró con llave y rompió a llorar.

* * *

Como un autómata, Rand se duchó y se vistió de negro. El color encajaba a la perfección con su estado de ánimo y cuando el cielo se nubló y empezó a llover, le pareció que el clima también se compadecía de él. Por primera vez en su vida, Rand, el alegre solitario que siempre había logrado mantener sus emociones bajo control, sentía la terrible fuerza de la soledad, la desolación del

vacío que reinaba en su vida.

No tenía a nadie con quien hablar. Jamie había sido su primera y única confidente. Sus otras amistades eran superficiales e intrascendentes; imaginó el asombro e incomodidad que brotaría si buscaba a uno de sus amigos en busca de consuelo. Con seguridad le sugerirían que se buscase otra mujer… cualquier mujer, para anestesiar su dolor con una aventura rápida. Era el mismo consejo que él había dado unos meses antes… antes de conocer a Jamie, cortejarla y enamorarse de ella.

Ni siquiera pensó en llamar a su familia. Nunca había recibido ningún aliento o apoyo por su parte. No, no tenía a nadie con quien compartir su dolor y confusión. La única persona que alguna vez se había preocupado por él, que le importaba cómo se sentía, lo que pensaba y hacía, era Jamie. Pero la había perdido. Ella creía que la había engañado y ya no podía amarlo.

En realidad no se sorprendía de ello. Muy en el fondo sabía que no era capaz de ser amado; sus padres y su hermano, su propia sangre, así lo consideraban. Y él había tenido cuidado de no poner jamás a prueba su capacidad de amar a alguien. Nadie, sino Jamie, había podido acercarse a él lo suficiente para conocerlo de verdad…

Cuando su madre llamó a la puerta de su dormitorio, Jamie no la abrió. Le indicó con toda cortesía y la mayor calma posible, que no se sentía bien y que quería permanecer en su cuarto y tratar de dormir. Repitió lo mismo a su padre, a la abuela, a Sarán, a Cassie y a los niños cuando fueron a llamar a su puerta. Tuvo para sí dos horas de soledad y miseria hasta que Steve, su hermano, llegó. Había ido a recoger las camisas que la abuela insistía en lavarle y plancharle.

Jamie repitió su bien ensayado discurso, pero él no se dejó convencer. Tal vez era el cerrojo echado lo que le desafiaba; nadie negaba a Steve Saraceni nada, ni siquiera el acceso al dormitorio de su hermana.

—Si no abres la puerta en este momento, la derribaré —le amenazó—. Y hablo en serio.

Jamie sabía que así era. Si no le complacía, su padre tendría que arreglar la puerta rota y los niños podrían caer en la tentación de imitar a su tío Steve cuando se presentara la ocasión. Con un suspiro y limpiándose las lágrimas, Jamie abrió la puerta.

Steve entró en el cuarto, seguido de toda la familia en tropel.

—Sarán nos lo dijo todo, Jamie —le comentó su madre—. Lamentamos que estés tan alterada y queremos que sepas que te amamos.

—Aun cuando creemos que estás loca —agregó Sarán—. El terminar con un hombre como Rand, agradable, inteligente y rico…

—Querida, respetamos tu derecho a tomar tus propias decisiones, por supuesto —intervino Al—, pero ¿no crees que exageras un poco? No creo que lo que él hizo sea tan terrible.

—¡Papá, me mintió! —exclamó Jamie, reprimiendo el llanto. Por supuesto que no era sólo eso, si bien no se lo dijo a la familia. En un principio estaba furiosa porque Rand no le había hablado de su identidad secreta como Brick Lawson, pero no pensaba que eso fuera un error imperdonable. Eso no había sido más que una cortina de humo; el verdadero problema era que Rand no la amaba. Había satisfecho su curiosidad la noche anterior y estaba dispuesto a dejar que todo terminara entre ellos, aceptando cualquier pretexto que ella eligiera.

—¿Tanto alboroto porque él escribe libros que a ti no te gustan? —preguntó la abuela, incrédula y con tono desaprobatorio—. ¿Así que juzgas y condenas a un hombre sólo porque lo que escribe no merece tu aprobación?

—Abuelita, estoy segura de que hay algo más que eso —intervino Cassie, tranquila—. Jamie ama a Rand —apretó los hombros de su hermana menor con afecto—. Ella tiene sus motivos para actuar como lo hizo. Quizá no tuvo otra alternativa.

—Es cierto —agregó Steve—. Veo un desprecio premeditado aquí. Marshall permite que sea Jamie quien termine su relación. Cualquier pretexto es bueno, pero en el fondo, él ha decidido que todo ha terminado. Esto fue lo que pasó: una discusión… el motivo no importa, puede ser por algo tan estúpido como hervir agua… la mujer se ve obligada a declarar que todo ha terminado y el hombre le toma la palabra. Con gusto. Con increíble alivio. Porque él quiere hacerlo. Porque la obligó a ella a decirlo. Más tarde, la chica puede cambiar de opinión y rogarle que vuelva a aceptarla, pero dirá: «Lo siento, nena. Hemos llegado a un punto sin retorno».

Un silencio horrible descendió sobre ellos y Jamie volvió a llorar. El hecho de que su hermano confirmara sus peores temores

disolvió su escaso control. Sentía que el corazón se le rompía en mil pedazos.

La familia en pleno la rodeó y la abrazó con muestras de afecto. Steve caminaba de un lado a otro, murmurando amenazas y promesas de venganza si es que Rand Marshall tenía alguna hermana.

—Sarán, necesito aceite de oliva para preparar el *rigatoni* de esta noche —comentó la abuela—. Llévame a la tienda.

—¿En este momento? —protestó la adolescente—. Abuela, ¿cómo puedes pensar en la cena cuando Jamie…?

—Entonces, ¿crees que todos debemos morirnos de hambre? Al dar las seis de la tarde todos querrán comer y no lo haremos si no voy a la tienda ahora —tomó a la joven del brazo—. Pide las llaves de su coche a Steve. Iremos a la tienda ahora mismo.

* * *

Rand contempló la pantalla del ordenador hasta que los ojos le ardieron. No podía escribir una sola palabra. El revisar y editar también le era imposible porque no comprendía lo que había redactado unos días antes. Había decidido que escribir sería la forma ideal de distraerse del dolor. Tiempo atrás había descubierto que erigir una barrera psíquica entre él y el dolor que le afectaba, era de gran ayuda.

O había perdido esa habilidad, o el dolor de perder a Jamie era demasiado fuerte para borrarlo mediante un acto de voluntad. Deambuló por la casa, hundiéndose más y más en el abominable abismo de la tristeza y la desolación. El teléfono sonó y corrió a contestar, pensando, esperando, rezando para que fuera Jamie llamándole para decirle que todo había sido un malentendido y que lo amaba, que…

Pero no era Jamie. Se trataba de su madre, que llamaba para preguntar si había recibido la invitación para el aniversario de Dixon y Taylor Ann y asegurarle que lo comprendían si no le resultaba posible asistir. Sabía que Virginia estaba lejos y que su hijo se encontraba muy ocupado. Realmente la familia no se molestaría si él decidía permanecer en Nueva Jersey.

Rand le brindó la seguridad que ella buscaba. No, no iría a Virginia. Era cierto, el camino a recorrer era largo y estaba muy ocupado con el libro que estaba escribiendo.

Inquieto y sintiéndose mal, Rand se preguntó cómo lograría pasar la hora siguiente. Se alargaba interminablemente y al pensar en las que vendrían, en los eternos días y noches que lo esperaban, se hundió en torrentes de furia y tristeza. Era como si las emociones que había mantenido reprimidas durante tanto tiempo se hubieran liberado de repente.

Trató de luchar contra ellas, pero la antigua defensa no funcionaba. Debía intentar otra cosa. Bloquear sus pensamientos para olvidar. Buscó la botella que le regalara Al Saraceni.

Los primeros sorbos le parecieron fuego puro con un ligero sabor a cereza. Con determinación dio otros tragos. Luego alguien llamó a la puerta. No tenía esperanzas de que fuera Jamie y decidió ignorar el timbre. Con seguridad se trataba de algún vendedor ambulante que tenía el dedo pegado al timbre. Con instintos hostiles y la botella en la mano, fue a abrir.

—¿Qué? —rugió, esperando con ello alejar al intruso para siempre.

Pero se llevó la sorpresa de su vida. En el umbral, con el dedo pegado al timbre, estaba la abuela de Jamie, flanqueada por Sarán. Rand estaba atónito. No sólo le había gritado a la señora; estaba sin afeitar, con el cabello despeinado y se aferraba a la botella como un marinero ebrio.

—Sólo contéstame a una pregunta —manifestó la anciana echando chispas por los ojos—. ¿Te propusiste dejarla deliberadamente?

* * *

Jamie sabía que Cassie y sus padres trataban de alegrarla, pero sabía que ir al cine con Brandon y Timmy a ver la última película de dibujos animados de Disney no funcionaría. Rechazó su invitación, pero los urgió a que ellos fueran y se sorprendió cuando la abuela y Sarán decidieron acompañar al grupo. La anciana nunca iba al cine desde que estrenaron Lo que el Viento se Llevó allá en

los años treinta.

Pero no comentó nada. Incluso sospechó que todos estaban ansiosos de alejarse de la casa después de soportar sus lloriqueos durante todo el día. Realmente quería estar sola. Sin embargo, estuvo a punto de pedirle a Steve que se quedara a hacerle compañía. Decidió lo contrario cuando vio que recibía tres llamadas de chicas con quienes tenía cita esa misma noche. Pensaba verlas a todas; ya inventaría una disculpa para deshacerse de ellas una a una. La afortunada que iba a contar con sus favores esa noche recibiría una llamada telefónica que solucionaría las cosas entre ellos.

Después de escucharlo, estaba demasiado furiosa para aceptar la compañía de su hermano en la misma ciudad y lo despachó. Se sentó sola en la sala y trató de leer. Por primera vez en su vida tuvo dificultad para seleccionar material de lectura. Las novelas de amor la harían llorar, las novelas de misterio requerían demasiada concentración, así que se decidió por una de las revistas policíacas de la abuela.

El timbre de la puerta fue una distracción bienvenida. Dejó la revista a un lado y fue a abrir. Rand la esperaba en el umbral.

—Vas a venir conmigo —anunció él con un tono que no admitía objeciones.

—¡Claro que no! No puedes venir aquí y…

—He sido invitado.

—¡No por mí! —Su corazón latía alocado y tenía el estómago revuelto. Sin aliento, no lograba hacer acopio de la ira que la arrogancia de Rand exigía.

—Por tu abuela y por Sarán —continuó Rand—. Fueron a verme esta tarde.

—Oh, no —se quejó Jamie. No tenían derecho a intervenir.

—La abuela dice que la familia tiene derecho a intervenir cuando un miembro de ella hiere a otro —sonrió irónico—. Dijo que me considera de la familia y el sentimiento es mutuo. Por vez primera en mi vida sé lo que es pertenecer a una familia.

—Tantas interferencias e inconvenientes…

—Sí, eso existe. Pero también hay participación, apoyo y diversión —tiró de su muñeca—. Vamos, Jamie, tenemos mucho de qué hablar.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas que trató de reprimir.

—No sé lo que te dijo la abuela.

—Dijo que estabas llorando en tu cuarto porque me amabas y porque creías que yo no te amo —le indicó bruscamente.

Jamie hizo una mueca de dolor. ¿Qué sentido tenía negarlo? Pero su espíritu de lucha, aunque estaba seriamente lastimado, salió adelante.

—¿Así que has venido a darme tus condolencias —logró lanzarle una mirada de furia— o acaso has venido a burlarte?

—Sabía que no cederías sin presentar lucha —sonrió él. Con un movimiento ágil la levantó en brazos y se volvió para cerrar la puerta.

—¡Oh! —jadeó Jamie. En un movimiento reflejo, le rodeó el cuello con los brazos, desorientada por la falta de equilibrio—. ¡Bájame! —exigió aunque su voz no tenía la fuerza que ella hubiera deseado.

—Tus deseos son órdenes —despacio, Rand la bajó frente a la puerta de su deportivo, deslizándola contra su cuerpo, convirtiendo el movimiento en una caricia sensual. Antes de que ella pudiera apartarse, la rodeó con los brazos y la sostuvo cerca de él—. Pero te llevaré a casa conmigo esta noche, nena. Vamos a enmendar las cosas, hacer el amor.

—¡No iré a la cama contigo!

—Ya lo hiciste. Y disfrutaste de cada momento —con los labios tocó la zona sensible del cuello de la chica, para luego mordisquearlo con los dientes. Deslizó una mano de arriba a abajo de su espalda antes de bajarla hasta su trasero, donde acarició la suave redondez en un gesto sensual—. Y yo también, mi amor. Ah, Jamie, evocas en mí sentimientos que nunca imaginé que poseía, que no creía ser capaz de experimentar. Traté de decírtelo anoche. Me pareció haberlo hecho, pero… —Separó su boca y la miró a los ojos—, es obvio que fracasé en el intento de hacerte saber lo que significas para mí.

Jamie cerró los ojos cuando una emoción muy intensa la mareó. Se aferró a él con las rodillas débiles y la cabeza dándole vueltas.

—Permitiste que me marchara —murmuró ella—. No trataste de detenerme. Cuando Sarán te pidió que lo impidieras, di… dijiste

que una seducción violenta no iba con tu estilo.

—¿Acaso esperabas que te sedujera con violencia?

—¡No estoy de humor para brumas! —Ruborizada, luchó por liberarse—. Suéltame, Rand.

—Nunca. Aprendo de mis errores, cariño. Acabas de decirme que si no te hubiera dejado alejarte, habríamos evitado un día infernal para los dos. Así que…

Se apoderó de sus labios y cuando ella abrió la boca para protestar, la lengua de Rand se introdujo entre sus labios, reclamándola en un beso feroz y posesivo. Los brazos de Jamie le rodearon el cuello y su cuerpo se arqueó por instinto, respondiendo con toda la energía y pasión de su naturaleza.

—Te amo, Jamie —le indicó con voz sensual, estando abrazados y sin aliento—. Nunca ha habido nadie como tú en mi vida. Me bastó verte en la biblioteca aquel día para que perdiera la cabeza. Poco después también perdí el corazón por ti. Todo lo que he hecho y dicho desde entonces, ha sido para retenerte a mi lado. Para siempre, Jamie.

—Me amas —repitió ella muy quedo, con lágrimas deslizándose por sus mejillas. Jamás en su vida había llorado tanto como ese día, pero esas lágrimas eran diferentes. Eran lágrimas de alegría y alivio —. Oh, Rand. Yo también te amo y creía… esperaba… que también tú estuvieras enamorándote de mí. Y lo de anoche fue…

—Perfecto —terminó por ella, apretándola con fuerza contra él —. Sentí una felicidad, una sensación de plenitud que me eran desconocidas. Por ello, cuando Daniel apareció ante mi puerta balbuceando tonterías acerca de esa maldita apuesta…

—Sé que no existió, Rand —le interrumpió Jamie—. Al menos no de tu parte. En cuanto a que escribas bajo el nombre de Brick Lawson, lamento que te haya hecho imposible el que me lo dijeras. Ahora que sé que tú escribiste esos libros, estoy segura de que me encantarán.

—Cariño, no necesitas llegar a tales extremos —le indicó Rand entre risas—. Ni siquiera tienes que leerlos. Sólo quiero que me ames y te cases conmigo, Jamie. Tu abuela llamó a los Hijos de Italia desde mi casa esta tarde e hizo reservas para el banquete de boda que tendrá lugar a principios de agosto. ¿Lo harás, Jamie? ¿Te casarás conmigo?

—¡Sí, Rand, sí! —exclamó feliz. Él la levantó del suelo en sus brazos y la hizo girar una y otra vez en el aire, haciéndola gritar y reír de alegría.

El trayecto a la casa de Rand fue feliz, haciendo planes para la boda, para su futuro, entre bromas y risas, deteniéndose para besarse en cada semáforo. Al llegar a la casa, Rand llevó a Jamie en brazos directamente a su dormitorio. Ella se aferraba a él, temblando de excitación.

—Te amo, Rand —le indicó cuando él la dejó sobre la cama con delicadeza. Era un compromiso y una promesa.

—Yo también te amo, mi amor. —Rand comenzó a desvestirla, tomándose tiempo para besarla y acariciarla al retirar cada prenda. Cuando quedó desnuda, cálidos lazos de placer la envolvían. Rápido, Rand hizo lo propio, asistido por ella con manos ávidas.

La tomó en sus brazos para darle un beso apasionado mientras se acariciaban, reviviendo las experiencias de la noche anterior y haciendo nuevos descubrimientos. Rand la colocó encima para que lo recibiera y con las miradas cautivas y una sonrisa sensual en los labios, fundieron sus cuerpos con un movimiento seguro.

Jamie gritó su nombre una y otra vez cuando él se movía dentro de ella, saboreándolo plenamente en la intimidad que compartían hasta que explotaron en una especie de paroxismo. La fuerza del clímax de Jamie disparó el de él y Rand se dejó llevar al éxtasis, perdiéndose en ella y en la pasión de su amor.

Yacieron el uno en brazos del otro, satisfechos y saciados al deslizarse lenta y lánguidamente hacia la realidad.

—Me alegro de que hayamos aclarado las cosas, Rand —murmuró Jamie, mirándolo llena de afecto—. No creo que hubiera podido pasar la noche creyendo que no me amabas —la simple idea la hizo estremecerse.

—Pensé que no podías amarme, que no me era posible conservar tu amor —confesó él, titubeante—. Luego leí el capítulo seis del maldito manual, relativo a discusiones y rupturas, a saber y reconocer cuándo todo ha acabado. Me pareció que había sido escrito sólo para mí.

—Rand, tendremos que tener discusiones de vez en cuando, todas las parejas las tienen, pero prometámonos que nunca volveremos a alejarnos el uno del otro —murmuró Jamie

apasionada y con intensidad, abrazándolo con fuerza—. Así, por mucho que nos enfademos, sabremos que terminaremos solucionando situación.

—Jamie, ésa es una promesa que haré gustoso.

La sinceridad en su voz y el amor en sus ojos provocó lágrimas de emoción en los de Jamie.

—Te amo tanto, Rand. Nunca te dejaré. Te lo prometo —era una promesa tan firme como los votos matrimoniales que pronunciaría en agosto.

Rand lo sabía e hizo una por su cuenta:

—Y yo nunca te dejaré ir. Estaremos juntos para siempre, Jamie —sonrió sintiéndose flotar de felicidad, tanto, que se permitió bromear—. ¿Estás tan atada a mí que permanecerás a mi lado aún después de leer las críticas de mi próximo libro?

—Claro que sí. Y voy a leer todos tus obras y me encantarán —insistió con su determinación acostumbrada—. A partir de ahora, soy la más rabiosa admiradora de Brick Lawson.

—Me parece justo. —Rand la acariciaba excitante, amoroso, en tanto la pasión volvía a surgir entre ellos—. Porque yo siempre he sido el fanático más ardiente, devoto, apasionado y adorador de Jamie Saraceni.

—Tu mente es un diccionario de sinónimos ambulante —murmuró Jamie, sorprendida antes de reclamar los labios de Rand para darle un beso ardiente, devoto y apasionado.

FIN

BARBARA BOSWELL siempre ha sido una fiel seguidora de las novelas de Harlequín de los años 70, pasando ratos maravillosos cuando estaba en casa en compañía de sus tres hijas. Cuando, en 1983, la menor de ellas alcanzó la edad escolar, Barbara quiso hacer algo con su tiempo libre. Pensó volver a su antiguo trabajo de cuidadora, pero no le agradaba la idea de volver a entrar en un hospital.

A menudo creaba en su cabeza historias que le gustaría leer, por lo que le pareció buena idea escribir ella su propia historia. Por supuesto, le llevó más esfuerzo y organización que cuando se las imaginaba, pero el resultado fue una obra que sabía que gustaría a la gente. Así vio publicada su primera obra, inspirada, según ella, en todo lo que leyó con anterioridad y un poco de imaginación.

Otro seudónimo que usa es Betsy Osborne.